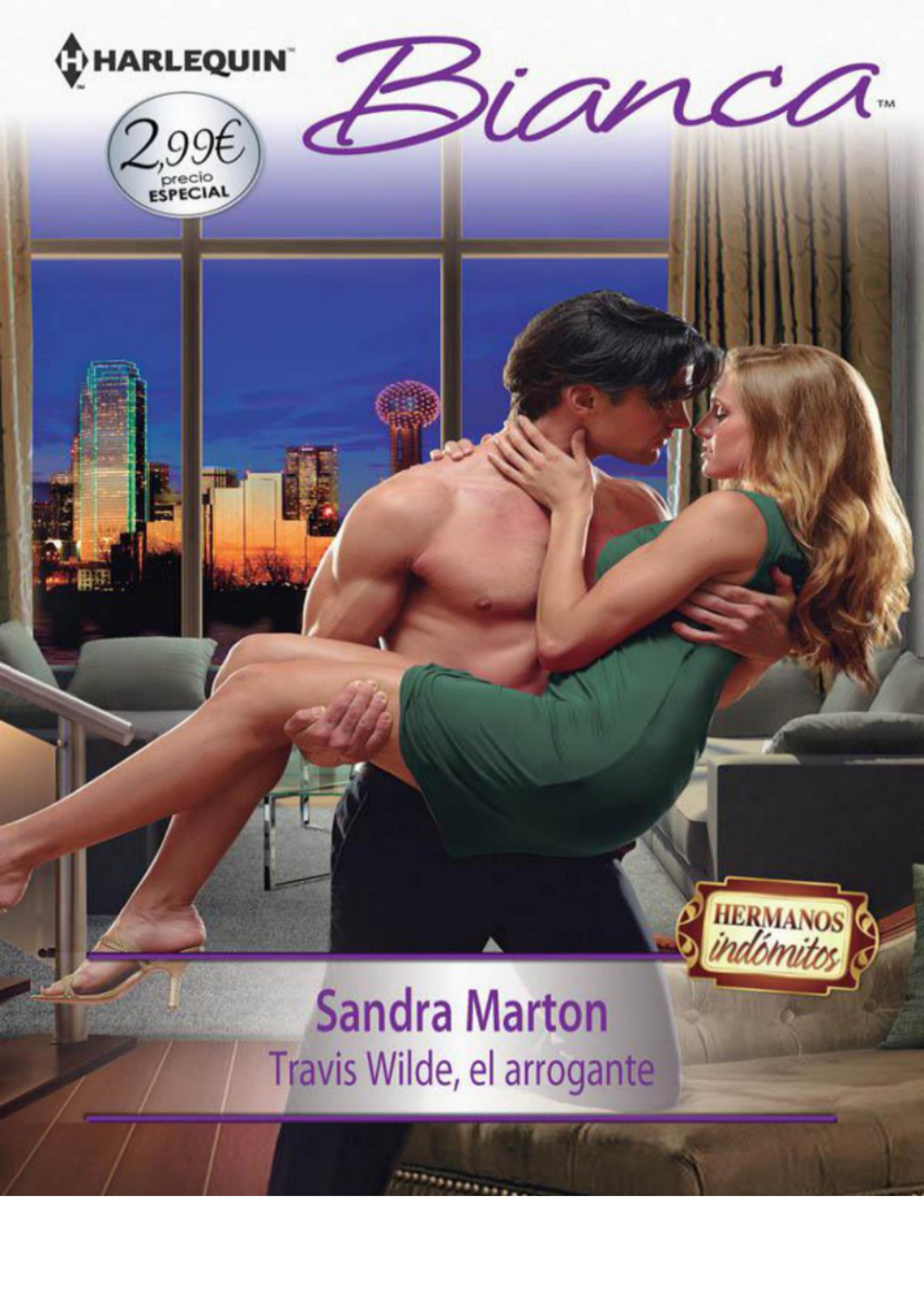

HARLEQUIN
Bianca
2,99€
precio
ESPECIAL
HERMANOS
indómitos
Sandra Marton
Travis Wilde, el arrogante



Sandra Marton

Travis Wilde, el arrogante



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Travis Wilde, el arrogante, n.º 110 - noviembre 2015
Título original: The Merciless Travis Wilde
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-7262-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

TRAVIS Wilde y sus hermanos llevaban muchos años reuniéndose los viernes por la noche. Había sido una costumbre que habían iniciado de manera espontánea cuando aún estaban en el instituto, sin pensárselo mucho y sin anuncios formales. Simplemente, había ocurrido. Y no había tardado mucho en convertirse en una tradición.

Los hermanos Wilde se reunían los viernes pasara lo que pasara.

Y lo hacían siempre.

Bueno, casi siempre.

A veces alguno tenía un viaje de negocios. Caleb solía viajar a una costa u otra del país para reunirse con clientes cuando tenía un caso especialmente complicado de derecho corporativo. Jake iba de vez en cuando a Sudamérica y a España, donde compraba caballos para el rancho familiar, El Sueño, del que llevaba algún tiempo encargándose.

Y él, Travis, tenía que viajar por todo el mundo para reunirse con inversores, desde Dallas a Singapur, Londres o Nueva York.

Y antes de tener esos trabajos, los tres se habían visto inmersos en peligrosas misiones en el extranjero, ya fuera a los mandos de helicópteros de combate, como agente secreto o piloto de cazas.

Otras veces, había sido alguna mujer la que había hecho que no pudieran juntarse los tres hermanos un viernes.

Travis se llevó la botella de cerveza a los labios.

Pero tenía que reconocer que no era algo que sucediera a menudo.

Creía que las mujeres eran criaturas maravillosas y misteriosas, pero ellos eran, por encima de todo, hermanos y nunca iban a poner en peligro su relación. Después de todo, compartían la misma sangre, los mismos recuerdos.

Tenían un vínculo muy especial.

El caso era que, si no había llegado el fin del mundo ni habían aparecido los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, si era viernes por la noche y los hermanos Wilde estaban en la misma zona, se iban a encontrar en algún sitio donde pudieran disfrutar de unas cervezas bien frías y unos buenos filetes. A ser posible, mientras escuchaban la música de Willie Nelson o Bruce Springsteen.

Pero el sitio donde estaba en esos momentos no tenía nada que ver con el tipo de establecimiento en el que solían quedar para verse ni era tampoco el lugar donde los Wilde habían planeado ir esa noche. Para colmo de males, al final él había sido el único que había podido

salir.

El plan original había sido reunirse en un bar que los tres conocían, uno de sus favoritos. Estaba cerca de su trabajo y era un lugar tranquilo con cómodas sillas, buena música, media docena de variedades de cerveza de elaboración local y unos deliciosos filetes del tamaño del estado de Texas.

Pero ese plan había cambiado y él había terminado donde estaba por casualidad.

Cuando supo que sus hermanos no iban a poder salir esa noche, siguió conduciendo un buen rato y, cuando le entró hambre, decidió detenerse en el primer sitio que vio.

Ese en el que estaba.

Allí no había reservados. No sonaba la música de Nelson ni la de Springsteen. Tampoco había cerveza artesanal ni filetes.

Miró a su alrededor. Solo había media docena de mesas y sillas destartaladas. La música que tronaba en el local tenía más de ruido que de música, solo tenían un par de marcas de cerveza y las hamburguesas que servían eran grasientas y no tenían buen aspecto.

Lo mejor que había en el local era la propia barra del bar, un larga y robusta pieza de zinc que o había sido rescatada de tiempos mejores en ese sitio o representaba sueños que nunca se habían llegado a materializar.

Travis ya se había imaginado lo que iba a encontrar allí dentro en cuanto dejó el coche en el aparcamiento y vio el mal estado en el que estaba el resto de los vehículos allí estacionados. Había sobre todo camionetas oxidadas con los parachoques abollados y media docena de Harleys.

Tampoco le había costado mucho imaginar lo que no iba a encontrar allí dentro. Ni camareros que lo recibieran con una sonrisa ni mujeres bellas y elegantes, como salidas de un catálogo de moda de Neiman Marcus. Sabía que tampoco iba a haber allí una diana para tirar dardos en una pared, fotos de los clubes deportivos locales, deliciosas cervezas o los mejores filetes de todo Texas.

Sabía que no era el tipo de sitio en el que acogieran con los brazos abiertos a los nuevos clientes. Y no ayudaba nada que estuviera solo, pero su trabajo en el extranjero le había enseñado a pasar desapercibido y no llamar la atención cuando estaba en territorio hostil. Pensaba limitarse a comer lo que le sirvieran e irse a casa.

Tal y como había previsto, todos lo miraron en cuanto entró por la puerta. Sabía que lo más seguro era que allí todos se conocieran y era lógico que una nueva cara siempre llamara la atención en un antro como aquel. Y eso que, al menos físicamente, era uno más.

Siempre había sido alto, delgado y musculoso, algo que había conseguido después de pasarse años montando a caballo en el rancho

de su familia, El Sueño. Más de doscientas mil hectáreas formaban la propiedad que su familia tenía a un par de horas de Dallas. El fútbol americano que había practicado en el instituto y en la universidad y su entrenamiento en las Fuerzas Aéreas habían hecho el resto.

A los treinta y cuatro años, entrenaba cada mañana en el gimnasio que tenía en su piso del barrio de Turtle Creek, seguía montando casi todos los fines de semana y jugaba al fútbol americano con sus hermanos.

Aunque la verdad era que Caleb y Jake cada vez tenían menos tiempo para jugar con él. De hecho, no tenían tiempo para nada. Por eso estaba solo en ese bar un viernes por la noche. No quería sentir lástima de sí mismo, era un hombre hecho y derecho, pero le dolía no verlos más a menudo. Sentía que era el fin de una época.

Tomó la botella de cerveza y se bebió un buen trago mientras se quedaba mirando su reflejo en el sucio espejo que había tras la barra.

Disfrutaba de su soltería y de la libertad que tenía. Sin responsabilidades y sin tener que dar explicaciones a nadie más, solo a sí mismo.

Sus hermanos empezaban una nueva vida y les deseaba lo mejor, pero, aunque no pensaba decírselo a ellos, tenía un mal presentimiento sobre cómo iban a terminar sus nuevas relaciones.

Creía que el amor era una emoción efímera y no entendía por qué sus hermanos no habían aprendido esa importante lección a tiempo.

Al menos él lo había hecho y era algo de lo que se sentía satisfecho.

Por eso estaba allí, solo y echando de menos las noches de los viernes que había pasado con ellos mientras disfrutaba de buena comida y bebida.

Creía que ese tipo de vínculo era el único con el que de verdad se podía contar. El vínculo que tenían los hermanos. Lo había experimentado con Jake y Caleb durante su infancia. En la universidad le había pasado con los otros jugadores del equipo y, más adelante, con sus compañeros de las Fuerzas Aéreas, durante las agotadoras semanas de entrenamiento.

Era un fuerte vínculo de respeto y confianza que había surgido entre esos hombres y él. Ya fueran hermanos de sangre o no.

Por eso habían quedado desde hacía años para verse todos los viernes por la noche.

Se sentaban a la mesa mientras comían y bebían, hablando de todo y de nada en particular. A veces de fútbol americano, de baloncesto o de sus tesoros más preciados, el antiguo Thunderbird de Jake, toda una reliquia, o el Corvette Stingray del 74 que tenía él. Nunca iba a conseguir entender por qué Caleb se empeñaba en seguir conduciendo su nuevo y reluciente Lamborghini.

Y, por supuesto, también habían aprovechado esas veladas para

hablar de mujeres.
Pero eso era algo que también había cambiado.
Suspiró, levantó de nuevo la botella y bebió otro trago.
Sacudió la cabeza con incredulidad. No terminaba de entender que Caleb y Jake, sus hermanos, se hubieran casado. Los había llamado el día anterior para recordarles el plan de esa noche.
–Por supuesto, allí estaré –le había dicho Caleb.
–Nos vemos entonces –le había prometido Jake.
Pero estaba solo. Se sentía como el Llanero Solitario.
Y lo peor de todo era que ni siquiera le sorprendía verse en esa situación.
No tenía nada en contra de sus cuñadas. Le encantaban Addison y Sage, las quería ya tanto como a sus tres hermanas, pero tenía muy claro lo que estaba pasando. Creía que el matrimonio y el compromiso lo cambiaban todo.
–No voy a poder ir esta noche, Travis –le había dicho Caleb cuando lo llamó esa tarde–. Tenemos clase de Lamaze.
–¿De quién?
–No sé quién es, pero se llaman así estas clases. Son de preparación al parto. Suelen ser los jueves, pero la profesora tuvo que cambiar el día y será esta noche.
«Clases de parto», se dijo sacudiendo de nuevo la cabeza.
Su hermano, uno de los abogados más duros que conocía, un hombre que nunca se comprometía con nadie, estaba yendo a clases de preparación al parto.
–¿Travis? ¿Sigues ahí? ¿Me has oído? –le había dicho Caleb al ver que no contestaba.
–Sí, te he oído. Clases de Lamaze… Bueno, pues nada, pasadlo bien.
–En realidad, en esas clases no es posible pasarlo bien.
–No, supongo que no –había repuesto él.
–Ya lo verás cuando te toque a ti, Travis.
–¡Retira eso ahora mismo!
Caleb se había echado a reír al oírlo.
–¿Recuerdas al ama de llaves que tuvimos justo después de que muriera mamá? ¿La que solía decir que primero llegaba el amor, luego el matrimonio y después...?
Se estremeció al recordar la conversación que había tenido con su hermano esa tarde. Estaba seguro de que él nunca iba a verse en esa situación. Creía que, aunque el matrimonio fuera un éxito, y dudaba mucho de que pudiera serlo, era algo que cambiaba por completo a los hombres.
Además, pensaba que el amor en realidad no existía y era solo una manera más aceptable de referirse a lo que solo era sexo. Y, en ese terreno, le iba muy bien. Aunque pecara de inmodestia, era el primero

en reconocer que tenía todo lo que quería y sin ninguna de las complicaciones de las relaciones.

Así no tenía que soportar que alguien le dijera que lo quería y que lo iba a esperar para descubrir poco después que sus palabras no significaban nada, que esa mujer no iba a esperar ni dos meses antes de irse a la cama con otro hombre.

Ya había pasado por ello durante su primera misión en el extranjero y la experiencia lo había dejado escaldado.

Aunque había llegado a la conclusión, después de que se le pasara el enfado, de que no había sido en realidad una gran decepción. Los dos habían sido entonces muy jóvenes y el amor que había creído sentir por ella no había sido más que una ilusión.

A pesar de los años que habían pasado, seguía sin entender cómo podía haber sido tan débil e inocente como para creer en el amor. Después de todo, había crecido con una madre que había enfermado gravemente cuando él aún era bastante pequeño y con un padre que había estado demasiado ocupado salvando el mundo para volver a casa y pasar más tiempo con ella. Después de su fallecimiento, su padre tampoco había cambiado de vida para estar con sus hijos.

Maldijo entre dientes. No entendía qué le estaba pasando esa noche, cada vez se sentía más melancólico y abatido.

Alzó la vista y le hizo un gesto al camarero para que le sirviera otra cerveza.

El chico asintió con la cabeza.

–Ahora mismo.

Después de Caleb, lo había llamado también Jake para decirle que él tampoco iba a poder ir.

–¿Por qué?

–Porque resulta que Addison ya había hablado con un tipo que va a venir a casa esta tarde.

–¿Qué tipo?

–No lo sé, uno –le había dicho Jake sin querer darle mucha información–. Creo que tiene que ver con lo que hemos estado haciendo estos últimos meses. Ya sabes, lo de la reforma de la casa.

–Pero pensaba tú te habías encargado de la ampliación de la casa, la nueva cocina, los cuartos de baño…

–Sí, bueno, es que este chico también… También nos tiene que consultar otras cosas…

–¿Como qué?

–Por Dios, ¿qué más da? ¿Es que nunca te rindes? Pues nos va a enseñar unas muestras… Un muestrario de papel pintado, ¿de acuerdo? –le había dicho Jake casi gruñendo–. ¿Ya estás contento? Nos va a traer cientos de muestras de papel pintado. Al parecer, Addison ya me lo dijo hace días, pero se me olvidó y ahora ya es

demasiado tarde para llamarlo y…

–Bueno, no pasa nada –le había contestado él.

Su hermano Jake era todo un héroe de guerra y no había querido avergonzarlo aún más.

–La próxima semana nos juntamos sin falta –le había prometido Jake–. ¿De acuerdo?

Le había seguido la corriente, pero Travis no lo tenía tan claro. Suponía que, una semana después, Caleb estaría en una clase para aprender a cambiar pañales y Jake, eligiendo las telas de las cortinas, por ejemplo.

No quería tener nada que ver con ese mundo. Le daba escalofríos solo pensar en ello.

Le gustaba su vida tal y como era. Había visto mucho mundo, pero aún le quedaba más por descubrir, lugares por visitar y cosas que hacer. Cosas con las que poder olvidar para siempre la guerra y tanta muerte y destrucción como había tenido que ver.

Suspiró mientras sacudía la cabeza.

No entendía lo que le estaba pasando esa noche. Creía que ese antro en la peor parte de la ciudad no era el mejor lugar para dejarse llevar por ese tipo de recuerdos ni por pensamientos filosóficos.

Se terminó su cerveza y el camarero le llevó otra botella y la puso frente a él sin que tuviera siquiera que decírselo.

–Gracias.

–No te he visto antes por aquí –comentó el hombre.

Travis se encogió de hombros.

–Es la primera vez que vengo.

–¿Quieres algo de comer antes de que cerremos la cocina?

–Sí. Un filete de ternera poco hecho, por favor.

–Es tu dinero, pero no te lo aconsejo. Yo que tú pediría una hamburguesa.

–De acuerdo. Una hamburguesa entonces.

–¿Algo más?

–Con patatas fritas, por favor.

–Ahora mismo te lo traigo todo.

Se tomó otro trago de cerveza mientras recordaba una conversación que había tenido con sus hermanos hacía un par de semanas. Le habían dicho que últimamente lo notaban distinto y le habían preguntado si estaba bien.

–¡Vosotros sois los que habéis cambiado! –había repuesto Travis con una carcajada–. Los dos casados, domesticados y siguiendo las normas al pie de la letra.

–A veces, las normas vienen bien –le había dicho Jake.

–Sí –había añadido Caleb–. Puede que haya llegado el momento de que reevalúes tu vida, Travis.

No le habían gustado nada sus consejos. Le gustaba la vida que llevaba, no quería cambiar nada. Creía que tenía justo lo que necesitaba. Prefería seguir trabajando duro y divirtiéndose a tope. No entendía por qué sus hermanos parecían preocupados por él. Creía que el tipo de vida que llevaba no tenía nada malo. Vivía como siempre lo había hecho.

Pero la guerra los había cambiado a todos. Jake todavía estaba en tratamiento para superar su síndrome postraumático y Caleb tampoco había terminado de superar por completo lo vivido.

Él también tenía a veces pesadillas y se despertaba de repente, con el corazón a cien por hora y recordando cosas que nadie debería tener que recordar. Pero le bastaba con pasar el día siguiente en su despacho, disfrutando con la adrenalina de comprar y vender acciones en Bolsa, y la noche con alguna mujer espectacular, para olvidarse de todo.

Pensó que quizás fuera ese su problema, lo que estaba poniéndole de un humor tan negro esa noche. Hacía bastante que no se acostaba con nadie y no entendía por qué. Le gustaba tan poco el celibato como el matrimonio y la vida doméstica. Pero hizo cuentas y llegó a la conclusión de que hacía días, incluso semanas, que no disfrutaba entre los brazos de alguna bella mujer…

–Tu hamburguesa poco hecha y las patatas fritas –le dijo el camarero dejando un enorme plato frente a él.

Miró la hamburguesa. Era de tamaño gigante y la carne estaba casi quemada.

Pensó que era una suerte que se le hubiera quitado de repente el apetito. Tomó una de las patatas y le dio un mordisco.

El lugar estaba empezando a llenarse. Casi todos los taburetes de la barra estaban ocupados y también las mesas. La clientela era en su mayoría masculina. Y casi todos esos hombres eran grandes, peludos y estaban tatuados.

Algunos lo miraron de arriba abajo y él no se dejó amilanar. Había estado en suficientes antros como ese, no solo en Texas sino también en peligrosas zonas de Europa del Este y Asia, para saber que no convenía mostrar miedo. Sobre todo cuando cualquiera podía ver que estaba fuera de lugar en ese sitio.

Aparte de su altura y físico, que había heredado de antepasados vikingos, romanos, comanches y kiowas, ayudaba mucho el hecho de que le hubiera dado tiempo a cambiarse cuando salió de la oficina. En vez de un elegante traje a medida, llevaba una camiseta gris, pantalones vaqueros algo desgastados y un par de botas vaqueras que ya tenían algunos años.

Creía que su ropa y su físico, incluso el cabello negro que había heredado de sus antepasados indios y los profundos ojos verdes que

tenía gracias a la sangre europea que también corría por sus venas, le hacían parecer lo que era, un hombre que no iba a buscar problemas, pero que tampoco iba a huir con el rabo entre las piernas si tenía que enfrentarse a alguien.

–Eres guapo y sexy sin dejar por ello de parecer un chico malo –le había dicho una vez una de sus muchas amantes.

Se había quejado con falsa modestia al oír su descripción, pero lo cierto era que estaba encantado con su herencia genética. La sangre de generaciones de guerreros corría por sus venas. Su padre, el general, los había criado a los tres contándoles historias de sus antepasados, historias de valor y coraje. Y los tres habían aprendido a hacerse respetar. De vez en cuando, era inevitable encontrarse con gente sin sentido común y demasiada afición por las peleas, pero normalmente no tenía demasiados problemas. Tampoco los tenía con las mujeres, que entendían el tipo de vida que llevaba y su alergia al compromiso.

Tenía suerte y, si pasaba una noche solo, era por elección, no por falta de candidatas...

–Hola, cariño.

La última vez que había mirado a su alrededor, el taburete a su izquierda había estado vacío, pero eso acababa de cambiar. Había una rubia sentada en él y lo miraba con una gran sonrisa, como si acabara de encontrar un regalo inesperado bajo el árbol de Navidad.

Frunció el ceño.

Ella también era sin duda un regalo, pero no para él. Esa mujer no era su tipo.

Llevaba el pelo cardado y daba la impresión de que había usado medio bote de laca para mantener su peinado. También llevaba demasiado maquillaje para su gusto, una camiseta muy apretada, un escote poco sutil y unos pantalones vaqueros que tampoco parecían de su talla.

Lo peor de todo era saber que no podía rechazarla sin más, sobre todo en un bar como ese.

Si una mujer trataba de ligar con él, se suponía que debía mostrarse halagado. De lo contrario, corría el peligro de ofenderla.

No solo lo miraba con atención la mujer. El resto del bar parecía tener la vista en él.

–Hola –repuso él con una sonrisa forzada.

Después, siguió mirando su comida y trató de concentrarse en ella.

–Nunca te he visto por aquí.

Travis le dio un mordisco a la hamburguesa y masticó muy despacio.

–Soy Beverly, pero todos me llaman Bev –le dijo la mujer.

Él asintió con la cabeza y siguió masticando.

Bev se acercó más a él, hasta rozarle el brazo con uno de sus

generosos pechos.

–¿Tienes nombre, vaquero?

No sabía qué hacer. La situación se complicaba. Hiciera lo que hiciera, iba a buscarse un problema. Su única salida era seguirle la corriente, pero no pensaba llegar tan lejos.

De un modo u otro, ella se iba a sentir insultada y sus amigos se verían en la obligación de acudir a su rescate y vengar la afrenta.

Pensó que quizás su mejor oportunidad pasaba por ser honesto y educado antes de que las cosas se complicaran aún más.

Tomó una servilleta de papel, se limpió los labios y se volvió hacia ella.

–Escucha, Bev –le dijo con amabilidad–. No estoy interesado, ¿de acuerdo?

Vio que su cara enrojecía y se dio cuenta de que no iba a salir de aquella ileso.

–Lo que quiero decir es que… Bueno, eres una mujer muy atractiva, pero la verdad es que estoy… Estoy esperando a alguien.

–¿En serio? –repuso Bev con incredulidad–. ¿Quieres que me crea que estás esperando a una mujer con la que tienes una cita?

–Eso es. No tardará ya mucho en…

–Si tienes una cita, ¿cómo es que has empezado a comer sin ella?

El tipo que estaba sentado al otro lado de Bev se acercó con interés a ellos. Era enorme, parecía un gigante, y miraba a Travis con los ojos entrecerrados. Se dio cuenta de que estaba listo para la pelea de ese viernes.

Poco a poco, con cuidado, Travis dejó la hamburguesa en el plato y volvió a limpiarse con la servilleta.

El gigante era bastante más grande que él. Vio que agarraba una botella en una de sus enormes manos, no había visto nunca manos tan grandes que las suyas.

Había peleado otras veces contra hombres más grandes que él y le había ido bien, pero ese gigante tenía amigos en el bar. Muchos amigos. Él, en cambio, estaba solo.

A pesar de lo que sus hermanos pensaban de él, tenía sentido común y no pensaba ignorar la sabia voz que oía de vez en cuando en su interior, la que le decía en esos momentos que era mejor irse de allí.

Desgraciadamente, Bev no había dejado de hablar ni un momento, soltando todo tipo de improperios y atrayendo la atención de varios amigos del gigante. Todos parecían encantados con la posibilidad de participar en algún tipo de altercado.

«Esto no pinta bien», le dijo la voz de la razón.

No huía de las peleas, pero tenía un problema.

Tenía que viajar a Frankfurt el lunes por la mañana para asistir a una importante reunión en la que llevaba meses trabajando. Tenía la

sensación de que el ultraconservador consejo de administración de la firma Bernhardt, Bernhardt y Stutz no iba a ver bien que su nuevo experto financiero se presentara a la reunión con un ojo negro, la mandíbula rota y algunos moretones.

Y sabía que, aunque les contara la verdad, no les iba a importar en absoluto que en realidad hubiera sido la víctima de una agresión que no había provocado él.

Maldijo entre dientes, acordándose otra vez de sus hermanos. «¿Dónde están esos dos cuando los necesito?», se dijo.

–Esta señorita te está hablando –le dijo el gigante acercándose a él de manera amenazadora–. ¿Qué pasa? ¿Acaso tienes problemas de oído, guaperas?

Todo el mundo se quedó en silencio, encantado con lo que estaba pasando.

Travis sintió la adrenalina corriendo por sus venas.

–No me llamo «guaperas» –le contestó Travis intentando contenerse.

–No se llama «guaperas» –repitió el gigantesco tipo burlándose de él mientras miraba a su entregado público.

Bev también parecía encantada al ver que alguien iba a vengarla y no dejaba de sonreír. Se bajó del taburete y se apartó. Pensó entonces que quizás se hubiera acercado a él con la intención de provocar una pelea.

De un modo u otro, sus opciones iban desapareciendo.

El defensor de Bev se acercó más a él.

–Estás cometiendo un error –le dijo Travis en voz baja.

El gigante resopló.

Travis asintió con la cabeza, tomó un último trago de cerveza y decidió en ese momento que iba a tener que cancelar la reunión del lunes. Después, respiró profundamente y se puso de pie.

–¿Afuera o aquí? –le preguntó Travis.

–¡Aquí! –exclamó alguien.

Tres hombres más se habían unido al gigante. Travis sonrió, no tenía nada que hacer, pero sabía que también iba a divertirse, sobre todo teniendo en cuenta el extraño estado de ánimo en el que había estado esa noche.

–Muy bien –les dijo–. Perfecto.

Sabía que era inevitable y la adrenalina se disparó con más fuerza aún por sus venas. Hacía mucho que no participaba en una pelea de bar. Si no recordaba mal, la última había sido en Manila… O quizás en Kandahar. Recordó entonces que había sido allí, en Kandahar, durante su última misión. Había visto tanta muerte en ese sitio…

De repente, le apeteció pelearse con alguien como ese tipo gigantesco, aunque se arriesgara a perder el contrato que quería firmar en Frankfurt.

Además, creía que solo un milagro podía salvarlo a esas alturas y...

Se abrió la puerta de la calle y, por algún motivo, el público que tan embelesado los había estado contemplando se volvió hacia la puerta. Pudo sentir cómo entraba de repente el cálido aire de Texas.

Y entró al mismo tiempo una mujer rubia, alta, bella y muy sexy. El tipo de mujer que sí era su tipo.

Todos se quedaron en silencio mientras miraban a una mujer que parecía sacada de un catálogo de moda de los grandes almacenes Neiman Marcus.

La mujer miró a su alrededor y se quedó inmóvil.

–Bueno, bueno… –dijo alguien dedicándole un silbido a la recién llegada.

Después de unos segundos tan hipnotizado como el resto de la gente, recobró la cordura.

Allí estaba el milagro que había estado esperando. Era su salvación.

–¡Por fin! –exclamó con entusiasmo y una sonrisa–. ¡La mujer con la que había quedado!

Antes de que nadie pudiera decir nada, fue hacia la rubia con seguridad. La mujer seguía inmóvil en la puerta.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás al ver que se le acercaba. Era alta, sobre todo con los zapatos de tacón que llevaba. Pero, aun así, tuvo que levantar la cara para mirarlo y le gustó que lo hiciera. Le pareció un toque perfecto para su coartada.

–¿Cómo…? –susurró ella.

Decidió que no podía dejar que siguiera hablando.

–Preciosa –le dijo él en un tono seductor–. ¿Cómo has tardado tanto?

La mujer lo miró con los ojos muy abiertos.

–¿Perdone?

Travis sonrió.

–Bueno, te perdono… –repuso él mientras rezaba para que nadie más se diera cuenta del engaño.

Y, antes de que la sexy desconocida pudiera reaccionar, la tomó en sus brazos, la atrajo con fuerza contra su cuerpo y la besó en los labios.

Capítulo 2

UNA hora antes de que llegara de repente a la vida de ese hombre, Jennie Cooper había estado sentada en su viejo coche mientras tenía una seria conversación con ella misma.

Habían sido entonces casi las nueve, ya no tenía toda la noche por delante y seguía sin haber puesto aún en práctica su plan.

Era una mujer con un claro objetivo en mente. Tenía que encontrar un bar.

Le había parecido que no podía ser tan difícil encontrar un bar en una ciudad como Dallas, pero la cosa se complicaba si lo que pretendía era dar con un tipo de bar muy específico.

Dallas era una ciudad muy grande y llevaba tanto tiempo dando vueltas por ella que ya no sabía dónde estaba.

Había empezado en el barrio de Richardson y, aunque había un montón de bares en esa zona, sabía que habría sido una tontería, mejor dicho, una temeridad, elegir uno de ellos. Estaba demasiado cerca del campus universitario.

Así que se había dirigido hacia el barrio de las Artes. Era una de las pocas zonas que conocía. Aunque no demasiado bien, se había limitado a visitar un par de galerías de arte en ese barrio durante un domingo lluvioso. Después de ocho meses, tenía que reconocer que aún se sentía bastante perdida en su nueva ciudad.

En cuanto llegó a ese barrio, se dio cuenta de que tampoco era una buena elección. Era una zona muy de moda y sabía que allí se iba a sentir fuera de lugar. Sonrió al recordarlo. Temía que, fuera donde fuera esa noche, siempre iba a estar fuera de lugar. Pero el barrio de las Artes tenía además el inconveniente de ser una zona que atraía a otros profesores universitarios.

Lo último que quería era encontrarse con alguien que la conociera. Eso habría sido un desastre.

Había sido entonces cuando, desesperada y cansada, había decidido apartarse de la carretera y aparcar su coche en el arcén. Necesitaba unos minutos para pensar y decidir qué hacer. No tenía tiempo que perder. De otro modo, su plan iba a fracasar.

«¿Qué otros barrios de Dallas hay?», se dijo.

Pensó inmediatamente en Turtle Creek. Nunca había estado allí, pero sabía que era la zona preferida de un montón de profesionales jóvenes, exitosos y ricos.

Después de todo, ella también era joven.

No demasiado rica. Era imposible serlo con su salario como profesora ayudante.

Y en cuanto a exitosa, no creía que pudiera ser considerada de esa manera, sobre todo si la comparaban con el resto de gente que vivía en Turtle Creek, donde los residentes eran casi todos abogados, médicos, gurús financieros o empresarios.

No sabía de qué podría hablar con un hombre así, suponiendo que encontrara a alguno que se dignara siquiera a mirarla. Y suponiendo también que tuviera que hablar con esa persona porque, en realidad, eso era lo que menos le interesaba esa noche. Esa noche tenía que ver con otro tipo de cosas.

Se estremeció al recordarlo.

Trató de calmarse y se dijo que no estaba asustada.

Pero sí estaba bastante nerviosa. Creía que era normal. Había pasado semanas, incluso meses, planificando ese… Lo que iba a pasar esa noche.

Creía que era mejor no ir a un bar de Turtle Creek. Ya estaba suficientemente nerviosa como para verse además en un entorno como el que debía de darse allí los viernes por la noche, cuando los solteros de la zona socializaban…

Sacudió la cabeza.

«No se trata de socializar, sino de ligar. Eso es lo que hacen los solteros, Genevieve», le susurró una voz en su cabeza.

–No, socializan –susurró Jennie–. Y mi nombre no es…

Pero no terminó la frase. Recordó entonces que, por esa noche, iba a ser Genevieve. Era algo que había decidido mientras tramaba ese plan.

Pensaba presentarse como Genevieve y mostrarse agradable, superficial, despreocupada… Esa noche no buscaba socializar con nadie, su plan era muy sencillo. Tenía que encontrar un bar, entrar, pedir una bebida, elegir a un hombre que le gustara, coquetear con él...

Sacudió de nuevo la cabeza. Ni siquiera podía ser sincera consigo misma.

Lo que quería era encontrar un hombre que le gustara lo suficiente como para acostarse con él.

Le comenzaron a castañetear los dientes.

–¡Ya basta! –dijo bruscamente.

Después de todo, era una mujer adulta. Acababa de cumplir veinticuatro años unos días antes y creía que era vergonzoso que nunca se hubiera acostado con un hombre.

En realidad, era peor que vergonzoso, era difícil de creer. Pero era algo que pensaba remediar esa noche.

–Feliz cumpleaños –se dijo en voz baja.

Había pensado durante mucho tiempo en lo que iba a hacer esa noche, había examinado el plan desde todos los ángulos posibles.

Creía que era lo mejor, lo lógico y lo apropiado. No necesitaba una relación sentimental ni nada parecido. Eso no tenía nada que ver con el amor ni el cariño.

Pensaba que ni siquiera merecía la pena tratar de analizar esos conceptos, no tenía tiempo para obsesionarse con nadie ni para enamoramientos, solo quería tener la experiencia. De eso se trataba.

Era parte de su investigación. Quería aprender algo sobre lo que, hasta esa noche, solo había leído. Creía que era similar a otras cosas que había hecho en el pasado, como cuando fue desde New Hampshire a Nueva York antes de escribir su tesis. Lo había hecho para poder visitar y experimentar directamente cómo habían sido las estrechas calles en las que Stanton Coit estableció una casa para los inmigrantes mucho antes de que hubiera trabajadores sociales. O como cuando visitó el Museo de Jane Addams Hull en Chicago...

Se le hizo un nudo en la garganta. Prefería no pensar en sus días de investigación académica.

Lo que necesitaba era investigar la realidad y estaba perdiendo un tiempo precioso sentada allí.

Encendió el motor, miró los espejos retrovisores y salió a la carretera, dirigiéndose hacia el sur de Dallas. Después de un tiempo, las calles empezaron a cambiar. Se hicieron más estrechas y oscuras. Las casas eran más pequeñas, pero al menos había muchos bares.

Montones de bares. Pasó por delante de todos ellos, pero ninguno cumplía sus requisitos. Uno no tenía suficientes vehículos estacionados afuera, otro tenía demasiados. Por un motivo u otro, no se decidía.

Resopló enfadada consigo misma. Sabía que no podía poner tantos reparos.

Decidió que entraría en el siguiente, fuera como fuera. Se lo prometió a sí misma.

Condujo un poco más y, cuando vio un letrero que anunciaba otro bar, su corazón comenzó a latir con fuerza.

Se quedó fijamente mirando el letrero, ni siquiera tenía nombre, solo ponía «bar», nada más.

«¡Por el amor de Dios, Genevieve, es un bar! ¡Entra!», le dijo su álter ego.

Aminoró la marcha, encendió el intermitente izquierdo, comprobó los espejos y esperó pacientemente a que un vehículo que se aproximaba a bastante distancia pasara antes de girar para entrar en el aparcamiento.

Vio entonces que estaba casi lleno. Solo encontró un espacio libre y aparcó allí.

Salió para ver cómo había aparcado y se dio cuenta entonces de que

no había logrado centrar bien su coche. Se metió de nuevo, dio marcha atrás con cuidado, corrigió la dirección y volvió a aparcar. Cuando por fin estuvo satisfecha, apagó el motor.

Sintió entonces la inmensidad del silencio.

Demasiado silencio.

Casi podía oír los latidos de su corazón.

Rápidamente, abrió el bolso de Dior que había comprado en una tienda de segunda mano. Rebuscó en su interior y sacó el estuche de maquillaje.

Había pasado veinte minutos esa tarde en Neiman Marcus, deambulando nerviosa entre los mostradores de cosméticos y sin saber qué elegir.

–¿En qué puedo ayudarla, señorita? –le había preguntado solícita la vendedora–. ¿Necesita maquillaje? ¿Colorete? ¿Algo para las cejas? ¿Sombra de ojos? ¿Carmín? ¿Algo para el pelo? ¿Crema para la piel?

No tardó en entender lo que le estaba diciendo, necesitaba una restauración integral.

Había respirado profundamente antes de contestar, la animó bastante la amable sonrisa de la joven.

–¿Hacéis cambios completos de imagen?

–Mírate –le dijo una hora más tarde la vendedora mientras le ponía un espejo en las manos.

Jennie se había mirado y se había sorprendido mucho al encontrarse con alguien que no conocía.

No sabía quién era esa mujer de pelo rubio ondulado. Los rizos enmarcaban su rostro. Se fijó en sus espesas pestañas, en los pómulos marcados... Sus labios parecían más gruesos.

–¡Vaya…!

La joven no podía dejar de sonreír.

–Estás preciosa. Tu chico se va a derretir cuando te vea esta noche.

–No, no creo –replicó ella–. Lo que quiero decir es que… De eso se trata. No tengo…

Pero la vendedora no la escuchaba.

–Bueno, ¿qué te vas a llevar? ¿Vas a comprar todos los productos que he usado?

–¿Comprar? –había repetido Jennie mientras miraba la colección de botecitos, tubos, cremas, pintalabios, lápices y brochas.

Había incluso una hoja de instrucciones que explicaba cómo repetir esa mágica transformación en casa. Miró a la joven con el ceño fruncido.

–Pero no puedo…

Tragó saliva, señaló un tubo de rímel que costaba treinta dólares y le dijo que se quedaba con él.

Nadie estaba contento con su decisión. Ni la vendedora, que

cobraba comisiones, ni Jennie. La última vez que había comprado rímel lo había hecho en el supermercado y no le había costado ni seis dólares.

No sabía si habría merecido la pena perder tanto tiempo y dinero, pero había llegado el momento de averiguarlo.

Se miró en el espejo del estuche de maquillaje y, aunque era un aparcamiento oscuro, vio que su aspecto seguía siendo impecable. Se veía tan diferente... Era como si llevara una máscara. O una especie de disfraz.

Eso hizo que se sintiera mejor, como si estuviera allí haciendo una labor de investigación. Aunque iba a pasar las siguientes horas haciendo un tipo de estudio muy distinto al que estaba acostumbrada.

Cerró el espejo y lo guardó.

Miró a su alrededor. El aparcamiento estaba lleno de furgonetas y parecían bastante viejas… No quería ni pensar en cómo serían sus dueños. Vio que también había motos y se suponía que las motos eran sexys, pero…

Respiró profundamente. Aunque no le gustara ese sitio, cumplía con los requisitos.

Uno de ellos pasaba por elegir un lugar que atrajera a los solteros. Sabía lo que pasaba en los bares de solteros, aunque no fuera por experiencia propia. Había oído que allí era donde la gente iba a divertirse y olvidar sus inhibiciones. Bebían, bailaban y hacían... Hacían otras cosas.

El segundo requisito que se había impuesto era que tenía que hacerlo antes de que terminara el verano y comenzara el otoño.

Había un tercer requisito. No debía pensárselo mucho, pero eso era precisamente lo que estaba haciendo en esos momentos.

Abrió la puerta y se bajó del coche. Cerró con llave, se aseguró de que estaba bien cerrado, metió las llaves en el bolso. Se lo colgó del hombro, sobre uno de los tirantes del vestido de seda verde. Se lo había comprado en la misma tienda de segunda mano donde había adquirido el bolso. Le llegaba a medio muslo, creía que ni siquiera podía considerarse un vestido de verdad, pero había visto a chicas llevando vestidos igual de cortos por el campus.

«Pero tú no eres una universitaria, Jennie. En New Hampshire nunca te habrías puesto algo así», se dijo ella.

Pero pensó que, si lo hubiera hecho, quizás no tuviera que verse en esa situación esa noche. No tendría que estar buscando respuestas a preguntas que necesitaban respuestas, respuestas que necesitaba saber antes de que fuera demasiado tarde…

–¡Ya basta! –susurró.

Había llegado la hora de ponerse en movimiento. Tomó aire y comenzó a ir hacia la entrada del bar, tropezando un poco con los

altísimos tacones que se había comprado en la misma tienda.

Se había transformado para atraer a la clase de hombre que quería en su cama. Alguien alto, ancho de hombros, fuerte, musculoso. Preferiblemente moreno, con ojos oscuros y guapo. Porque, si iba a perder su virginidad con un desconocido, si esa iba a ser su primera y única experiencia sexual, quería que ese hombre fuera…

Abrió la puerta y se quedó inmóvil. Más que música, la recibió un ruido ensordecedor.

Se mordió preocupada el labio, temía estar cometiendo un grave error. Ese sitio estaba muy lejos de la universidad, no iba a encontrarse con ningún conocido, pero parecía tan oscuro y tenebroso… Un verdadero antro de mala muerte. Y esa calle era tan oscura...

Pero tenía que hacerlo, no podía posponerlo más.

Levantó la cara, se enderezó y abrió del todo la puerta.

La música estaba aún más alta de lo que le había parecido en un principio, retumbaba hasta el suelo y olía fatal. La gente gritaba para hacerse oír. Había mucha gente y casi todos eran hombres. Pensó por un instante que quizás fuera un bar gay, pero esos hombres no parecían homosexuales. Eran feos y demasiado peludos. Casi todos tenían tatuajes y vio que había también algunas mujeres. Ellas también eran grandes, con el pelo cardado y generosos escotes. Se quedó inmóvil al ver que la gente se había quedado mirándola.

«Es normal, Genevieve. Es lo que hace la gente cuando ven a una mujer tan arreglada como lo estás tú esta noche», le dijo esa voz en su interior.

Tenía el corazón en la garganta. Quería darse la vuelta y salir corriendo. Pero era demasiado tarde, vio a un hombre que iba hacia ella.

Se acercaba con paso firme y seguro. Y sin dejar de sonreír.

Se quedó sin aliento.

Tenía los ojos oscuros y su pelo era del color del café. Lo llevaba algo más largo de lo que era habitual en un hombre y sintió el deseo abrumador de enterrar los dedos en él.

Era, además, esbelto, musculoso y muy alto. Llevaba una camiseta que resaltaba sus anchos hombros y sus musculosos brazos. Y su torso… Estaba segura de que había unos abdominales perfectos bajo esa camiseta gris.

Y no quería ni pensar en lo que escondían sus vaqueros. No pudo evitar sonrojarse.

Levantó la vista y sus ojos se encontraron. A pesar de los tacones de aguja, tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo. No podía dejar de hacerlo, estaba sin aliento.

–Preciosa –le dijo él de repente–. ¿Cómo has tardado tanto?

No entendía lo que estaba pasando. Nadie sabía que iba a ir a ese bar, ni siquiera lo había sabido ella misma… Pero ese hombre le hablaba como si la conociera.

–¿Perdone?

La sonrisa de ese hombre se transformó de repente. Sin saber cómo, le pareció aún más sexy.

–Bueno, te perdono… –repuso él.

Y, antes de que pudiera hacer nada, ese hombre la tomó en sus brazos y la atrajo con fuerza contra su cuerpo.

Capítulo 3

A TRAVIS le gustaban las mujeres.

Le gustaba acostarse con ellas, por supuesto. Creía que el sexo era uno de los grandes placeres de la vida. Pero también le gustaban otras cosas de las mujeres. Como su aroma, su suavidad, sus misteriosas sonrisas.

Nunca se cansaba de ellas.

Sabía que, para otros hombres, los besos no eran más que un primer paso ineludible antes del evento principal, una molesta distracción.

Para él no era así. Creía que merecía la pena dedicar mucho tiempo a los besos. Le encantaba descubrir el sabor de una mujer, la textura sedosa de sus labios, su tacto…

Y sabía que a las mujeres también les gustaba mucho.

La mayoría no podía contener suspiros de placer y se derretía en sus brazos cuando las besaba. Aunque pecara de inmodesto, creía que se le daba muy bien.

Pero esa noche, nada de eso importaba. La rubia era atractiva, pero no había nada personal en lo que iba a hacer. Besarla era solo un medio para un fin, una manera de evitar una pelea que iba a dejar su cara magullada un par de días antes de la importante reunión de Frankfurt.

Sabía que tenía que actuar rápidamente y tomarla por sorpresa. Debía también besarla con la fuerza suficiente para acallar cualquier posible protesta. Esperaba que ella le siguiera el juego.

Después de todo, una mujer con ese aspecto y capaz de ir a un bar como ese, no podía ser tan inocente y mojigata como para protestar. Pero, por si acaso, no le iba a dar tiempo a reaccionar.

Pensaba besarla, salir de allí y explicarle después por qué lo había hecho.

Le mostró su mejor sonrisa, se acercó, la rodeó con sus brazos y…

La mujer abrió mucho los ojos y colocó las manos contra su torso.

–¿Qué… qué está haciendo?

Travis no contestó, se limitó a mostrárselo.

La besó y, durante un segundo, pensó que se había salido con la suya. Pero ella de repente se puso muy rígida y trató de decir algo. Como vio que no la soltaba, comenzó a empujarlo con las manos para tratar de apartarse.

Oyó que alguien se echaba a reír y otros comenzaron a hacer

comentarios.

–¿Qué diablos está haciendo ese tipo? –preguntó un motorista.

–¡A saber! –exclamó otro.

Travis se dio cuenta de que su plan corría peligro.

–No voy a hacerte daño –gruñó contra la boca de la rubia.

Pero ella seguía protestando y luchó con más fuerza aún. Notó uno de sus afilados tacones en el pie y se alegró de haberse puesto esas botas.

–Señorita –le dijo al oído–. ¿Me está escuchando? Le he dicho que no voy…

Pero se dio cuenta de que había sido un gran error dejar de besarla.

–¡Soco…!

Vio lo que estaba a punto de gritar y no le quedó otra opción que besarla de nuevo.

Notó que levantaba la pierna para darle con la rodilla en la entrepierna y se apartó justo a tiempo, abrazándola contra su torso como si le fuera la vida en ello. La multitud celebró el movimiento con aplausos. Para su desgracia, se habían convertido en la diversión de la noche.

–¡No parece muy contento de verte, vaquero! –le gritó el tipo que había estado a punto de pegarle.

Todo el mundo se rio a carcajadas y Travis se dio cuenta de que tenía que cambiar de estrategia.

Hundió las manos en su sedoso pelo y la besó suavemente.

–Sígueme la corriente –le suplicó en voz baja entre beso y beso–. Haz que parezca real y dejaré que te vayas, te lo juro.

Ella no protestó, se limitó a suspirar.

–Así me gusta... –murmuró Travis antes de besarla de nuevo.

Tenía un sabor tan dulce que, durante unos segundos, olvidó dónde estaba. Sin soltarla, la besó con un poco más de intensidad. Sabía a verano y olía a flores silvestres. Bajó las manos por su espalda y la atrajo contra su musculoso cuerpo, deleitándose en la suavidad de sus curvas.

La multitud aplaudió, pero él apenas podía oír nada más. Estaba perdido en ese momento, en la maravillosa sensación de tener a esa mujer entre sus brazos. Sintió una urgencia que no había sentido nunca. Todo su cuerpo ardía de deseo y también le estaba ocurriendo a ella. Podía sentir cómo temblaba y gemía…

Pero se quedó sin aliento al darse cuenta de lo que pasaba. No era deseo lo que sentía por él, sino terror. No había consentido que la besara, sino que había dejado de luchar. No podía creer que le estuviera haciendo algo así a una mujer. Estaba aterrorizándola con el único objetivo de salvarse él.

Poco le importó en ese instante la reunión de Frankfurt. Ya había

perdido dinero antes y podía perderlo de nuevo. Aunque eran millones los que estaban en peligro…

Pero no era tan desalmado como para utilizar a alguien, y menos aún a una mujer, para lograr lo que quería.

Se apartó de ella y la miró. Se le encogió el corazón al verla. Estaba muy pálida y le costaba respirar. Y sabía que no iba a poder olvidar nunca sus ojos. Eran muy bellos, pero lo miraban con miedo.

–Preciosa… –le dijo en voz baja.

Ella sacudió la cabeza.

–No –susurró–. Por favor. No…

La besó de nuevo, pero con ternura. Fue apenas una leve caricia.

–Lo siento, no quería asustarte –le aseguró él.

Notó que alguien se le acercaba por detrás. Sabía que estaba echándolo todo a perder. Pero no le importaba lo que iba a pasar. Solo quería que ese bello rostro dejara de mirarlo con miedo.

Era preciosa. Su pelo era una nube de sedoso cabello y tenía los ojos azules y oscuros. Sus sonrosados labios merecían mención aparte, pero en ese momento no dejaban de temblar. No iba a permitir que siguiera pasándolo mal por su culpa.

–No voy a hacerte daño –le dijo–. No era mi intención asustarte. Es la verdad, preciosa. No tenía nada que ver contigo, no como crees.

Tomó su cara entre las manos y la levantó un poco para mirarla a los ojos.

–Es que… Me metí en un… En un lío con alguna gente del bar…

–Así es –gruñó el gigante tras él.

La joven miró entonces a ese hombre, tenía los ojos muy abiertos. Después, volvió a mirar a Travis y frunció el ceño.

–Les dije que estaba esperando a mi novia… –siguió él.

–¡Eso es lo que dijo! –lo interrumpió uno de los amigos del gigante–. Pero sabíamos que estaba mintiendo. ¡Y aquí sabemos qué hacer con los mentirosos!

La gente aplaudió al oírlo y vio que la joven miraba de nuevo a los que estaban detrás de Travis. Le pareció que había comprensión en sus ojos.

–Y entonces… –prosiguió él–. Entonces, se abrió la puerta y entraste. Al verte, supe que eras perfecta para mí, la mujer…

–La mujer a la que habías estado esperando –terminó la joven por él.

Sonrió con algo de tristeza. No había nada que hacer. Lo único que le importaba era sacarla a salvo del bar. Esa mujer estaba en el lugar equivocado y había llegado en el peor momento.

–Así es, preciosa. Les dije que eras la mujer a la que estaba…

La rubia le puso un dedo en los labios para que no siguiera hablando.

–Por supuesto –repuso ella en voz alta para que la oyeran los hombres que estaban detrás de Travis–. ¿Cómo puedes ser tan tonto como para pensar que iba a dejarte plantado? Solo he llegado un poco tarde. Eso es todo.

Esa vez, fue Travis el que abrió con sorpresa los ojos.

–¿Qué? –susurró.

–Estaba enfadada, lo reconozco. Después de la pelea que tuvimos la semana pasada… Te acusé de engañarme con otra, pero sé que no es así, que tú nunca me engañarías.

Estaba sin habla. Se esforzó por reaccionar y decir algo coherente.

–Sí. Quiero decir, no… Yo no… Nunca te engañaría. Nunca.

Ella asintió.

–Pero no podía admitir que aún estaba enfadada –le dijo la joven–. Eso habría ido en contra de todos los preceptos de comportamiento relacionados con el cortejo de hombres y mujeres. Después de todo, es algo que se nos transmite genéticamente, de generación en generación.

Se quedó boquiabierto.

–Así que decidí hacerte esperar esta noche, para que tuvieras que preguntarte si iba a dejarte plantado o no –añadió con una sonrisa que lo dejó sin aliento–. Y eso es exactamente lo que te ha pasado, ¿verdad? Te preocupaba que no viniera.

Travis trató de responder, pero no le salía la voz. Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo.

–Sí. Eso es. Me preguntaba si vendrías y…

–¡Y has reaccionado a la perfección! Ha quedado en evidencia cada respuesta que tienes codificada en tu ADN: el machismo, el deseo de dominación, la actitud agresiva. Incluso un intento de marcaje territorial.

Se quedó perplejo. Lo de «marcaje territorial» le sonaba a lo que hacían los perros machos con los árboles.

–Me encanta ver que has mostrado a la perfección los principios de mi tesis.

–Tu tesis…

–¡Eso es! ¡Lo has hecho a la perfección! La forma en la que reaccionaste al verme, cómo me trataste…

Oyó un murmullo detrás de él. Susurros, comentarios y risas. Muchas risas. Decidió que era la hora de salir de allí.

–Genial, qué maravilla. Pero creo que deberíamos seguir hablando afuera…

–¿Por qué, cariño? –le preguntó la mujer con dulzura–. ¿Acaso te molesta que te haya utilizado para constatar los resultados de mi investigación?

Varios tipos estallaron en carcajadas al oírlo.

Travis tomó a la rubia por el codo sin dejar de sonreír y la llevó así hasta la puerta.

De camino a la puerta, el álter ego de Jennie, esa voz que oía en su cabeza a menudo, se rio de ella, dejándole muy claro que debería haberse ido de allí antes de complicar más las cosas.

Ese hombre, el desconocido que la había besado, la estaba sacando del local a la carrera.

Vio que estaba muy serio. Sus ojos eran fríos y sintió algo de miedo.

Pero su boca no era fría, todo lo contrario. La había estremecido ese afán posesivo con el que la había besado. No iba a poder olvidar el sabor de su boca ni su sonrisa cuando fue hacia ella en el bar. Creía que había merecido la pena salvarlo de ese montón de salvajes. Pero, aun así, le había encantado hacerle sufrir un poco. No podía dejar que se saliera con la suya después de lo que le había hecho. Había conseguido asustarla cuando la agarró y la besó como lo hizo.

Era cierto que había entrado en ese bar con la intención de conocer a un hombre e irse con él, pero había imaginado que iba a poder ser en sus propios términos y a su propio ritmo. Y que iba a ser ella la que eligiera al hombre que iba a… A completar su investigación. Alguien elegante, culto y caballeroso, no un rudo vaquero. Pero tenía que reconocer que era muy atractivo.

–¡Vuelvan pronto! –les gritó alguien.

Y todos se echaron a reír. El hombre apretó con más firmeza su codo. Trató de apartarse, pero no lo consiguió. Abrió la puerta y salió sin soltarla. No se detuvo hasta llegar a un enorme todoterreno negro.

–¿Estás bien? –le preguntó entonces.

Jennie parpadeó al oír su voz, le pareció que había preocupación en su tono y le sorprendió.

–No. Sí. Supongo que sí...

–¡Me he librado por los pelos! Por cierto, lo has hecho muy bien. Bueno, menos al final –le dijo sonriendo–. Cuando casi lo echas todo a perder burlándote de mí. Pero te perdono.

–¿Me perdona? –repitió indignada–. Escuche, señor…

–Creo que hemos salido justo a tiempo –la interrumpió ese hombre.

A pesar de la indignación que sentía, no pudo evitar preguntarle.

–¿Por qué? ¿Qué es lo que estaba pasando cuando llegué?

–Es un poco complicado –repuso sonriendo el vaquero.

Esa vez, su sonrisa era real.

–Pero gracias por sacarme de un buen lío.

–De nada –respondió ella–. Pero no entiendo qué…

–No vale la pena recordarlo. Fue todo un malentendido.

Él volvió a sonreír y su corazón comenzó a latir con más fuerza. Era

una sonrisa muy sexy.
Abrió la boca para decir algo, cualquier cosa, pero estaba sin palabras. Era tan atractivo…
Nunca había visto un cuerpo tan musculoso y no pudo evitar imaginar cómo sería sin ropa.
Se sonrojó, no entendía lo que le estaba pasando.
–No… No tenía derecho a acercarse a mí como lo hizo y…
–¿Y besarte? –concluyó él.
Sintió que se sonrojaba de nuevo.
–Sí. Eso es. Incluso en las culturas más sexualizadas y primitivas, hay un cierto decoro involucrado en la expresión del deseo...
El vaquero le dedicó otra sonrisa.
–¿En serio?
Instintivamente, dio un paso atrás, pero se topó con el enorme todoterreno.
–El caso es que no debería haber hecho lo que hizo –prosiguió ella.
–Te besé sin decirte siquiera «hola».
–Correcto, eso es –repuso ella–. El protocolo adecuado, antes de la intimidad, es…
Se detuvo en mitad de la frase. Sabía que él debía de pensar que era idiota.
–Bueno, no importa –le dijo rápidamente–. Es tarde y…
–Travis –la interrumpió él de nuevo–. Travis Wilde.
Lo miró fijamente, sin entender nada.
–¿Cómo?
Él sonrió de nuevo y su corazón reaccionó latiendo con más fuerza aún.
–Me estoy presentando. Eso es lo que debería haber hecho, ¿no?
–Bueno, sí, pero…
–¿Y tú te llamas...?
Tragó saliva. No se le daban bien esas cosas.
–Podría llamarte Rubia –le dijo mientras acariciaba su pelo un segundo–. O Neiman Marcus.
–¿Qué? ¿Por qué? –repuso Jennie mirándose a sí misma.
–Porque pareces salida de su catálogo. Del de Navidad, el que tiene las cosas más bonitas.
Le temblaban las rodillas. Su voz era como una caricia, pero sus ojos eran abrasadores.
Él era… Era justo lo que había estado buscando.
–Me llamo Jen... ¡Genevieve! –le dijo.
–Pues, Genevieve, lo que hiciste esta noche fue una locura.
–¡Un momento! ¡Solo dejé que me besaras cuando vi que corrías peligro!
Travis Wilde se rio entre dientes. Hasta su risa era sexy.

–Me refería a lo de entrar en ese bar. No sabes qué gente había ahí. Pero, bueno, lo importante es que ya estamos los dos a salvo. De otro modo, habría acabado…

–Por los suelos –terminó ella.

–Pero feliz.

–¡Eso es tan típico! Los hombres y su necesidad de afirmar su poder dominando…

–Los hombres y su necesidad de salvar el pellejo, preciosa –la interrumpió él–. En otro momento, no me habría importado, pero tengo una reunión decisiva el lunes.

–Además, te habrían machacado. Había demasiados.

–¿Y? Podría haberles ganado –repuso él con seguridad.

Lo dijo con seguridad, como si de verdad lo creyera y no pudo evitar que un escalofrío la recorriera. Había salido en busca de un hombre y lo había encontrado. Pero era más de lo que había previsto. Más guapo, sexy y masculino. No pudo evitar pensar en cómo sería en la cama.

–Bueno –dijo de repente–. Ha sido interesante, señor Wilde. Ahora, si no te importa…

–En cuanto a lo del protocolo, ¿ya hemos actuado según el protocolo previo a cualquier tipo de intimidad?

Esa mujer que acababa de presentarse como Genevieve se sonrojó. Otra vez. Le encantaba que lo hiciera y no pudo evitar preguntarse si su cara y sus pechos se tornarían de ese mismo tono rosado durante el sexo, o si sus ojos lo mirarían fijamente, como lo hacían en ese momento.

–Porque, si ya lo hemos hecho –le dijo él acercándose y colocando las manos sobre su propio coche y a cada lado de Genevieve–, me gustaría dar el siguiente paso.

–¿Cuál es el siguiente paso?

La miró a los ojos y después se fijó en sus labios. Quería darle un segundo para entender lo que iba a pasar.

–No… –susurró ella.

–Sí –repuso él mientras se acercaba a ella y la besaba.

Jennie apenas tuvo tiempo a reaccionar. Sus labios se separaron sin que pudiera hacer nada para evitarlo y sintió cómo se deslizaba dentro de su boca la seductora lengua de ese hombre. El corazón le latía con tanta fuerza... Era una sensación increíble tenerlo dentro de su boca.

Él gimió y la abrazó. Y ella dejó que lo hiciera e incluso rodeó su cuello los brazos. Se apretó contra ese hombre, estaba duro como una roca y quería frotarse contra él, aplastar sus caderas contra las suyas. Quería… No sabía que lo que quería.

La apretó aún más contra él, rodeando su cintura con los brazos. La besó entonces lentamente, atrapando su labio inferior entre los

dientes, lamiendo…

Sintió una fuerte sacudida de deseo por todo su cuerpo. Le había pasado lo mismo en el bar, cuando el miedo y la indignación habían dado paso a algo muy diferente. Algo que se había negado a admitir.

–Espera… –susurró ella.

Pero él no lo hizo y a ella no le importó. Aunque las cosas no estaban yendo de acuerdo con su plan, no quería que se detuviera. Y no lo hizo.

Sintió las fuertes y expertas manos de ese hombre sobre su cuerpo. Agarró sus caderas y tiró de ellas. Se quedó sin aliento cuando sintió su impresionante erección. Y no pudo recobrar la respiración cuando sintió que comenzaba a acariciar sus pechos, deslizando los pulgares seductoramente sobre sus pezones.

–¿Qué… qué estás haciendo? –le preguntó sin aliento.

–¿Qué te parece a ti que estoy haciendo?

–Es como… Es como si estuvieras haciéndome el amor…

–Estupendo, porque eso es exactamente lo que estoy haciendo, Genevieve. Lo que quiero seguir haciendo –le dijo antes de besar su cuello.

Cerró los ojos y sintió que desaparecía el resto del mundo.

Unos minutos después, cuando Travis Wilde le pidió que se fuera a su casa con él, ella le dio la única respuesta lógica. Le dijo que sí.

Capítulo 4

TRAVIS sabía que su Corvette habría sido más rápido, pero había poco tráfico a esas horas y su piso estaba a solo media hora de allí. Pero los minutos se le estaban haciendo eternos. Le estaba costando más de lo normal mantener las distancias con la mujer que tenía sentada a su lado.

Pero, después de todo, pensaba que era lógico. Era un hombre heterosexual, joven, sexualmente activo y saludable. Además, la manera en la que se habían conocido no hacía sino añadir más emoción a lo que estaba a punto de pasar.

Pero había algo casi primitivo en el deseo que sentía por Genevieve. No se le había pasado por alto. Había estado a punto de hacerlo con ella en el propio aparcamiento y contra su coche. Siempre le habían parecido muy excitantes los encuentros espontáneos en lugares inesperados o incluso públicos, pero habría sido muy estúpido hacerlo con ella frente al bar de donde había estado a punto de no salir a salvo. Además, no habría sido más que un encuentro rápido y quería algo más. No sabía el qué, pero esa noche quería algo más.

Se preguntó si su subconsciente lo habría llevado hasta ese bar porque había querido pelearse con alguien. En el instituto, el deporte había sido una manera de dar salida a la ira que sentía a veces hacia su padre. Después, en Afganistán, cuando descubrió que era una guerra meramente política e inmoral, empezó a salir a correr por el desierto, tratando de agotarse completamente bajo el abrasador sol de ese país.

A lo mejor estaba más enfadado con sus hermanos de lo que creía y había ido a ese bar para meterse en problemas, soltar adrenalina y no pensar en nada más. Pero no quería seguir filosofando, no cuando tenía a esa mujer tan hermosa a su lado.

Maldijo entre dientes al ver que el semáforo estaba a punto de cambiar a rojo. Aceleró para no tener que esperar. Vivía a un par de manzanas de allí.

Genevieve estaba muy callada. No había dicho ni una palabra desde que entraran en el coche.

La miró de reojo. Estaba sentada muy erguida y tenía la mirada fija en la carretera. Vio que le temblaban las manos y temió que estuviera arrepintiéndose ya.

–Hola –le dijo en voz baja.

Ella lo miró, pero no tardó en apartar la vista. Le tocó las manos, las tenía heladas.

Era como si estuviera asustada. No le parecía posible, no después de la forma en la que su maravilloso cuerpo había respondido en el aparcamiento cuando la había besado, pero había vivido lo suficiente para saber que todo era posible. Apretó con afecto su mano.

–Ya queda poco.

Genevieve asintió con la cabeza y se mordió el labio inferior.

–Vivo en Turtle Creek, cerca de Lee Park –le dijo.

Ella no respondió. Tampoco le extrañó que no lo hiciera, no se iban a poner a hablar de ese barrio, él no era un agente inmobiliario ni ella su clienta.

No entendía por qué había decidido llevarla a su cama. No solía invitar a sus amantes a que fueran a su piso, prefería mantener protegida su intimidad desde el principio.

–¿Quieres parar en algún sitio antes de ir a mi casa? ¿Te apetece tomar una copa o comer algo?

Genevieve lo miró fijamente, como si no entendiera su sugerencia. Supuso que tenía cierta lógica. Los dos sabían lo que iba a pasar y no tenía sentido parar en un restaurante y retrasar lo inevitable.

Ella se humedeció los labios con la punta de la lengua antes de responder y sintió que su cuerpo se tensaba al ver ese simple gesto.

–No –le susurró ella.

Genevieve parecía desearlo tanto como él a ella. Era una suerte que ya hubieran llegado. Redujo la velocidad, abrió la puerta del garaje y entró.

En cuanto apagó el motor, se desabrochó el cinturón y la tomó entre sus brazos.

–Genevieve… –susurró unos segundos antes de besarla.

Se sintió de vuelta en el aparcamiento del bar. Era increíble sentir de nuevo su dulce boca. No recordaba haber sentido un deseo tan profundo.

Al principio, a Genevieve le costó reaccionar, parecía estar aún algo tensa, pero no tardó en oír un gemido que escapaba de su garganta mientras separaba los labios. Se le pasó por la cabeza acostarse con ella allí mismo. No necesitaba una cama, la deseaba demasiado.

El problema era de espacio y decidió que al menos tenía que tocarla. No podía esperar más. Su vestido apenas le cubría sus muslos. Deslizó su mano bajo la tela, deleitándose con el tacto de su cálida piel.

–Espera –susurró ella.

Pero no podía esperar, tenía que tocarla… Cuando rozó su ropa interior, ella contuvo el aliento.

–Travis…

Era la primera vez que decía su nombre y la forma en que lo dijo y la humedad que sintió de repente en sus braguitas estuvieron a punto de hacerle perder el control por completo.

La besó de nuevo y ella gimió mientras agarraba con fuerza su pelo. Apartó a un lado la tela de sus braguitas y comenzó a acariciarla. Cuando ella empezó a gemir y jadear, se dio cuenta de que tenía que detenerse antes de que fuera demasiado tarde.

Salió del coche, fue a la puerta de Genevieve y la llevó en brazos y sin dejar de besarla hasta el ascensor privado que subía hasta su ático. Una vez en el ascensor, la bajó.

–No tengas miedo –le dijo él.

No sabía por qué había decidido decírselo. Después de todo, ella había aceptado irse con él.

–No tengo miedo –susurró Jennie.

Pero era mentira. Y no era la única.

Desde el principio, Jennie había pensado en lo que iba a hacer esa noche como si se tratara de un proyecto de investigación. Pero en ese momento no pudo evitar pensar en él, en cómo se sentiría si supiera por qué estaba allí ella, si supiera que nunca había estado con nadie y que lo más probable era que ese hombre fuera su primer y único amante.

Pero no pudo pensar en nada más. Travis no dejaba de besarla y tocarla. Y podía sentir contra su vientre lo excitado que estaba. Le entraron algunas dudas, aquello le parecía demasiado grande para que pudiera… Para que fuera a ser capaz de hacerlo con él.

Había leído artículos y había visto las películas académicas que se mostraban a los estudiantes de posgrado de Sociología y Psicología. Habían sido bastante gráficas, pero nada la había preparado para lo que estaba viviendo.

Era increíble verse dominada por su propio deseo y comprobar que a él le pasaba lo mismo.

Se estremeció cuando Travis bajó la cabeza y comenzó a besarle los pechos, mordisqueando suavemente sus pezones a través de la tela de su vestido. Pudo sentir cómo se endurecían al instante.

Le dolían los pechos y sentía la misma sensación entre sus piernas, pero era un dolor muy dulce. Su cuerpo estaba en llamas, pero sobre todo su zona más íntima. Y tan húmeda…

Gimió cuando Travis le bajó la parte de arriba del vestido y volvió a atrapar unos de sus pezones entre sus dientes, esa vez sobre el encaje de su sujetador. La sensación era imposible de soportar. Pero, a la vez, no era suficiente. Necesitaba más.

Él la agarró por los hombros y la hizo girar hasta que tuvo la espalda contra él. Le apartó el pelo a un lado y comenzó a besar su nuca. Era la más dulce de las torturas. Oyó una cremallera…

–¡Espera! –exclamó casi sin aliento–. Alguien podría…

–Es un ascensor privado –repuso él con la voz cargada de deseo–. Estamos solos.

No pudo evitar echarse a temblar. Estaban solos y Travis le estaba quitando el vestido, que cayó al suelo. Después, siguió besando su espalda y le desenganchó el sujetador de encaje negro. Solo llevaba ya unas minúsculas braguitas de seda negra y los zapatos de tacón.

Travis le dio la vuelta y la miró de arriba abajo. Lo hizo lentamente. Tan lentamente que casi podía sentir sus ojos en la piel. Y también en los pechos y en su sexo.

Él levantó la vista y sus ojos se encontraron. Vio tanto deseo en la profundidad oscura de su mirada que sintió que le temblaban las rodillas.

Avergonzada, se cubrió los pechos con una mano y las braguitas con la otra.

Travis se acercó, tomó sus muñecas, se llevó sus manos a la boca y besó sus palmas.

–No te escondas de mí, Genevieve. Deja que te vea –le dijo–. Eres preciosa. Preciosa de verdad.

Soltó sus manos y comenzó a acariciarla de nuevo. Empezó por sus labios, bajó del cuello a sus pechos, de sus pechos a su vientre… Siguió tocándola sin dejar de mirarla a los ojos.

–Travis… –susurró con voz temblorosa.

–Sí, soy yo, Travis, quien te está tocando, quien te desea –repuso sin dejar de contemplarla–. Eres tan bella… –susurró unos segundos antes de volver a besar sus pechos y jugar con sus pezones.

Jennie sentía que estaba a punto de perder el control. No podía dejar de gemir y susurrar su nombre.

–Genevieve, separa las piernas –le pidió Travis.

Esas palabras, la forma en que las dijo, consiguieron despertar aún más deseo en su interior.

–Cariño, abre las piernas.

No sabía si se lo estaba pidiendo u ordenando. De cualquier manera, le pareció imposible. No podía… No. No podía...

Travis la besó de nuevo y ella, con el corazón a mil por hora, hizo lo que le había pedido.

Él susurró algo que no pudo entender, pero la expresión de su cara le decía todo lo que necesitaba saber. Aun así, nada podría haberla preparado para lo que sucedió después, la forma en que comenzó a acariciarla… Era increíble saber que Travis podía sentir en sus dedos ese calor apasionado y húmedo que escondía en su zona más íntima.

No pudo evitar que un fuerte gemido de placer escapara de su garganta y sintió que perdía el equilibrio. Travis la tomó en sus brazos justo cuando el ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron y ella

hundió la cara entre su hombro y su cuello, disfrutando de su masculino aroma.

Atravesó con ella en brazos un enorme salón. Se fijó en los elegantes muebles, los altos techos, el suelo de madera pulida… La llevó hasta la moderna escalera de acero y cristal y subió con ella aún en sus brazos. Unos segundos después, llegaron a un amplio dormitorio.

Se le fueron los ojos a la cama, también muy grande. Tenía una colcha blanca y varios almohadones blancos y negros. Sobre ella, una gran claraboya dejaba ver las estrellas.

La acercó a la cama, se detuvo y dejó que pusiera por fin los pies en el suelo. Pero lo hizo lentamente, muy lentamente, dejando que sus cuerpos se deslizaran el uno contra el otro.

La besó de nuevo, cubriendo sus labios de leves besos que fueron intensificándose poco a poco, haciéndose cada vez más profundos y sensuales. Siguieron así bastante tiempo, hasta quedarse casi sin aliento.

Pero ella estaba casi desnuda y él seguía vestido. Se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos.

–¿No vas a quitarte la ropa?

–No, todavía no –repuso Travis con una sonrisa lenta y pícara–. Me gusta así.

Y a ella también le gustaba, era muy excitante.

Travis besó con ternura sus párpados y después su boca. Cuando comenzó a acariciar sus pezones con los pulgares, pensó que no iba a poder soportarlo durante mucho más tiempo. El deseo la dominaba y no podía dejar de gemir. Nunca habría podido imaginarse lo increíble que era esa sensación, nadie se lo había contado. Sentía que la dejaba sin respiración.

Protestó con otro gemido cuando Travis se apartó, pero no dijo nada más cuando vio que empezaba a bajarle lentamente las braguitas, agachándose para deslizarlas por sus piernas.

–Agárrate a mí –le pidió entonces.

Y ella lo hizo, puso las manos sobre sus hombros.

–Levanta el pie –añadió Travis.

También lo hizo. En ese momento, habría hecho cualquier cosa que él le pidiera. Cualquier…

No pudo ahogar un grito de sorpresa cuando sintió su boca en… No podía ser.

Travis estaba besando los suaves rizos que cubrían su parte más femenina. Después, se ayudó con los dedos para abrirse paso entre sus pliegues y empezó a besarla íntimamente, jugando con su lengua, lamiendo y...

Quería detenerlo, era demasiado. No podía dejar que lo hiciera. Pero no lo apartó.

Hizo todo lo contrario. Se aferró a su pelo y echó la cabeza hacia atrás. Gimió sin control, sentía que algo distinto le estaba pasando. No podía dejar de temblar, era como si estuviera a punto de partirse en dos. Y el clímax la golpeó con tanta fuerza que la tomó completamente por sorpresa.

Gritó una y otra vez. Y estaba a punto de perder el equilibrio cuando Travis se apartó para agarrarla y tumbarse con ella en la cama.

–Ahora –le suplicó–. Por favor, Travis. Por favor, por favor, por favor...

Él se quitó rápidamente la ropa, abrió el cajón de la mesilla y sacó algo de allí. Ella pudo mirarlo de reojo mientras se ponía el preservativo. Tal y como había imaginado, era perfecto. Y, tal y como había temido, aquello parecía demasiado grande para ella. No pudo evitar sentir un momento de inquietud.

–Genevieve… –susurró Travis tumbándose sobre ella.

Jennie parpadeó y lo miró a los ojos.

Travis la besó de nuevo. Tomó sus manos y las sujetó por encima de su cabeza. Después, se deslizó dentro de ella.

Y Jennie se quedó con la mirada perdida en sus ojos, ensimismada al ver cómo se transformaba su rostro, cómo apretaba los labios y se tensaba su cara.

Pero no tardó en dejar de mirarlo y comenzar a sentir. No podía creerlo… Eran tantas las sensaciones. Ese hombre la llenaba por completo y sentía que estaba a punto de ahogarse en un profundo abismo de placer. Entrelazó sus dedos con los de él.

Travis comenzó a moverse y, aunque había pensado que ya estaba por completo dentro de ella, descubrió poco después que no era así, que aún había más…

Más y más.

Sintió de repente un profundo dolor y Travis se quedó completamente inmóvil.

Abrió los ojos y vio que Travis la miraba con incredulidad.

–¿Genevieve?

Le dio la impresión de que iba a parar y apartarse de ella, pero no podía dejar que lo hiciera.

–Genevieve –susurró de nuevo–. ¡Maldita sea! ¿Por qué no me...?

No dejó que terminara de preguntárselo, levantó hacia él sus caderas para volver a tenerlo completamente dentro. Durante un instante, el mundo se detuvo.

Después, Travis se hundió aún más dentro y ella gritó cuando una ola de sensaciones la atrapó, llevándola a lo más alto.

Un par de minutos más tarde, se desplomó sobre ella. Cuando trató de rodearlo con sus brazos, Travis se apartó rápidamente y se sentó.

Se le hizo un nudo en la garganta al verlo así.

–¿Travis? –susurró sentándose también y tapándose con la colcha–. Sé que no esperabas…

–¿Por qué no me lo dijiste?

–¿Cómo te lo iba a decir? –replicó confusa–. No es algo de lo que sea fácil hablar.

–Habría hecho las cosas de manera diferente –murmuró Travis–. O, mejor dicho, no habría hecho nada. No conozco a ningún hombre que quiera hacerse responsable de… De…

–¿Es eso lo que te preocupa? No lo hagas. Quería que esto sucediera, quería perder mi…

–Tu virginidad –concluyó Travis al ver que ni siquiera podía decir esa palabra.

La miró entonces con el ceño fruncido. Su expresión era ilegible.

–Espera un minuto. ¿Me estás diciendo acaso que planeaste esto? –le preguntó mientras la agarraba por los hombros–. Lo hiciste, ¿verdad?

Jennie se mordió el labio inferior y él la miró con los ojos entrecerrados.

–Entonces, ¿quién soy yo? ¿El ganador del concurso?

–No, eres… Eres una buena opción. Una opción muy buena –dijo ella rápidamente.

–¿En serio? –repuso Travis sin poder ocultar su enfado y con tono burlón–. ¿Cumplía todos los criterios? ¿Pasé con nota todos los protocolos sobre los que habías leído en algún libro de texto?

–No –respondió ella–. Bueno, sí, pero los protocolos… Los requisitos los elaboré yo misma y…

Se dio cuenta de que solo estaba consiguiendo empeorar las cosas.

Travis se alejó aún más de ella y se levantó de la cama.

–Vístete –le dijo con frialdad mientras se ponía sus pantalones vaqueros.

–Espera, escúchame un momento. Yo no…

Pero Travis ya había salido de la habitación. No pudo evitar echarse a temblar.

Nunca se podría haber imaginado que el hombre que la ayudara a completar su «investigación» fuera a reaccionar de esa manera. Había pensado que a los hombres les encantaría ser los primeros amantes de una mujer. Sus datos así lo atestiguaban. Pero nada de eso importaba en ese momento. Tenía que salir de allí.

Se vistió rápidamente, pero solo tenía sus braguitas y los zapatos en el dormitorio. Se ruborizó al recordar que el resto de sus cosas estaban aún en el ascensor. Le entraron ganas de llorar, pero no pensaba hacerlo.

Vio la camiseta de Travis, seguía en el suelo. La recogió y se la puso,

apenas le cubría la ropa interior, pero era mejor que nada. Bajó las escaleras tan deprisa como pudo con esos tacones de aguja.

Travis, el hombre con el que acababa de perder su virginidad, la esperaba al otro lado del gran salón, frente a las puertas abiertas de su ascensor. Tenía el pelo revuelto y solo le había dado tiempo a ponerse los vaqueros, ni siquiera se había abrochado todos los botones. A pesar de lo humillada que se sentía, no pudo evitar deleitarse con la vista que tenía. Era perfecto.

Pero ya nada de eso importaba. Caminó hacia él con cuidado para no tropezar por culpa de los malditos zapatos. Era lo último que necesitaba para sentirse peor aún.

–Tu ropa –le dijo Travis mientras le daba su vestido y el resto de las cosas.

Se puso el vestido por abajo, sin quitarse la camiseta, y se guardó el sujetador en el bolso.

Trató de pasar a su lado para meterse en el ascensor, pero Travis la bloqueó con su brazo.

–He avisado al portero y te ha pedido un taxi –le anunció con la misma frialdad–. Toma esto, es para pagar al taxista –añadió mientras le ofrecía unos billetes.

–No quiero su dinero, señor Wilde –repuso con frialdad.

–Tómalo.

Jennie apartó la mano al ver que trataba de darle el dinero a la fuerza.

–¿Estás sordo? ¿Te he dicho que…?

–¿Pensabas que esta aventura iba a ser divertida? ¿Te parecía buena idea ligar con un desconocido y excitarlo para conseguir deshacerte de lo que no has sido capaz de deshacerte de la forma habitual, como hace todo el mundo?

–No pienso tener esta conversación contigo. Apártate, por favor.

Pero Travis agarró su muñeca para que no se moviera.

–¡Pues lo siento, pero vamos a tenerla ahora mismo! ¿En qué demonios estabas pensando?

–¿Quieres hablar de esto? –repuso ella mirándolo a los ojos–. Muy bien. Para empezar, dejemos las cosas claras. Yo no ligué contigo, lo hiciste tú conmigo.

–¡De eso nada! Lo único que quería…

–Sí, solo querías utilizarme para que esos matones no te mataran a palos. Y yo fui lo suficientemente amable como para ayudarte.

–Hizo bastante más que eso, señorita.

–Está bien. Cometí el error de dejar que me sedujeras.

Travis se echó a reír y ella apretó furiosa los puños.

–¿Yo te seduje? Fuiste tú la que lo querías. Lo que ha pasado esta noche ha sido un acto de caridad por mi parte. Aun sin saber que eras

virgen, sabía que estabas desesperada y que necesitabas un buen…

Le dio una bofetada. No pudo evitarlo.

–¡Eres un canalla y un malnacido! –le dijo con voz temblorosa.

–Y tú eres un poco tonta –repuso Travis–. Tuviste suerte de no terminar en la cama de un asesino en serie.

–¿Tuve suerte? Terminé en la cama de un hombre que no sabe nada sobre el sexo ni sobre cómo complacer a una…

Travis no dejó que terminara. La tomó entre sus brazos y la besó.

Ella luchó con todas sus fuerzas y trató de apartarse. Pero Travis le había agarrado las muñecas y las sostenía detrás de ella. Siguió besándola y besándola hasta que ella gimió y sus labios se aferraron a los de…

Fue entonces cuando la soltó de repente.

Se quedó mirándolo fijamente y se le revolvió el estómago al ver su arrogante sonrisa.

Quería decirle algo inteligente e hiriente, pero tenía la cabeza tan vacía en ese momento como su corazón. Entró en el ascensor y las puertas se cerraron.

En cuanto estuvo sola, se quitó la camiseta, la tiró al suelo y terminó de ponerse el vestido. Unos segundos más tarde, apareció en un gran vestíbulo con suelos de mármol. Lo cruzó mientras ignoraba lo que le decía el portero. Salió a la calle, allí lo esperaba un taxista, pero pasó de largo. No quería nada, absolutamente nada, de Travis Wilde.

A pesar de la hora que era, hacía calor. Caminó durante varias manzanas. Al final, tuvo que quitarse los zapatos y llevarlos en la mano. Suponía que tendría mal aspecto. Ningún taxi se detenía a recogerla.

Encontró por fin uno aparcado y el conductor se quedó mirándola mientras se metía en el vehículo, pero no le importó que lo hiciera. No tardaría mucho en verse de nuevo en casa y entonces Travis Wilde pasaría a ser lo que estaba destinado a ser, solo una experiencia.

Y durante esos últimos meses había aprendido que no todas las experiencias eran buenas.

Solo en su piso, Travis no podía dejar de dar vueltas por el salón como un tigre enjaulado.

No entendía nada. Le parecía increíble que esa mujer viera el sexo como algo a estudiar e investigar. Y le había molestado que lo hubiera utilizado para librarse de algo que ya no quería.

Se preguntó si todos esos gemidos de pasión habrían sido reales o solo una parte más de su plan.

Pero recordó la forma en la que Genevieve había respondido a ese

último beso antes de irse. Esas cosas no podían fingirse.

No podía dejar de pensar en que, si él no se hubiera acercado a ella en ese bar, habría terminado en la cama de otro hombre.

Apretó la mandíbula. No debía importarle, pero no podía evitarlo.

–Eres un idiota, Wilde –masculló gruñendo y enfadado consigo mismo.

Esa ira que tanto le costaba dominar comenzó a recorrer sus venas. Le entraron ganas de volver a ese bar, necesitaba pegarse con alguien y dar salida a esa furia.

Pero no podía hacerlo. Recordó que era Travis Wilde y que tenía las riendas de su vida, de sí mismo y de sus emociones. Además, no podía olvidar la reunión que tenía el lunes. No solo por él, sino también por sus clientes, que habían confiado mucho dinero a su cuidado.

Sacudió la cabeza y fue hasta la sala que hacía las veces de gimnasio en su piso. Corrió varios kilómetros en la cinta andadora, entrenó en la máquina de remos y levantó pesas hasta agotarse.

Dos horas más tarde, exhausto y más tranquilo, se duchó y cayó rendido en la cama.

Capítulo 5

LA siguiente semana pasó rápidamente para Travis. Después de tres días en Frankfurt, decidió pasar un par de días en Londres antes de regresar a casa. Tuvo éxito en los dos sitios. Afortunadamente, había podido llegar a buenos acuerdos con inversores que iban a meter mucho dinero en su firma. Se sentía bien. La victoria era muy dulce, pero le faltaba algo.

Aunque creía que no tenía sentido, no podía quitarse a esa mujer de la cabeza.

El sexo había sido increíble. Más que eso. Y no tenía nada que ver con su falta de experiencia sino con la sinceridad y dulzura con la que se había entregado a él.

Pero, en realidad, esa mujer no era ninguna de esas cosas. No podía ser dulce alguien que entraba en un bar con el único objetivo de llevarse a cualquier hombre a la cama. Ni podía ser sincera. De otro modo, no habría tenido que descubrir que era virgen cuando ya era demasiado tarde para cambiar de opinión.

Porque estaba seguro de que lo habría hecho, se habría negado a acostarse con ella. No habría querido asumir la responsabilidad de tomar la inocencia de una mujer...

Su maravillosa inocencia.

Sacudió enfadado la cabeza. No entendía lo que le estaba pasando. No era uno de esos hombres que se creían con derecho a acostarse con quien quisieran mientras esperaban que las mujeres vivieran como ermitañas. Pero, al parecer, Genevieve lo había estado haciendo. Al menos hasta el fin de semana anterior, cuando decidió entregarse a un hombre. A él.

Pero podía haber sido otro cualquiera. La casualidad quiso que entrara en ese bar cuando lo hizo.

–Basta –se dijo en voz baja.

Volaba en ese momento en su jet privado, cruzando el Atlántico de vuelta a casa.

No podía olvidar que el mundo estaba lleno de mujeres bellas y disponibles. Pensó que lo que de verdad necesitaba era llamar a una de ellas, invitarla a cenar y olvidar lo que había pasado la semana anterior. Después de todo, volvía a ser viernes y era un hombre libre y sin compromiso.

A pesar de la decisión que había tomado en el avión, Travis no llamó a nadie. Llegó agotado a casa. Aunque disfrutaba de la comodidad de su jet, el cambio horario lo había dejado exhausto. Se duchó, se puso ropa cómoda, abrió una de sus cervezas favoritas y salió a la terraza.

Pocas veces hacía un día tan agradable como ese en Dallas. Aunque era verano, la temperatura era suave y apenas había humedad en el ambiente. El sol brillaba en el cielo azul, era ese mismo cielo que, estuviera donde estuviera, siempre le hacía recordar su hogar.

Era curioso. Había volado cazas por cielos tan azules como ese y con el mismo sol, pero siempre se había sentido extraño en esos lugares, con una sensación de irrealidad. Y sabía que sus hermanos, que también habían servido a su país desde otras instituciones, sentían lo mismo.

Las guerras de los últimos años no tenían nada que ver con aquellas de las que su padre les había hablado cuando eran solo unos niños.

Su padre, el general, los había criado contándoles historias llenas de heroísmo que se remontaban a siglos atrás. Siempre les decía que la sangre de valientes guerreros fluía por sus venas. Entre sus antepasados más recientes estaban los hombres que se habían aventurado hacia el oeste para asentarse finalmente en lo que en la actualidad era Texas, donde habían fundado El Sueño, el rancho familiar. Estaba cansado de esas historias. Creía que no podían aplicarse a las realidades de ese siglo. Pero, de uno u otro modo, los tres habían vuelto a casa.

Jake había regresado con heridas de guerra y a Caleb le había marcado todo lo que había tenido que hacer para la agencia de inteligencia, cosas de las que nunca hablaba.

Creía que él había tenido suerte. No tenía heridas ni cicatrices...

Recordó de repente a la mujer con la que había salido nada más volver a Texas. Era psiquiatra y un día le dijo que creía que tenía un problema. Lo acusó de no ser capaz de conectar emocionalmente con nadie y le dijo que tenían que dejarlo, que quería formar una familia, tener un futuro y sabía que él no estaba preparado para ello.

Tomó otro trago de cerveza al recordarlo. La mujer le había dicho que sabía que no podía evitarlo y que lo más seguro era que estuviera sufriendo estrés postraumático.

No se molestó en llevarle la contraria, pero sabía que no era así. Había regresado de las guerras de Afganistán e Irak sin lesiones físicas y sin trastornos psicológicos.

Tenía algunas pesadillas de vez en cuando, pero creía que podía con eso y con más.

De pequeño, había tenido pesadillas mucho peores después de que

su madre lo abandonara.

Frunció el ceño. No sabía qué le pasaba.

Su madre no lo abandonó, sino que falleció. No había sido culpa de su madre ni de nadie. Y, después de todo, había conseguido superarlo. Había aprendido además que no convenía depender demasiado de otra persona ni involucrarse emocionalmente. Temía que eso era lo que había hecho la semana anterior, con la rubia del bar…

–¡Maldita sea! –murmuró entre dientes.

No había sido así. Creía que él no se había involucrado de ninguna forma y tenía muy claro que ella tampoco. Por eso no entendía por qué perdía el tiempo pensando en ella.

Se terminó la cerveza, se puso en pie y entró en el piso. Decidió que no le hacía falta quedar con ninguna otra mujer, sino hablar con alguien que le ayudara a poner de nuevo los pies en la tierra. Y para eso no había nada mejor que pasar un par de horas con sus hermanos. Hizo una llamada a tres bandas y, después de saludarlos, les recordó que era viernes.

–¿No te he dicho siempre que nuestro hermanito es muy listo? –le dijo Jake a Caleb.

–Sí –repuso Caleb–. Seguro que sabe incluso el mes y el año en el que estamos.

Travis ignoró sus bromas.

–Bueno, al grano. ¿Podéis salir?

–Por supuesto –le dijo Caleb.

Pero oyó cómo cubría el teléfono y le preguntaba a Sage si podía salir esa noche.

No pudo evitar echarse a reír, pero Jake no lo hizo. Se limitó a decirle que él también podía.

–¿No quieres preguntárselo antes a Addison? –le sugirió Travis.

–¿Por qué iba a hacerlo? –le preguntó Jake a la defensiva.

Pero después le confesó que ella tampoco iba a estar en casa, que había quedado con amigas. Le bastaba con hablar de vez en cuando con sus hermanos para recordar porque huía del compromiso. No quería verse nunca viviendo el tipo de vida que tenían ellos.

Jake nombró un par de bares, pero Caleb les sugirió que fueran a un sitio nuevo. Un cliente le había hablado muy bien de un nuevo local que habían abierto en el barrio de las Artes.

–Tienen cerveza artesanal, buena carta de vinos y excelentes carnes. Tienen música, pero solo en una zona. En la parte de atrás hay mesas y se puede mantener una conversación sin problemas.

–Pero, ¿no estará lleno de universitarios, hipsters e intelectuales? –preguntó Jake.

–No, conociendo a mi cliente, eso no será un problema –repuso Caleb.

Quedaron en verse allí a las ocho y se despidieron hasta entonces.
Mucho más animado, Travis dejó el teléfono y fue directo a la ducha.

Jake llegó al nuevo restaurante el primero. Gracias a una buena propina, había conseguido que le dieran una de las mejores mesas del local. Cuando vio entrar a Travis por la puerta, se puso de pie y lo saludó con la mano.
–El cliente de Caleb se equivocó, este sitio está lleno de universitarios.
–Sí –respondió Travis–. Ya me he dado cuenta. Parece que hay una especie de fiesta en la parte delantera del restaurante. He visto a un montón de chicos flacos con barba y mujeres sin depilar.
Jake se rio al oírlo.
–En fin, ¿qué le vamos a hacer? Ya estamos aquí. Además, acabo de ver pasar un plato de costillas con una pinta estupenda.
Travis asintió con la cabeza.
–La vida matrimonial te sienta bien, hermano –le dijo a Jake–. Estás menos feo de lo habitual.
Jake sonrió y se dieron un abrazo.
–Viniendo de ti, es un halago. Todos dicen que nos parecemos como si fuéramos gemelos.
–¡Trillizos! –intervino Caleb acercándose a ellos.
Hubo más abrazos y saludos. Después, se sentaron a la mesa.
–¿Qué tal el viaje a Alemania? –le preguntó Jennie a Travis.
–Estupendo, conseguí cerrar un contrato muy beneficioso para mi firma.
–Perfecto –le dijo Jake a Caleb–. Además de guapo, como nosotros, también es humilde. Este hombre lo tiene todo.
–¿Y tu vida amorosa? –le preguntó Caleb–. ¿Cómo va?
–¿Por qué me lo preguntas? –repuso Travis a la defensiva.
Caleb levantó una ceja.
–¿Por qué no? Solo quería saber qué tal va tu vida amorosa. Nada más.
–Va muy bien.
–No te pongas así, no era una pregunta con trampa –le dijo Jake riendo–. Tanto Sage como Addison nos piden que te lo preguntemos, supongo que quieren verte con alguien.
Travis dejó escapar un largo suspiro.
–De acuerdo, lo siento. Supongo que todavía estoy sufriendo por el desajuste horario…
–¿No hay nadie especial?
–No –respondió Travis con firmeza–. Y ya basta de preguntas de ese

tipo. Además, mirad, por ahí viene la camarera, será mejor que decidamos lo que vamos a pedir.

Los tres pidieron lo mismo: los mayores filetes de la carta, patatas asadas con mantequilla, cervezas y aros de cebolla para compartir.

No tardaron en servirles las bebidas y un aperitivo. Se acomodaron y siguieron hablando de sus cosas. Poco a poco, Travis se fue relajando.

No entendía por qué había reaccionado tan mal ante una pregunta tan inocente. Creía que no tenía sentido. Pero charlar con ellos le estaba ayudando a sentirse mejor.

Hablaron de deportes, de las reformas que Jake estaba haciendo en su casa, del terreno que querían comprar Caleb y Sage y de unas cuantas hectáreas que acababan de ponerse a la venta en Wilde's Crossing, la localidad donde estaba El Sueño.

Cuando les sirvieron la carne, pidieron más cervezas.

Y, justo cuando Travis pensaba que iba a salirse con la suya, sus hermanos se miraron entre ellos, dejaron los cubiertos sobre sus platos y lo miraron con cara de preocupación.

–¿Qué es lo que te pasa, Travis? –le preguntó Caleb.

Se esforzó por sonreír.

–¿A mí? Nada. ¿Y a ti, Caleb?

–Cuidado con ese tono –repuso su hermano–. Recuerda que recibí un entrenamiento especial en técnicas para interrogar.

Travis se echó a reír y pensó en hacerse el tonto y asegurarles que estaba bien, pero no podía mentir de esa manera.

Se encogió de hombros, se limpió la boca con una servilleta y los miró.

–He conocido a una mujer –les confesó.

–¡Ha conocido a una mujer! –le dijo Caleb a Jake fingiendo sorpresa.

–¡Impresionante! Nuestro hermanito, el que no quería hablar de su vida amorosa, ha conocido a una mujer –añadió Jake.

–No es no quisiera hablar de mi vida amorosa, es que no tengo vida amorosa. Esto no tiene nada que ver con el amor. ¿Por qué no me tomáis en serio?

–A lo mejor porque estabas en quinto de primaria la última vez que saliste con alguien y te negaste a hablarnos de ella. ¿O no recuerdas a Suzy Franklin?

Travis se enderezó y cruzó los brazos sobre el pecho.

–Ni entonces tenía una relación con Suzy ni la tengo ahora con esta mujer.

–¿Has visto cómo nos está hablando? –le preguntó Jake a Caleb–. Está a la defensiva.

–¿No acabo de pediros que me toméis en serio? –protestó con

impaciencia–. Además, no es nada. No tengo nada que contaros. Estaba en un bar del centro sin molestar a nadie cuando…

–¿Qué estabas haciendo por esa zona de Dallas?

–¿Qué más da? –protestó de nuevo Travis–. La verdad es que fue por vuestra culpa. Se supone que ibais a salir conmigo, fue el pasado viernes, pero me dejasteis plantado y...

Suspiró y decidió contárselo todo. O casi todo. Al menos lo que le había pasado en el bar.

–Y entonces se abrió la puerta y entró esta mujer. Era… Era atractiva.

–Lo que quieres decir es que era un cañón de mujer, ¿no?

Apretó los dientes al oírlo.

–Supongo que sí –respondió de mala gana–. Pensé entonces que era mi oportunidad para salir ileso de aquello. Tenía que convencer a los patanes del bar de que esa era la mujer a la que había estado esperando…

–¿Pensabas que eso…? –lo interrumpió Caleb.

–¿Queréis que os lo cuente o no? –intervino Travis perdiendo la paciencia.

–Sí, sigue, sigue. Entró esa mujer pavoneándose… –dijo Caleb.

–¡No entró pavoneándose! –lo corrigió Travis enfadado–. Y no era un cañón, era guapa. Muy guapa, pero no de esa manera…

No dijo nada más. Sus hermanos lo miraban como si hubiera perdido la cabeza. Se aclaró la garganta antes de seguir con la historia.

–El caso es que… Bueno, me acerqué a ella. Le dije que tenía un problema y le pedí ayuda. Tuve que persuadirla, pero al final lo hizo.

–¿Cómo la persuadiste, Travis?

Se quedó en silencio antes de contestar a su hermano.

–La besé –les confesó en voz baja.

Le estaba costando mucho hablar de ello, pero esperaba que eso le ayudara a dejar de pensar tanto en ella. En Genevieve.

Caleb lo miró fijamente.

–¿Y a ella le pareció bien? ¿Te siguió la corriente?

–Sí.

–Así que no era solo un cañón de mujer, sino que andaba buscando un poco de fiesta… –terció Jake.

Travis miró a Jake con los ojos entrecerrados.

–Ya te he dicho que no hables así de ella.

–Lo siento –respondió Jake levantando las manos.

–El caso es que esa mujer había entrado en el lugar equivocado, eso es todo –les dijo Travis.

–Entonces, no solo te acercaste a ella para que te ayudara a salir de allí de una sola pieza, sino que además querías protegerla.

–Sí. No. ¡Maldita sea! –exclamó Travis enderezándose y agarrando su cerveza–. Vamos a dejarlo, ¿de acuerdo? Me metí en una situación estúpida y eso es todo.

–Sí, pero no entiendo lo que pasó –le dijo Caleb–. Querías librarte de una pelea casi segura y entró una chica muy guapa…

–Esa «chica» tenía nombre –lo interrumpió Travis irritado–. Genevieve.

Jake levantó con admiración las cejas.

–¡Vaya! No solo era guapa, sino además francesa.

–Esto se pone interesante –agregó Caleb.

Travis abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Se le quitaron las ganas de contarles lo que había pasado. De repente, se dio cuenta de que era demasiado personal.

–Olvidadlo, no he dicho nada –les dijo.

–¿Que lo olvidemos? No nos puedes dejar así. Recuerda que estamos casados. Felizmente casados, eso sí, pero necesitamos que nos cuentes tus aventuras de soltero.

–Sí. Además, se estaba poniendo interesante. Te acercaste, la besaste, ella te siguió el juego… ¿Qué pasó después? ¿Te la llevaste a casa? ¿Fuiste a la de ella?

–¡Ya basta! –exclamó Travis con dureza.

Caleb y Jake lo miraron e intercambiaron después miradas entre ellos.

–Bueno… –comenzó Jake después de unos segundos–. Como os decía antes, hemos estado viendo muestras de tela para las cortinas. Nunca pensé que pudiera haber tantos tipos de telas distintos, términos de los que nunca había oído hablar. Que si una tela de batista, tela brocada, de seda…

Caleb forzó una carcajada.

Jake siguió hablando y Travis terminó por sonreír también. Llegó poco después la camarera, le pidieron más cervezas y siguieron hablando.

Había salido ese viernes con el propósito de divertirse con sus hermanos y conocer a alguna mujer con la que pudiera pasar la noche, pero no podía dejar de pensar en Genevieve.

Podía seguir más o menos el hilo de la conversación. Hacía algún comentario de vez en cuando y reía cuando era oportuno, pero en realidad no estaba allí.

Estaba en su ático, con Genevieve en sus brazos, recordando cómo había respondido a cada una de sus caricias, de sus besos, la manera sincera y apasionada en la que se había entregado a él… Había sido maravilloso hasta que él lo echó a perder reaccionando como un niño egoísta.

–¿Travis?

Quería volver a verla. Al menos para decirle que se había equivocado, que no debería haber…

–¿Travis?

Miró a sus hermanos y vio que los dos lo observaban con preocupación en sus rostros.

–Lo siento, aún estoy medio dormido. Es el jetlag –les dijo forzando una sonrisa–. Lo que necesito es un café. Al menos un litro de café bien cargado…

No terminó la frase. El corazón le dio un vuelco.

–¿Travis? ¿Estás bien?

Cada vez había más gente y los de la reunión que había visto a la entrada, los de aspecto universitario, seguían allí. Dos mujeres, que por el aspecto tenían que ser de ese grupo, acababan de pasar al lado de su mesa. Llevaban camisetas, vaqueros y sandalias de cuero.

Una tenía el pelo oscuro y la otra era rubia.

La del pelo claro apenas podía andar, avanzaba tambaleándose y apoyada en su amiga.

–¿Travis? ¿Qué te pasa?

–Nada –respondió sin dejar de mirar a las mujeres que acababan de entrar en el cuarto de baño.

Creía que su imaginación le estaba jugando una mala pasada. La mujer rubia le había recordado mucho a Genevieve. Era igual que ella y, a la vez, muy distinta. Su cabello era del mismo color dorado, pero lo llevaba atado en una cola de caballo.

Y, por supuesto, no llevaba un minúsculo vestido ni sexys zapatos de tacón. Su atuendo era tan radicalmente distinto al de Genevieve que era imposible que se tratara de la misma persona.

Pero se abrió entonces la puerta del baño y la vio de nuevo. No podía creerlo.

Se levantó de golpe.

–Travis –le dijo Caleb con impaciencia–. ¿Qué pasa?

Estaba seguro. Era ella. Había visto su cara pálida y su gesto de malestar.

–¡Por el amor de Dios, Jennie! –exclamó entonces la otra mujer en voz alta–. ¡Nadie se emborracha así después de beber solo dos margaritas!

Travis sacó su cartera y dejó unos billetes en la mesa.

–Me tengo que ir –les dijo a sus hermanos sin dejar de mirar a Genevieve.

–¿Cómo? ¿Adónde? ¡Maldita sea, hombre, dinos qué te pasa!

–Luego os llamo –les prometió Travis–. No os preocupéis, no pasa nada.

–¡Sí, claro! No pasa nada –repuso Jake mientras se ponía en pie.

Pero Caleb lo sujetó.

–Deja que se vaya.
–Pero, ¿adónde? ¿Qué está pasando? –preguntó Jake.
–Mira –respondió Caleb mientras le señalaba el cuarto de baño a su hermano.
Jake lo hizo y vio que Travis se había acercado a dos mujeres. Le dijo algo a una de ellas. La otra, la morena, lo miró con los ojos entrecerrados.
Aunque estaban a varios metros, Jake y Caleb pudieron oír parte de la conversación.
–¿Contigo? –le preguntó la joven del pelo oscuro a Travis.
–Sí, conmigo –repuso su hermano con seguridad.
–Bueno, por mí… –contestó la morena mientras soltaba a la chica rubia.
La joven se balanceó, pero Travis la agarró y la levantó en sus brazos.
Caleb y Jake estaban sin palabras. Sobre todo al ver que, después de unos segundos de lucha, la rubia abría los ojos y miraba al hombre que la tenía en brazos.
–¿Travis?
–El mismo que viste y calza –repuso él con seriedad.
La mujer se agarró a su cuello y apoyó la cabeza en su torso mientras Travis la sacaba del restaurante con paso firme.

Capítulo 6

TRAVIS había ido al restaurante con su Corvette y había tenido que aparcar a un par de manzanas de allí. Era algo que no le había preocupado hasta que salió del local con Genevieve en sus brazos. Pero pensó que quizás fuera mejor así, que le conviniera andar un poco para despejar la cabeza y tratar de calmarse.

Pero estaba furioso. No podía creerse que Genevieve hubiera hecho algo tan estúpido. Era como si esa mujer no tuviera nada en la cabeza. Creía que ya había sido bastante peligroso que entrara en aquel bar la semana anterior, vestida para elevar la tensión arterial de todos los hombres presentes, pero lo de esa noche era casi peor. Estaba claro que había bebido más de la cuenta, hasta casi perder el sentido.

Creía en la libertad de cada uno para tomar sus propias decisiones, no era nadie para juzgar a otros, pero no le gustaba ver a una mujer perder el control de esa manera. No era un espectáculo agradable. Y tampoco le gustaban los borrachos. Peor aún si eran mujeres...

Sabía que sus hermanas lo acusarían de ser sexista y a lo mejor tenían razón, pero era así como se sentía.

No quería ni pensar en lo que habría pasado si Genevieve hubiera seguido bebiendo y no se hubiera sentido indispuesta. A lo mejor habría acabado en la casa de algún hombre y habría dejado que ese tipo la tocara, la besara o se deslizara entre sus dulces muslos…

Sacudió irritado la cabeza. No estaba consiguiendo calmarse, todo lo contrario.

Una pareja se cruzó en su camino y los dos se echaron a reír.

–¡Qué romántico! –le dijo la mujer.

Travis frunció el ceño. Creía que era una suerte que no supieran la verdad. Lo que estaba haciendo no tenía nada de romántico y mucho de estupidez. También por su parte. Después de todo, no era el guardián de Genevieve. No entendía por qué no la había dejado con su amiga. Lo que le había pasado no era su problema.

Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse. No podía volver al restaurante y dejarla donde la había encontrado.

Genevieve no dejaba de gemir. Parecía estar sintiéndose muy mal. Había oído decir a su amiga que solo había bebido dos margaritas. No le parecía alcohol suficiente para que estuviera como estaba, pero no podía ignorar sus gemidos ni lo pálida que la había visto en el baño. Incluso había dejado que él la sacara del restaurante sin quejarse

demasiado.

Eso le decía todo lo que tenía que saber. Genevieve estaba mal y lo necesitaba. Lo había sabido en cuanto la oyó susurrar su nombre y se entregó por completo a él, enterrando la cara contra su cuello. Era increíble sentirla de nuevo en sus brazos, pero no quería pensar en eso.

Creía que era mucho más seguro concentrarse en su ira.

–¿Cómo puedes haber hecho algo tan estúpido? –murmuró.

–Lo siento –susurró ella con voz temblorosa.

No había sido su intención que Genevieve lo oyera, pero pensó que quizás fuera mejor así.

–Sí –le dijo fríamente–. Ya imagino que lo sientes. Alguien debería haberte dicho lo que ocurre cuando uno se pasa con el alcohol.

Genevieve negó con la cabeza.

–No, lo que quería decir es que siento que estés haciendo esto. No es tu problema.

–Eso también es verdad –gruñó él.

A Jennie no le extrañó que estuviera enfadado. Sabía que no podía esperar que Travis le dijera que no tenía que pedirle perdón, que le alegraba haber estado allí para ayudarla...

«Genevieve Cooper, ¿acaso has perdido la cabeza?», le dijo la voz de su álter ego.

Pero ignoró sus palabras. Además, ya no era Genevieve, volvía a ser Jennie. Y sabía demasiado bien cómo era Travis Wilde. Lo había descubierto dolorosamente la semana anterior.

Pero lo entendía. No le extrañaba que estuviera siendo duro con ella. Después de todo, debía de pensar que estaba borracha. No podía saber la verdad, que había hecho algo muy estúpido. Ya le había dejado muy claro su médico que no podía beber cuando estaba tomando esas pastillas…

Pero, durante esos últimos meses, había dejado de confiar en los médicos. Ese era en parte su problema.

Travis Wilde no podía saber lo que le pasaba y ella no estaba dispuesta a aclarárselo. Era algo que solo le concernía a ella. Después de todo, estaba sola y no necesitaba a nadie más.

Sus padres habían muerto y no tenía hermanos. Lo último que quería era la falsa compasión de algún desconocido, ya había tenido que soportar las buenas intenciones de los voluntarios del hospital o de los asistentes al grupo de terapia, donde todo el mundo había pensado que tenía muchos problemas hasta que oían los de ella.

Incluso había probado con terapia individual, hasta que el psiquiatra rompió el protocolo para acercarse a ella y abrazarla.

Protocolo…

Esa palabra le hizo recordar las explicaciones que le había dado a

Travis la semana anterior, cuando había tratado un asunto muy personal como si se tratara de un tema que tuviera que investigar y analizar. Lo de aquella noche había resultado ser un grave error.

Vio aliviada que habían llegado a su coche y trató de reunir las pocas fuerzas que le quedaban.

–¡El Honda Civic! Ese es mi coche –le dijo–. Para…

–Ya te he oído.

–Entonces, déjame en el suelo.

–Ya podrás venir a buscarlo mañana, cuando estés en condiciones de conducir.

–No, gracias. Ya tuve que hacer eso por tu culpa hace una semana y…

–No creo que quieras hablar de por qué tuviste que dejarlo el viernes pasado ni por qué no puedes conducir esta noche –la interrumpió Travis.

Tenía razón, no quería hablar de ello. Tenía que demostrarle que estaba bien.

–Soy perfectamente capaz de conducir mi propio coche.

Travis se echó a reír, pero no era una risa agradable.

–Sí, claro, puedes conducir –le dijo mientras la dejaba en el suelo y abría la puerta de un Corvette aparcado a unos metros de su propio coche–. Entra.

–Pero, ¿dónde está Brenda? Brenda puede…

–Brenda sigue de fiesta con el resto de tus amigos. Vamos, entra.

–No, me niego a que...

Travis maldijo entre dientes, la tomó de nuevo en sus brazos y la metió en el asiento del copiloto. Después, cerró la puerta y fue a sentarse frente al volante.

–Ponte el cinturón –le dijo bruscamente.

–De verdad, no… –insistió ella.

Pero Travis no la quería escuchar. Se inclinó sobre ella y le puso el cinturón. Su mano le rozó el pecho mientras lo hacía y no pudo evitar pensar en lo que habían compartido la otra noche.

Pero sabía que Travis no tenía nada parecido en mente. Estaba demasiado enfadado con ella.

–¿Dónde vives?

–No necesito su ayuda, señor Wilde.

–Sí, la necesitas –repuso Travis gruñendo–. Y es un poco tarde para que me trates de usted, ¿no te parece? No me llamabas «señor Wilde» en mi cama, ¿verdad?

No pudo evitar sonrojarse.

A Travis no se le pasó por alto que había conseguido sacarle los colores. Creía que no merecía que la mimara. Pero, después de todo, se sentía mal y había decidido que iba a dejarla en su casa a salvo.

Además, creía que, en realidad, no tenía derecho a juzgarla.

Si había ido a un bar para ligar con alguien, no era quién para echárselo en cara. Y, si bebía demasiado, tampoco era su problema.

Decidió que era mejor no complicar más aún las cosas.

Le había rozado un pecho mientras le ponía el cinturón, algo completamente accidental, y su cuerpo no había reaccionado con deseo. Aunque ella estuviera en el estado en el que estaba, habría esperado sentir algo físico, pero solo había sentido la imperiosa necesidad de tomarla en sus brazos y protegerla.

No lo entendía ni quería entenderlo. Lo que quería era llevarla a su apartamento y salir de su vida. Aunque ni siquiera sabía qué tipo de vida tenía ni quién era en realidad esa mujer.

Conseguía confundirlo por completo, incluso con su aspecto y forma de vestir. Esa noche parecía casi otra mujer. No llevaba maquillaje y se había recogido el pelo en una sencilla coleta.

En cuanto a la ropa, llevaba una blusa de algodón sin mangas y botones en la parte delantera, vaqueros y sandalias.

No tenía nada que ver con su atuendo del otro día, aunque Genevieve no necesitaba más para tener un aspecto tentador. Llevara lo que llevara puesto, era muy bella. Y, aunque no parecía tener demasiado sentido común, seguía deseando abrazarla y protegerla.

Y se odiaba a sí mismo por ello.

Apretó los dientes, se puso el cinturón y encendió el motor.

–Sigo esperando a que me digas dónde vives –insistió.

–Esto es ridículo –repuso Genevieve tratando de abrir la puerta–. Voy a volver y pedirle a Brenda que me…

–No, no vas a hacerlo. Te voy a llevar a casa y no quiero discutirlo más. ¿Dónde vives?

Jennie cerró angustiada los ojos. Lamentaba haber dejado que Brenda la convenciera para salir a celebrar con la gente del departamento que Peter Haley por fin había terminado su doctorado.

–Vamos –le había dicho Brenda–. Llevas una semana muy rara. Te vendrá bien salir un poco.

Había pensado que tal vez tuviera razón y había salido con ellos.

Peter le pidió un cóctel sin que ella se lo dijera. Cuando se lo sirvieron, todo el mundo la había mirado. Nunca bebía y casi siempre había alguien que daba por hecho que era una alcohólica en vías de recuperación. Estaba cansada de esos comentarios y miradas. Así que decidió tomar al menos un sorbo.

Y le encantó. No el sabor del cóctel, sino el hecho de que, por primera vez en meses, se sentía normal. Fue entonces cuando decidió seguir bebiendo.

En realidad solo había tomado media copa, no dos como había creído Brenda.

Y, durante un par de minutos, se había sentido bien, algo que había estado deseando sentir. Había dejado de pensar en el futuro y tampoco había pensado en lo ocurrido hacía una semana, cuando había hecho el ridículo con ese mismo hombre que tenía a su lado.

Ese hombre que era tan guapo y arrogante como recordaba. Para su desgracia, recordaba demasiado de esa noche. Como la sensación de sus manos en la piel, la forma en la que la había besado. Le parecía patético que, aunque se había dado cuenta de que era un ser despreciable, aún lo deseara y su corazón latiera con fuerza cuando lo miraba.

–¿Vamos a seguir aquí toda la noche? –le preguntó Travis de repente–. Porque esto es lo que nos espera hasta que te decidas a darme tu dirección.

Sabía que Travis Wilde era capaz de hacerlo. Así que decidió ceder y dejar que la llevara a su casa. Se dio cuenta de que era la única manera de librarse de él.

–Vivo cerca de la universidad –le dijo con resignación–. En la calle Farrier Drive. Está a unos tres kilómetros de…

–La encontraré, no te preocupes –repuso Travis.

No tenía ninguna duda de ello. No estaba preocupada. Además, tenía otras cosas en las que pensar. Por ejemplo, en no vomitar de nuevo, al menos hasta que estuviera en casa. Pero no tardó en darse cuenta de que no podía esperar…

–¡Para! Para el coche –le dijo casi sin aliento.

Travis la miró, atravesó deprisa la carretera hasta estar en el carril de la derecha y se apartó para detenerse e n el arcén en cuanto pudo. Mientras ella se quitaba el cinturón, él fue a abrirle la puerta.

–Tranquila –le dijo mientras la ayudaba a salir.

Se inclinó para vomitar. Apenas tenía nada en el estómago, eran solo arcadas. Pero eso no hacía que se sintiera mejor, no cuando tenía que verse en ese estado delante de Travis Wilde, el mayor canalla que había conocido en su vida. Aunque, en ese momento, tenía que reconocer que no se estaba comportando como un canalla. Todo lo contrario. Le sujetaba los hombros y la sostenía mientras ella trataba de recuperarse un poco. Pero no podía dejar de temblar.

–No te muevas –le susurró él mientras se quitaba su chaqueta y se la ponía sobre los hombros.

Quería decirle que no lo hiciera, que hacía mucho calor, pero se dio cuenta entonces de que estaba helada.

–Gracias –repuso con un hilo de voz.

Travis la hizo girar hacia él, se sacó un pañuelo del bolsillo y comenzó a limpiarle suavemente la boca. No podía mirarlo a los ojos, le daba miedo ver desprecio en su mirada.

–Oye… –le dijo Travis en voz baja tomando su barbilla y

levantándole la cara hacia él.

Le sorprendió ver compasión y no desprecio en sus ojos. Quería inclinarse y apoyar la cabeza contra su fuerte torso, pero sabía que no debía hacerlo. Estaba portándose muy bien con ella, no había esperado que fuera tan amable. Era casi peor, iba a conseguir desarmarla.

–Es… estoy bien.

Él asintió con la cabeza.

–Lo estarás. Ayuda bastante sacar todo ese alcohol de tu cuerpo –repuso Travis.

–Pero no fue el tequila… –comenzó antes de que pudiera contener sus palabras.

–No, nunca lo es. Si hace que te sientas mejor, no es la primera vez que paso por esto. Tengo tres hermanas más jóvenes que yo y recuerdo tener que ayudarlas después de que salieran de fiesta –le dijo Travis.

No era cierto, nunca había tenido que hacerlo con Emma, Lissa o Jaimie, aunque estaba seguro de que, como todos, también se habrían emborrachado. Se lo había dicho para que se sintiera mejor. Además, le daba la impresión de que Genevieve no tenía a nadie más que la ayudara, solo a él. La idea hizo que se le formara un nudo en la garganta.

Seguía pálida y se le habían soltado algunos mechones de su coleta. No pudo evitarlo. Le metió esos mechones rubios tras las orejas.

–¿Estás mejor? –le preguntó en voz baja.

Genevieve asintió y él fue a sacar una botella de agua del maletero. La abrió y se la ofreció, pero vio que aún le temblaban las manos.

–Toma –le dijo acercando la botella a sus labios.

Genevieve bebió un poco.

–Tienes que beber toda la botella. Vamos.

–No, no quiero…

–El agua hará que te sientas mejor –insistió ofreciéndosela de nuevo–. Así me gusta –añadió cuando se la terminó.

–¿Quieres quedarte aquí un poco más? A lo mejor te viene bien un poco de aire fresco.

–No, de verdad. Me siento mucho mejor.

–¿Estás segura?

Jennie no podía soportar la forma en que Travis la estaba mirando. Había mucha compasión y preocupación en sus ojos cálidos. No podía tolerar que nadie la mirara con pena. Era una de las razones por las que se había mudado desde New England, para vivir donde nadie la conociera. Pero no podía ignorar cómo la miraba ese hombre, que parecía haberse vuelto de repente dulce, generoso y amable.

–Estoy segura –le dijo ella–. Sé que te da miedo que vomite en el

coche, pero…

–No, no me preocupa el coche.

–¿Cómo que no? ¿Por qué te iba a importar si no que me recupere?

–Veo que tienes una pésima opinión de mí –repuso Travis mirándola de nuevo con frialdad.

–No mejor que la que tienes tú de mí.

Travis abrió la boca, pero la cerró de nuevo.

–Está bien –le dijo Travis después de un minuto–. ¿Firmamos una tregua?

Se miraron a los ojos y ella se encogió de hombros.

–De acuerdo.

–Trata de contener tu entusiasmo, Genevieve –comentó Travis sonriendo.

–No me llamo Genevieve, sino Jennifer. Aunque me llaman «Jennie».

Travis levantó una ceja al oírlo.

–¿Por qué usaste un seudónimo?

–No era un seudónimo.

–Llámalo como quieras, pero me diste un nombre falso.

Se le pasó por la cabeza no responder, pero pensó que le debía un poco de sinceridad.

–Utilicé otro nombre porque… Porque en realidad no era yo la del viernes pasado. Esa… esa criatura que se vistió de esa manera y entró en ese bar… Yo no soy así, no fui realmente yo la que se fue a la casa de un desconocido y… Y…

Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Se sintió aún más patética y apartó la mirada, pero Travis tomó su cara entre las manos y le secó las lágrimas con sus pulgares.

–No eras una «criatura», sino una mujer bella, muy bella. Y también muy valiente.

Le hablaba con tanta suavidad… Pero lo último que quería era que ese hombre le gustara. No quería tampoco necesitarlo. No podía necesitar a nadie.

–Cariño… –le dijo Travis en voz baja.

Se lo estaba poniendo muy difícil. No podía soportar que la tratara de ese modo.

–Mi nombre es Jennie. No es Genevieve ni «cariño» –repuso apartándose de él–. Si piensas que hablándome de esa manera voy a ser tan tonta como para acostarme contigo de nuevo…

Travis la miró con cara de pocos amigos.

–¡Nadie te ha pedido que lo hagas! –replicó Travis con dureza–. Haznos a los dos un favor, Genevieve. Métete en el coche para que te pueda llevar a casa y sigamos después cada uno nuestro camino.

Sus palabras no fueron más desagradables que las que ella le había

dedicado, pero le dolieron. Abrió la boca para decir algo más, pero aún se encontraba mal y sabía que no podía ir andando hasta su casa.

–Me parece un plan perfecto, señor Wilde –repuso ella con frialdad–. Y gracias de nuevo por recordarme que eres un hombre egoísta y un canalla.

No era mucho, pero era lo mejor que se le ocurrió en ese momento.

Se apartó de él y sintió un agudo dolor que atravesó su cabeza. Todo le daba vueltas. Tardó un par de segundos en conseguir que todo volviera a la normalidad. Fue entonces al coche y se metió dentro.

Él también lo hizo y dio un portazo tan fuerte que la sobresaltó.

Travis prosiguió el camino hasta su piso a toda velocidad y ella rezó para que el dolor de cabeza que tenía no llegara a ser tan malo como para hacerle llorar.

Ninguno de los dos dijo nada más hasta que Travis se metió por su calle y llegó poco después al complejo de apartamentos con jardín en el que vivía Jennie.

El dolor en su cabeza había disminuido bastante, pero sabía que tenía tomarse otra pastilla cuanto antes o volvería a empeorar.

–¿Cuál es tu edificio? –le preguntó Travis.

–Puedes dejarme en la esquina.

–Prefiero parar frente a tu puerta. ¿Qué edificio es?

–No tienes que…

–Tienes razón, no tengo que hacerlo, pero quiero hacerlo. Por última vez, ¿cuál es el tuyo?

Le parecía increíble que fuera tan testarudo. Pensó que quizás les gustara esa actitud a algunas mujeres, pero a ella no.

–Aquel –le dijo con impaciencia–. El de la esquina.

Travis condujo hasta allí y vio que se metía por la calzada hacia el aparcamiento del edificio.

–¿Qué estás haciendo?

–Voy a acompañarte hasta tu puerta.

–No, no. No es…

Pero era como hablar con las paredes. Travis aparcó, salió del coche y fue a abrirle la puerta.

–¿Siempre ignora los deseos de la gente, señor Wilde?

–Solo cuando los deseos de la gente no tienen sentido, ¿señorita...?

–Cooper –replicó con sequedad.

–Recuerde, señorita Cooper, que hace solo veinte minutos estaba vomitando.

Comenzaron a ir hacia la entrada de su edificio. Travis trató de agarrarle el brazo, pero no le dejó que lo hiciera. Aunque se arrepintió enseguida. Estaba oscuro y había algún que otro socavón en el

aparcamiento.

Tal y como había temido, se tropezó. Y Travis, como había hecho ya varias veces, la sujetó antes de que se cayera al suelo.

–No necesito… –protestó al ver que la agarraba por la cintura.

–A mí me parece que sí.

–¡Maldita sea, Wilde…!

–Bueno, por lo menos hemos pasado de «señor Wilde» a «Wilde» –le dijo Travis.

–Estoy mucho mejor ahora –repuso ella–. Así que, muchas gracias, ya me has traído hasta mi puerta, así que te puedes…

–Llaves.

–¿Estás sordo? Te acabo de decir…

–Te acompaño hasta tu piso –insistió él mientras le tendía la mano–. Las llaves.

Jennie lo miró con cara de pocos amigos y le dio las llaves de mala gana. Travis tuvo que contenerse para no sonreír. A pesar de todo, admiraba su fuerza. Ya fuera vestida para seducir como la otra noche o con un aspecto normal como ese día, ya estuviera indispuesta o no, tenía que reconocer que Jennie Cooper era una mujer interesante.

Además de fuerza, tenía una gran capacidad de recuperación.

Por alguna extraña razón, le entraron ganas de besarla. Sabía que era ridículo, pero era lo que sentía. Para que no le tentara más la idea, hizo lo que le pareció más seguro, le dio la espalda y abrió la puerta del portal. La entrada no tenía nada de particular, se parecía a muchas residencias de estudiantes. Había un largo y estrecho pasillo, con mala iluminación y unas cuantas puertas a cada lado. Nada inusual.

Se dio la vuelta, para dejar que Jennie pasara delante de él, pero ella ya iba a hacerlo y sus cuerpos se rozaron accidentalmente.

Sintió que se quedaba sin aliento un segundo y le pareció que a ella le pasaba lo mismo. Seguía habiendo mucha electricidad entre los dos.

Quería rodearla con sus brazos, besarla y acariciarla como lo había hecho una semana antes. Y sabía que ella también lo deseaba, tenía muy claro lo que esa mirada significaba...

Pero sabía que no podía seguir pensando en esas cosas. Era muy mala idea.

–Muy bien –le dijo dando un paso atrás–. ¿Qué apartamento es el tuyo?

Jennie le señaló la puerta más cercana. Fueron hasta allí y él abrió la puerta.

El piso era similar a todas las viviendas que había en los campus universitarios. Recordaba haber visitado apartamentos muy parecidos. Era pequeño y supuso que lo había alquilado ya amueblado. No había nada allí original, nada que le dijera cómo era Jennie. Solo vio un objeto personal, un pequeño animal de peluche en un rincón del sofá.

Era un perro con las orejas largas. Al menos una de ellas era larga, la otra oreja ya casi había desaparecido. Aún conservaba una especie de lazo rojo alrededor de su cuello, pero la tela estaba algo rota y desteñida. Era el tipo de recuerdo sentimental que también habrían conservado sus hermanas. Sobre todo Emma. Le sorprendió descubrir esa faceta en Jennie.

–Es… Es una tontería.

Travis se dio la vuelta. Jennie estaba de pie, cerca de él, y lo miraba fijamente a los ojos.

–Hablo del perro –le dijo como si se estuviera disculpando–. No sé por qué no me he deshecho de él.

–No es ninguna tontería conservar algo a lo que tienes cariño.

–No le tengo cariño. ¿Por qué iba alguien a sentir algo así por un juguete viejo?

Se miraron a los ojos en silencio. Unos segundos después, Jennie carraspeó algo nerviosa.

–Bueno, tengo que… –comenzó mientras señalaba lo que debía de ser el baño.

–Sí, claro –repuso él aclarándose también la garganta–. Esperaré.

–No. No tienes que…

–Esperaré –insistió Travis.

Jennie asintió con la cabeza y fue directa al cuarto de baño. Cerró la puerta y se miró en el espejo. Tenía muy mal aspecto, pero se recordó que eso no importaba. Travis estaba allí porque había sentido la necesidad de rescatarla. Creía que poco le afectaría que tuviera mala cara o no.

Se lavó las manos y la cara, se cepilló los dientes y se tomó una pastilla para el dolor de cabeza con la esperanza de evitar que regresara la migraña.

Después, respiró profundamente, abrió la puerta y volvió a la salita.

Travis estaba de pie junto a la ventana.

–Unas vistas preciosas del aparcamiento, ¿verdad? –le dijo ella.

–Sí –repuso Travis dándose la vuelta con una breve sonrisa en la boca–. ¿Vas a estar bien?

–Sí, estaré bien. No te preocupes.

–Porque si todavía te sientes mal…

–Travis, lo que te dije antes… Es la verdad, esto no tiene nada que ver con el tequila de los cócteles. No… No estaba borracha –le explicó ella.

–No era mi intención… No debería haberte juzgado –reconoció Travis–. Si bebiste más de la cuenta, no pasa nada. De verdad. A todos nos ha pasado alguna vez y…

–¡No! Fue una reacción a la medicación –lo interrumpió ella.

–¿La medicación? –preguntó Travis sorprendido.

Sintió la necesidad de que supiera la verdad, no quería que pensara mal de ella.

–¿A qué te refieres? ¿A una especie de reacción alérgica?

–No, no exactamente. Sufro… Sufro dolores de cabeza –le dijo para no tener que darle más detalles–. Tomo algo para ellos y el médico me advirtió que no lo mezclara con alcohol, pero…

–Pero se te olvidó.

En realidad, no lo había olvidado, sino que había pensado que ya no importaba. La vida pasaba tan rápidamente… Pero no se lo podía decir a Travis. Eso no.

–Algo así –le dijo ella tratando de sonreír.

Él también sonrió y, sin que pudiera hacer nada para evitarlo, se aceleraron los latidos de su corazón. Casi había olvidado lo devastadora que era esa encantadora y sexy sonrisa. Lo encantador y sexy que era todo en ese hombre.

–Bueno, después de lo que me ha pasado esta noche, no se me volverá a olvidar –añadió.

Los dos rieron, era lo que tocaba hacer, pero sus ojos contaban otra historia muy distinta. La forma en que Travis la estaba mirando… Sabía que también él podía verlo en sus ojos.

Fue hacia la puerta y él la siguió. Se dieron la mano y el contacto hizo que se estremeciera.

–De todos modos, gracias por traerme a casa –le dijo mientras abría la puerta.

–No, gracias a ti por soportarme –repuso Travis–. He sido muy duro contigo.

–No, no te preocupes. Era normal que supusieras que estaba simplemente borracha.

–Aun así, no tenía derecho a juzgarte –añadió Travis apretando un poco más su mano y acercándose a ella–. En cuanto a lo que pasó hace una semana…

–No, no hay necesidad de… –le dijo ella rápidamente.

–Claro que sí. Esa noche me diste un regalo increíble.

Sintió que se sonrojaba.

–No. Entiendo que te enfadaras, de verdad. Te puse en una situación imposible y…

–Me siento honrado –la interrumpió Travis con su voz áspera y sexy–. Ninguna mujer me había dado nunca un regalo tan especial.

Se dio cuenta de que lo decía en serio. Podía verlo en sus ojos y oírlo en sus palabras. Le entraron ganas de explicar... De contarle al menos parte de lo que había pasado.

–Travis, sé que no me expliqué bien, que te di a entender que lo que hicimos podría haber ocurrido con cualquiera, pero… Pero en cuanto puse un pie en ese bar, supe que no iba a seguir adelante con mi plan.

Pero entonces… Entonces…

Vio cómo se oscurecía la mirada de Travis y no pudo evitar estremecerse.

–Entonces te vi.

–Fue un milagro que entraras por esa puerta –le dijo Travis en voz baja mientras tomaba su cara entre las manos–. Pensé que era un milagro porque así iba a poder librarme de una buena paliza, pero el milagro lo representaba tu belleza. Tan bonita… Te deseé en cuanto te vi.

La sonrisa y el suspiro de Jennie le dijeron a Travis todo lo que necesitaba saber, todo lo que había estado preguntándose durante esa última semana.

–¿De verdad? –le preguntó Jennie con toda la inocencia del mundo en esas palabras.

–De verdad –le confesó él–. Nunca he deseado a una mujer como te deseaba a ti.

–Lo que hicimos… –susurró Jennie–. Fue…

–Fue increíble –terminó él por ella mientras la abrazaba–. No he dejado de pensar en ti desde esa noche.

–¿De verdad? –le preguntó ella con voz temblorosa.

–He pensado en ti cada día –le dijo con una sonrisa–. Y cada noche. Incluso he soñado contigo.

Jennie no sabía si se lo estaría diciendo para que se sintiera mejor o si lo diría en serio. Pero no quería analizarlo, no quería escuchar la voz en su cabeza diciéndole que era mala idea. Se limitó a dejar que la abrazara.

Podía sentir los latidos de su corazón, tan rápidos como los de ella.

–Yo también he soñado contigo.

Travis tomó de nuevo su cara entre las manos y la miró a los ojos.

–No quiero irme –le dijo Travis.

Jennie respiró profundamente antes de contestar.

–Entonces, no lo hagas –susurró ella.

Travis la besó entonces y ella le devolvió el beso.

Lo había echado tanto de menos... Apenas podía contener los gemidos de placer cuando los besos se hicieron más intensos y apasionados.

A Travis le pasaba lo mismo y, sin dejar de besarla, se movió lo suficiente para volver a cerrar la puerta.

Capítulo 7

TRAVIS tenía muy claro que no iba a intentar hacer el amor con ella.

No era de esa clase de hombres. No iba a aprovecharse de una mujer cuando no se encontraba bien. Se dijo que solo quería abrazarla. Solo quería estar con ella. Y besarla, por supuesto. Solo un poco... Creía que eso no sería demasiado. Era increíble tenerla de nuevo entre sus brazos, sentir cómo temblaba de placer.

También anhelaba tocarla, pero sin exigir nada de ella. Solo quería sentir la suavidad de su cabello, el calor de su piel bajo la palma de su mano.

Pero con sus labios aferrados a los de Jennie, con su cuerpo pegado al de ella… Lo que había planeado fue desapareciendo y dio paso rápidamente a un deseo que no podía contener.

Siempre se había enorgullecido de la capacidad que tenía para controlarse, incluso en las relaciones sexuales. Sobre todo en las relaciones sexuales. Creía que solo un tonto se dejaría llevar por las emociones con una mujer. Pero era diferente con ella.

Con Jennie no podía concentrarse en nada más, solo en su sabor, su calor, sus dulces gemidos.

Pero tenía al menos que intentarlo. La agarró por los hombros y retrocedió un poco.

–Jennie, no tenemos que hacer nada que… –le aseguró mientras miraba sus inocentes ojos.

Pero ella se puso de puntillas y lo hizo callar con un beso.

–¿Me estás diciendo que no me deseas? –le susurró.

Travis tomó la mano de Jennie y la puso sobre su acelerado corazón. Después, la colocó sobre la parte de su anatomía que no podía ocultar hasta qué punto quería estar con ella de nuevo.

–¿Tú qué crees? –le preguntó con la voz cargada de deseo.

Jennie rio. Fue el sonido más dulce y sexy que había oído en su vida.

–Creo que deberías llevarme al dormitorio. Está detrás de ti, tras esa puerta –le dijo señalándola.

La tomó en sus brazos y la llevó a una habitación en la que apenas cabían una cómoda, una mesilla de noche y dos camas individuales. Estuvo a punto de echarse a reír.

–Podría ser peor –le dijo Jennie leyéndole el pensamiento–. En mi anterior piso tenía literas.

Fue entonces él quien rio con ganas, pero se desvaneció cuando la dejó despacio en el suelo y sintió el roce de sus pechos contra el torso. Había deseo en sus ojos. Tanto como sentía él.

Apenas podía controlar ese deseo, ardía en su interior. Pero había también algo más.

Quería cuidar de ella, protegerla. Quería ser el amante que no había sido la primera vez. El amante que se merecía esa mujer.

La besó suavemente mientras enmarcaba su cara con las manos.

–Voy a quitarte la ropa –le dijo en voz baja–. Después, me acostaré a tu lado. No tenemos que hacer nada más esta noche.

Cuando ella abrió la boca para contestar, la hizo callar con un beso.

Después, lentamente y con los ojos fijos en los de ella, comenzó a desabrocharle los botones de la blusa. Normalmente, se le daban bien los botones, pero en esos momentos le estaba costando. Sus manos eran demasiado grandes y sus dedos estaban más torpes que nunca.

No tardó en perder la paciencia y notó que a ella le pasaba igual.

–Si quieres…

–¿Qué? –le dijo él con algo de brusquedad.

–Puedes tirar… Puedes arrancármela, si es necesario. Pero… Hazlo pronto, por favor.

No pudo contener un gemido mientras hacía lo que Jennie le había pedido. Después, dio un paso atrás para deleitarse con la delicada belleza que acaba de desvelar.

Se fijó en la pálida piel de sus hombros, en las curvas de unos pechos redondeados que asomaban por encima de un sencillo sujetador de algodón blanco. Tenía una pequeña marca de nacimiento en forma de corazón justo debajo de la garganta. Le costaba creer que no la hubiera visto la última vez, que no se hubiera dado cuenta entonces de lo dulce e inocente que era.

Besó ese delicado corazón que tenía pintado en su piel y besó después las delicadas curvas de sus pechos. Se centró después en el centro de cada copa, donde la tela no podía ocultar sus turgentes pezones, que ya esperaban el roce de su lengua.

Jennie emitió un sonido que lo recorrió de arriba abajo.

–Travis –susurró ella.

Nadie había pronunciado su nombre con tanta ternura.

Le desabrochó los vaqueros, le bajó la cremallera y los deslizó por sus largas piernas. Vio entonces que estaba temblando. Y a él le estaba pasando lo mismo.

La ayudó con las sandalias y los pantalones hasta que estuvo frente a él en ropa interior. Era una visión maravillosa. Sabía que cualquier hombre se moriría por tenerla. Como se moría él…

–Eres tan bella… –le dijo en voz baja.

Jennie se ruborizó.

–Quiero serlo –repuso ella–. Para ti.

Y eso era lo que quería él también. Que su belleza y ella misma fueran solo para él.

–¿No vas…? ¿No vas a tocarme?

Sus palabras eran un dulce tormento. Eso era lo que quería hacer, lo quería más que nada...

–¿Es eso lo que deseas? –le preguntó él con voz temblorosa.

–Sí.

–Toma mi mano –le dijo mientras se la ofrecía–. Muéstrame dónde quieres que te toque.

Jennie se quedó mirando la mano. Después, lo miró a él.

Una eternidad después, por fin tomó su mano. Se la llevó a su delicada mejilla y la bajó después por su garganta. Regresó con ella a los labios. Los separó y tomó en su boca uno de sus dedos.

Travis no pudo contener un gemido y temía perder el control y terminar antes incluso de empezar. No sabía cómo iba a hacerlo, pero tenía que tranquilizarse.

Respiró profundamente y trató de pensar solo en lo que quería ella.

–¿Dónde más quieres que te toque? –le preguntó casi sin aliento.

Sus ojos se encontraron con los de Jennie. Bajó su mano por el cuello hasta llegar a sus pechos.

Travis cerró los ojos. Cubría con la mano uno de sus dulces pechos y podía sentir la presión que ejercía el pezón contra su palma.

–Y también aquí –susurró ella.

Deslizó la mano sobre sus costillas, sobre su vientre...

Y se detuvo. No podía ir más lejos.

Jennie nunca se podría haber imaginado hacer algo así con un hombre, dejar que la tocara tan íntimamente mientras ella guiaba su mano.

No podía dejar de mirar su bello rostro. Era tan apuesto y lo deseaba tanto…

–Jennie –le susurró entonces–. No te detengas, muéstrame lo que quieres.

Ella respiró profundamente.

–Quiero tener tu mano aquí –repuso ella mientras se la llevaba entre los muslos.

Necesitaba que la tocara allí, en la parte de su cuerpo que palpitaba de deseo por él.

Travis dijo algo en voz baja, parecía fuera de sí.

Sentía que estaba tan caliente y húmeda, tan lista para él. No podía esperar, no podía contenerse, no podía...

–Travis –le dijo gimiendo–. Por favor, por favor...

Él se acercó a donde había dejado su chaqueta y rezó para que tuviera allí algún preservativo.

Dio gracias al cielo cuando encontró dos en uno de los bolsillos interiores.

–Jennie –susurró–. Preciosa Jennie…

Se quitó rápidamente la ropa y consiguió quitarle a ella sujetador. Trató de hacer lo mismo con sus braguitas, pero le temblaban demasiado las manos y terminó por arrancárselas.

Jennie no dejaba de mover su cuerpo caliente contra el de él, con su dulce y cálida boca buscando la suya. Había sido su intención hacerlo lentamente, con cuidado, recordando que ella apenas tenía experiencia. Pero, en ese instante, se olvidó de todo. La cama estaba demasiado lejos. La pared, en cambio, la tenían mucho más cerca.

–Agárrate a mí –le dijo mientras la levantaba–. Agárrate a mi cuello y rodea mi cintura con tus piernas.

Jennie gritó su nombre cuando se deslizó dentro de ella.

Se quedó inmóvil durante un segundo, temiendo que quizás le hubiera hecho daño.

–No te detengas –susurró ella–. ¡No pares! ¡No…! ¡No pares!

Atrapó su boca y comenzó a moverse dentro de ella. Cada vez más deprisa y con más fuerza, como si se le fuera vida en ello.

Jennie gritó casi con desesperación cuando llegó al clímax.

Era tan increíble, se sentía tan dentro de ella, eran tantas las sensaciones que lo dominaban que, cuando por fin llegó su momento, no pudo ahogar un grito casi animal de satisfacción. Sintió que desaparecía el resto del mundo, solo estaban ellos dos.

De alguna manera, consiguieron llegar a la cama.

El colchón era estrecho y Jennie se colocó casi al borde para dejarle algo de espacio, pero Travis la atrajo contra su cuerpo y la colocó encima de su cuerpo. Poco le importaba que apenas hubiera espacio para dos personas en esa cama, no pensaba soltarla, no iba a dejar que se apartara de él. Quería seguir abrazándola como lo estaba haciendo hasta el final de los tiempos.

–Travis… Si peso mucho…

Él se echó a reír y también lo hizo Jennie.

Era una sensación maravillosa. Le encantaba tener el duro y musculoso cuerpo de Travis como colchón. En ese momento, él no podía contener la risa y su cuerpo vibraba sin parar.

La Jennie científica trató de analizar lo que estaba viviendo. Nunca se habría imaginado que la gente pudiera reír y pasárselo tan bien mientras hacían el amor.

A la Jennie mujer le había encantado descubrirlo.

–No, de verdad. No puede ser cómodo…

–Cuando era pequeño tenía una manta muy vieja que me

encantaba… Solo podía dormir si me tapaba con ella.

Le costó mantenerse seria.

–Genial… ¿Me estás diciendo que te recuerdo a una vieja manta?

Travis sonrió.

–¿Ayudaría que te dijera que en realidad era un edredón, no una manta?

Jennie lo mordió suavemente en el hombro y él gritó como si le hubiera hecho mucho daño.

–¡Oye! ¡Que era un cumplido!

–Decirle a una mujer que le recuerda a una manta, o a un edredón, no es un cumplido.

–No se lo he dicho a cualquier mujer –repuso con seriedad–. Te lo he dicho a ti, Jennie, porque eres la única mujer que quiero en mis brazos.

–Me alegro –le dijo ella en voz baja–. Porque tú eres el único hombre que quiero en los míos.

Travis la besó. Y, después, la besó de nuevo. Podía sentir contra su vientre cómo empezaba a endurecerse. Siguió besándola unos minutos más, pero después hizo ademán de apartarse.

–No, no te vayas –le pidió ella.

Se lo dijo sin pensar en si convenía suplicarle, pero decidió que no pasaba nada, que era mejor así, quería que Travis supiera cuánto lo deseaba.

Él la besó y le prometió que no se iba a ninguna parte, que solo iba a buscar otro preservativo.

–¿Por qué iba a querer irme? –le preguntó Travis cuando regresó, abrazándola y haciéndola girar sobre el colchón hasta tenerla debajo de él.

–Travis –susurró ella con voz temblorosa–. ¡Oh, Travis...!

–Jennie… –repuso él mientras se deslizaba en su interior una vez más.

Jennie se despertó en mitad de la noche con una sensación extraña. Estaba algo confusa. Estaba en su cama, pero se dio cuenta de que no estaba sola.

Estaba tumbada de lado y tenía la cabeza apoyada en un hombro. También tenía un brazo y una pierna colocados posesivamente sobre su cuerpo. Durante un segundo, se quedó en blanco.

Pero después recordó que Travis la había sacado del bar. Al principio había estado enfadado con ella. Después, muy preocupado. Había sido muy tierno. Y habían hecho el amor.

Había sido increíble, glorioso.

Pensó que debía levantarse y hacer lo que haría cualquier mujer que

se despertaba con un hombre a su lado. Pero, de nuevo, su mente estaba en blanco.

Se le pasó por la cabeza hacer lo básico. Podía ir al baño, peinarse un poco, ponerse algo de maquillaje y vestirse.

Sí, pensó que estaría bien vestirse y salir de allí para darle un poco de espacio.

Pensó que su plan tenía sentido. Pero había un problema, no quería moverse.

Se sentía tan bien como estaba, acostada a su lado, con el hombro de Travis de almohada y su brazo y su pierna sobre ella... Desprendía tanto calor y la hacía sentirse tan protegida…

Se había dado cuenta de que el sexo no se parecía nada a lo que había leído en los libros de texto ni a lo que había visto en los documentales.

Era… Era Travis.

Él se movió en ese momento sin despertarse, su brazo la apretó con más fuerza y la atrajo más cerca de su cuerpo.

Y no tenía palabras para describir ese momento y esas sensaciones… Despertar en los brazos de un hombre. La sensación de tener a alguien que la cuidara y protegiera. No podría haberse imaginado que también eso fuera parte del sexo.

Había tratado de aprender cómo eran las relaciones sexuales a través de libros y artículos, pero no podía seguir fingiendo que aquello formaba parte de esa especie de investigación académica que había iniciado por su cuenta y riesgo.

Lo que estaba pasando no tenía nada que ver con la investigación y todo con él, Travis Wilde. Un hombre al que había conocido por casualidad en un bar y se había convertido en su amante.

Por un momento, se dejó llevar por esa idea, imaginando que era su amante...

Pero sintió de repente un fuerte dolor tras uno de sus ojos que le sirvió como brutal recordatorio de lo que era su realidad. Un recordatorio de lo que le iba a pasar.

Apretó los labios, reprimiendo un gemido de dolor, pero no podía controlarlo. Era un dolor abrasador y gélido al mismo tiempo. Era más fuerte que nunca.

Y sabía demasiado bien lo que le iba a ocurrir en cuestión de minutos. Empezaría con escalofríos, temblores y comenzaría a ver todo borroso.

No podía dejar que le sucediera, no con Travis allí.

Se mordió el labio con fuerza, estaba dispuesta a cualquier cosa para mantener a raya la agonía que estaba sufriendo. No quería despertarlo. Se levantó con cuidado, apartando su brazo y su pierna. Travis se movió de nuevo y murmuró algo. Contuvo la respiración

hasta que se quedó inmóvil. Después, se levantó tambaleándose un poco. Trató de encontrar su bata, pero la habitación estaba a oscuras.

Fue al baño y abrió el armarito de las medicinas. Buscó a tiendas las pastillas que tenía que tomar. No dio la luz, sabía que era mejor así.

Movió la mano sobre su colección de pequeños frascos y cajas. Tenía que hacerlo con cuidado para que no se…

–¡No!

Pero ya era demasiado tarde. Cayeron todos los botecitos sobre el lavabo, haciendo un estruendo tremendo.

Unos segundos después, se abrió de golpe la puerta del baño y se hizo la luz al mismo tiempo.

Puso deprisa el brazo sobre los ojos para protegerse contra la brillante luz.

–¡Jennie! –le dijo Travis con voz algo áspera–. Cariño, ¿estás bien?

–Sí. Sí, estoy bien.

Travis la miró fijamente.

Se había caído más de una vez de los caballos, había tenido que saltar en paracaídas de su avión antes de que lo aniquilara el enemigo, le habían dado más de una paliza... Sabía que ese «bien» no significaba nada cuando lo decía alguien pálido y apretando los labios para tratar de controlar el dolor.

–No, no lo estás –gruñó mientras la tomaba por los hombros y la ayudaba a sentarse en el inodoro.

Vio que había varios botes de pastillas en el lavabo.

Se acercó de nuevo a ella y agarró su muñeca para apartarle el brazo de los ojos.

–¡No! –exclamó Jennie.

Su voz le dejó más claro aún que estaba sufriendo.

–¿Qué te pasa? –le susurró.

–Nada. Ya te he dicho que…

Maldijo entre dientes y le quitó el brazo de la cara. Vio que tenía los ojos cerrados.

No había sangre por ninguna parte, heridas ni moretones. Pero estaba blanca como el papel y no dejaba de temblar. Le pidió que abriera los ojos, pero ella se negó.

–Jennie –le dijo poniéndose de cuclillas frente a ella–. Tienes que hablar conmigo. ¿Qué te ha pasado? Me desperté y no estabas. Y después oí un ruido muy fuerte…

–Me… me dolía la cabeza –contestó ella con una voz tan débil que le preocupó aún más–. Así que vine para tomar algo para la jaqueca.

–Pero ¿por qué no diste la luz? ¿Por qué no dejas que te mire los ojos?

–Pensé que podría encontrar las pastillas sin luz. Sé dónde está todo y la luz… Mis ojos...

Jennie gimió de dolor y él se sintió cada vez peor. En vez de ayudarla, estaba empeorando su dolor con un montón de preguntas tontas.

–Está bien, cariño. Lo entiendo. Te duele la cabeza, como antes, y la luz te hace daño.

Supuso que sufría migrañas y que en ese momento estaba teniendo una crisis especialmente dolorosa. Se levantó y apagó la luz. Había encendido la lámpara de la mesilla de noche y le llegaba su suave resplandor desde el dormitorio. Pensaba que sería suficiente para que pudiera ver un poco.

–No te muevas –le dijo mientras recogía todos los botes de pastillas que habían caído al lavabo.

Los llevó al dormitorio y los colocó sobre la cómoda. Había un montón. Leyó las etiquetas, pero no le sonaba ningún nombre.

–¿Qué pastillas estabas buscando? –le preguntó a Jennie.

Ella se lo dijo y no tardó en encontrarlas. Sacó una cápsula y volvió al baño. Llenó un vaso con agua, se puso en cuclillas frente a ella una vez más y le pidió que abriera la boca.

–Puedo hacerlo…

–Vamos, Jennie. Abre la boca y tómatela. Así, buena chica. Y ahora un poco de agua...

Dejó después el vaso en el lavabo, empapó una toalla bajo el grifo de agua fría, la escurrió y se la ofreció para que la pusiera sobre sus ojos.

–Travis, no tienes por qué…

–Claro que tengo que hacerlo –repuso él–. Por mi honor –añadió con solemnidad–. ¿No te he contado que fui boy-scout?

Jennie sonrió y su corazón dio un salto de alegría.

–¿Tú? ¿Boy-scout?

–Bueno… No. Más o menos. Mis hermanos y yo lo intentamos, pero al final tuvimos que dejarlo.

Se dio cuenta de que debía seguir hablando. Empezaba a ver que volvía poco a poco el color a su cara y pensó que quizás consiguiera distraerla con sus tontas historias. Quería que se concentrara en sus palabras y no en el dolor.

–Además, el señor Rottweiler, el líder de la tropa de boy-scouts, nos odiaba –le contó.

–¡No me creo que se llamara señor Rottweiler!

Le encantó ver que lo escuchaba. La pastilla y la toalla húmeda parecían estar haciendo algo también.

–¿Cómo es que eres tan lista, Rubia? No, no se llamaba Rottweiler, sino Botwilder. Casi lo mismo.

–¿Y de verdad os odiaba?

–Sí, eso sí –repuso él–. Pero la verdad es que tiramos al suelo la

letrina que había construido.

Jennie se echó a reír y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Se acercó a ella, la tomó con cuidado en sus brazos y ella se aferró a su cuello.

–Ya nadie tiene letrinas –susurró Jennie.

–Rottweiler sí tenía una en casa –le dijo él mientras la llevaba al dormitorio–. Y tanto su esposa como sus diecinueve hijos tenían que usarla.

Jennie rio de nuevo. Estaba muy satisfecho. Su plan parecía estar funcionando.

–¿Diecinueve? No me lo creo –repuso ella entre bostezos.

–Bueno, no tenía diecinueve, solo dieciocho.

Apagó la lámpara de la mesilla. Ya estaba amaneciendo y entraba algo de luz por la ventana.

La dejó con cuidado en la estrecha cama.

La observó, estaba desnuda y era tan bella… Su corazón sintió muchas cosas en ese instante. Pero prefería no analizarlas.

Jennie era una increíble combinación de fuerza y vulnerabilidad al mismo tiempo.

–Travis –susurró ella.

–Estoy aquí, Jennie.

–Gracias...

Unos segundos después, se quedó dormida.

Se quedó mirándola unos segundos. Después, la tapó con la sábana.

No iba a irse a ninguna parte. No pensaba dejarla. No cuando Jennie lo necesitaba.

Se le vino en ese instante a la cabeza algo que le había pasado de pequeño. Estaba malo, no recordaba por qué, y se despertó en mitad de la noche con la necesidad de tener unos brazos que lo sostuvieran. Pero recordó entonces que ya no tenía esos brazos, que su madre había muerto y su padre estaba en alguna misión importante al otro lado del mundo.

Suspiró y se metió en la cama.

Quería abrazar a Jennie, pero temía despertarla. No sabía qué hacer.

Al final, no tuvo que tomar ninguna decisión. Jennie suspiró sin despertarse, rodó hacia él y se acurrucó contra su torso como si llevaran toda la vida durmiendo así.

Travis la envolvió con sus brazos y le dio un beso en la frente.

No tardó en quedarse también dormido. Esa noche no tuvo pesadillas.

Capítulo 8

TRAVIS sintió los rayos del sol en sus párpados, gimió y se dio la vuelta...

Y estuvo a punto de caerse de la cama.

Sus ojos se abrieron de golpe. Miró a su alrededor. Estaba en una habitación desconocida y en una cama muy estrecha. No entendía…

Pero recordó de repente dónde estaba.

Jennie.

La había acompañado a su casa y habían terminado haciendo de nuevo el amor. Había sido increíble.

Pero, unas horas más tarde, se despertó cuando Jennie se levantó por culpa de una terrible migraña...

–Jennie –dijo con preocupación mientras se levantaba.

Se había quedado para cuidar de ella y lamentó no haberlo hecho mejor. No la había oído cuando se levantó, no sabía dónde estaba ni cómo se encontraría.

Iba ya hacia la puerta cuando se dio cuenta de que estaba desnudo. Miró a su alrededor. Jennie había doblado y colocado su ropa sobre la cómoda.

Se puso los pantalones y nada más. Salió en busca de ella...

Y la encontró poco después en la pequeña cocina. Estaba de pie y de espaldas a él. Llevaba el pelo suelto y se había puesto una especie de enorme camiseta. Se le fueron los ojos a sus largas piernas. Tenía un aspecto tan sexy… Quería acercarse a ella, tomarla en sus brazos y llevarla de vuelta a la cama.

A pesar de haber hecho el amor con ella varias veces la noche anterior, seguía deseándola más de lo que había deseado nunca a nadie. No entendía lo que le estaba pasando.

–¡Maldita sea! ¿Dónde te habías metido?

Jennie se volvió hacia él con una taza en la mano.

–¡Travis! Me has asustado…

Llegó a ella con dos grandes zancadas y la abrazó. Jennie derramó parte del café que tenía en la taza, pero a ninguno de los dos pareció importarle.

–Pensé que te había pasado algo.

–No, estoy bien. Me apetecía tomar una taza de café y…

No dejó que terminara de hablar. La besó.

Jennie sabía a café, leche y azúcar.

Había tenido la suerte de desayunar champán en París y chocolate con churros en Sevilla. Pero nunca había empezado el día con un sabor más dulce en los labios que el de la boca de Jennie.

Cuando por fin se apartó, vio que le brillaban los ojos y tenía la boca sonrosada.

–Te eché de menos en la cama –le dijo él–. No pensaba que iba a tener que despertarme sin ti a mi lado.

Jennie sonrió y se sonrojó.

Le encantaba que se ruborizara con tanta frecuencia. Era sexy e inocente al mismo tiempo. Se preguntó si habría sido también el primero en dormir con ella entre sus brazos.

Sabía que había sido el primero con el que se había acostado, pero eso no significaba que no hubiera hecho otras cosas con otros hombres.

Frunció el ceño. No sabía por qué estaba pensando en esas cosas. Tenía que recordar que él no era así, que no tenía ideas anticuadas sobre las mujeres y el sexo...

Pero algo dentro de él parecía estar cambiando. Al menos con esa mujer.

Después de todo, había pasado la noche en su cama. Algo que casi nunca hacía. Creía que podría contar con los dedos de una mano las veces que había hecho algo así.

Siempre había pensado que las mujeres podían hacerse una idea equivocada si pasaba la noche con ellas, llegando incluso a pensar que él quería algo más. No le gustaba crear falsas expectativas, pero no podía tampoco entender qué le pasaba con Jennie ni por qué, aunque solo había pasado dos noches con ella, la consideraba su «amante».

De repente, la cocina le pareció aún más pequeña.

La soltó, se aclaró la garganta y se acercó al estante donde Jennie tenía las tazas.

–Una idea estupenda –le dijo con energía–. Me refiero a lo del café.

Podía sentir que Jennie lo observaba mientras se servía café y añadía leche.

–Sí –repuso ella unos segundos más tarde–. Te entiendo. Yo no soy persona hasta que me tomo mi dosis matutina de cafeína.

–A mí me pasa igual –comentó él después de tomar un tragó de café–. Entonces… ¿Eres muy madrugadora?

–No tienes que hacer esto –respondió Jennie en voz baja.

–¿Cómo? ¿Por qué iba a rechazar una taza de delicioso…?

–No hablaba del café –le dijo ella–. No tienes que quedarte. No es necesario. Te agradezco mucho que cuidaras de mí. Hiciste más de lo que te…

–Bueno, te encontrabas mal.

Dejó la taza en la encimera y la miró. Parecía tan pequeña y frágil…

–Ven aquí –le dijo mientras iba hacia ella con los brazos abiertos.

Jennie fue directamente a sus brazos.

–Lo siento –susurró ella–. Esto no se me da bien. Nada de esto. No sé lo que tengo que decir, ni qué suele hacer la gente por las mañanas, en estas situaciones… Después de…

Travis tomó su barbilla y le levantó la cara para mirarla a los ojos.

–Bueno, puedes darme los buenos días y decirme que te alegras de verme. Por ejemplo.

Jennie le dedicó una sonrisa temblorosa.

–Pero, ¿te alegra a ti verme? –le preguntó ella–. Porque, si prefieres irte y…

La hizo callar con un beso.

–Voy a confesarte algo –le dijo él en voz baja–. Yo tampoco sé qué decir en estas situaciones. La verdad es que no suelo pasar la noche en la cama de otra persona. No es algo que haya hecho muy a menudo.

Jennie frunció el ceño, tratando de entender lo que le decía. Después, se sonrojó de nuevo.

Le enternecía tanto que se ruborizara con tanta facilidad…

–Bueno, gracias por… Te agradezco que te quedaras –le dijo–. Fue muy amable por tu parte…

–Me quedé porque no soportaba la idea de alejarme de ti, Jennie.

Sus labios se curvaron en una sonrisa y no le quedó más remedio que besarla.

Y lo hizo una y otra vez. No podía resistirse.

Deseaba quitarle de nuevo la ropa, acariciarla y besar todo su cuerpo.

Pero había estado tan mal durante la noche... Sabía que necesitaba tomarse tranquilamente un café y comer algo nutritivo. No creía que el sexo fuera lo mejor para ella en esos momentos.

Aunque empezaba a entender que con ella no sería sexo. No lo había sido nunca.

Lo que deseaba era volver a hacer el amor con ella.

–Muy bien –le dijo Travis robándole un último beso–. Es hora de desayunar.

Jennie lo miró a los ojos, había algo en su mirada… Algo que no tardó en reconocer.

–¡Al diablo con el desayuno! –exclamó él con un gruñido mientras la atraía contra su cuerpo y la besaba de nuevo.

Esa vez, el beso fue mucho más profundo y apasionado. Jennie se aferró a su cuello y respondió con el mismo deseo que sentía él, enredando los dedos en su cabello.

–Te deseo –le confesó él contra su boca.

–Perfecto –susurró Jennie–. Porque yo también te deseo a ti.

Ya estaba excitado, pero sus palabras estuvieron a punto de hacerle

perder el control.

–Pero el dolor de cabeza...

Jennie soltó una risita muy sexy.

–¿Qué dolor de cabeza? –le preguntó con picardía.

Travis la tomó en sus brazos y la llevó a la cama.

Un par de horas más tarde, estaban en su coche, de camino a un restaurante para desayunar. Aunque a esas horas de la mañana, iba a ser ya casi un almuerzo.

Cuando le había dicho a Travis que no podía ir con él, que tenía que ir a recoger su coche, él había llamado al taller mecánico al que solía ir y le había pedido a un empleado que fuera hasta allí para recoger las llaves del coche.

Lo miró de reojo.

Era tan tarde que ya no iban a conseguir que les sirvieran desayunos, pero no se arrepentía. Habían pasado la mañana en la cama y había sido maravilloso.

Recordó un momento de los que acababa de vivir con él, cuando ella gimió su nombre y le rogó que pusiera fin a la dulce tortura a la que la estaba sometiendo. Pero Travis, que la había tenido sujeta por las muñecas, había amenazado con seguir haciendo lo que estaba haciendo durante horas, manteniéndola en ese estado, al borde del clímax hasta que ella…

Le bastaba con pensar en ello para que se le acelerara el corazón.

Se preguntó si el sexo sería así para todo el mundo, pero algo le decía que no lo era.

Los libros que había leído decían que el sexo era diferente para cada pareja. Pero, aunque no tenía experiencia, el instinto le decía que el sexo con Travis era…

La verdad era que no tenía palabras para describirlo.

Su plan había sido conseguir al menos una experiencia sexual.

Y lo había hecho porque empezaba a sentir que se quedaba sin tiempo y no podía permitir que eso le sucediera sin saber lo que la vida aún no le había dado. Se suponía que el sexo era una parte esencial de la existencia de todo ser humano.

Pero no había esperado encontrarse lo que se habían encontrado. Ya había oído hablar de la pasión, de la emoción y de la fisiología clínica del orgasmo.

Pero la realidad era... No podía describirlo.

No había manera de explicar con palabras esos últimos minutos, cuando se sentía como si se estuviera ahogando en un mar de sensaciones.

Y las otras cosas.

Lo que le hacía sentir la voz de su amante, su fuerza, su ternura. La sensación de su piel bajo la palma de la mano. El sabor de su boca.

Había más. Mucho más. Y algunas de esas sensaciones no tenían nada que ver con el sexo.

Como la sonrisa de Travis o su buen humor.

Incluso la facilidad que tenía para tomar las riendas.

Siempre había pensado que ese tipo de comportamiento era arrogante y algo machista.

Travis era arrogante, pero no de una manera egoísta o agresiva. Tenía la arrogancia de los que nacían con la habilidad de liderar.

Y, además de todo eso, también era muy atractivo. Le encantaba mirarlo.

Hacía todo con mucha seguridad en sí mismo. Le gustaba incluso la manera en la que conducía, prestando toda su atención a la carretera, pero sin soltarle la mano.

No quería ni pensar en la posibilidad de que no hubiera entrado a ese bar horrible hacía una semana. No sabía qué habría pasado si Travis no hubiera estado allí o si ella no le hubiera seguido la corriente cuando él fingió que era su novia. Se habría perdido mucho si la valiente Genevieve se hubiera transformado de nuevo en la cauta Jennie, una mujer que no parecía haber entendido aún lo rápidamente que puede cambiar la vida de una persona.

Y, por encima de todo, no podía dejar de pensar en la posibilidad de que pudiera tener una buena vida por delante de ella, de que pudiera llegar a vivir como todos los demás, capaz de tomar lo que quisiera sin pensar que no tenía derecho a hacerlo.

La ira estalló dentro de ella. Y no podía permitirse el lujo de enfadarse cuando no podía cambiar lo que le pasaba.

Era demasiado devastador. Demasiado agobiante. Esos sentimientos negativos le robaban los pocos momentos de felicidad que aún tenía.

Era algo que había aprendido de la manera más difícil.

En un minuto, la vida podía cambiar por completo, pasar de tener un futuro brillante, con cielos despejados, a sentir que unas negras nubes cubrían el sol y se quedaba sin esperanza.

Al principio, se había sentido completamente hundida. Pero entonces su álter ego, esa voz en su interior que la ayudaba a seguir adelante, la había empujado a ponerse de nuevo en pie y a seguir luchando.

Esa nueva actitud no iba a cambiar el desenlace, pero sí podía cambiar la forma en que iba a llegar al momento final, con la cabeza bien alta o completamente rendida.

–Hola.

Al oír la voz de Travis se giró para mirarlo. Vio que habían aparcado frente a un restaurante. Travis la observaba con

preocupación en sus ojos oscuros.

–Hola –repuso ella forzando una sonrisa.

–¿Estás bien?

–¡Estoy bien! –repuso ella con entusiasmo.

Quizás con demasiado entusiasmo.

–Dime la verdad, cariño. ¿Ha vuelto la migraña?

–No. Estoy bien. De verdad.

Travis se quedó mirándola durante un largo minuto. Después, le dedicó esa sonrisa que hacía que se derritiera por dentro.

–Que estás muy bien ya lo veo –le dijo Travis con picardía.

Sintió que se sonrojaba y él sonrió casi de inmediato.

–Me encanta…

–¿El qué?

–La facilidad que tienes para sonrojarte.

Travis se desabrochó el cinturón, se inclinó hacia ella y le dio un dulce beso en los labios.

–No sabes lo excitante que es...

Sus palabras la hicieron sonrojarse aún más.

–Si sigues así, terminaremos por no entrar al restaurante y tendremos que volver a casa... –la avisó Travis.

Se dio cuenta de que tenía razón. Si él volvía a sonreírle de esa manera, si la besaba de nuevo...

–Jennie –susurró Travis.

Temía que él pudiera ver lo que estaba pensando. Esperaba que lo que estaba sintiendo no fuera lo que creía que era. Porque sabía que no podía permitírselo, era imposible. No era lo que Travis quería y era mucho, mucho más de lo que ella podía llegar a tener.

–¿Vas a darme de comer, Wilde? –le dijo ella tratando de abrir la puerta–. ¿O vas a dejar que me desmaye por culpa del hambre aquí mismo, en tu coche, donde todo Dallas puede verme?

–Solo quiero que te desmayes de placer entre mis brazos –repuso Travis.

Pero él ya no se reía.

Y también ella se puso seria.

Se miraron a los ojos durante lo que le pareció una eternidad.

Pero entonces Travis se aclaró la garganta, salió del coche y el mundo volvió a girar de nuevo.

Jennie pidió yogur y fruta fresca. Travis se decantó por tortitas, huevos y panceta.

–Dicen en la carta que solo usan huevos de gallinas camperas –le dijo Jennie.

–Y eso está bien, ¿no?

–Por supuesto, muy bien. ¿Has visto alguno de esos documentales que muestran cómo viven los pollos y las gallinas? –le preguntó Jennie con preocupación en la voz.

–No –repuso él.

–En la zona de donde soy… –comenzó ella.

–¿De dónde eres, por cierto?

–Soy de New Hampshire.

–¡Ah! Ya me pareció oír un toque de New England en ese acento tuyo.

Jennie hizo una mueca de desagrado.

–Tú eres el que tiene acento, vaquero, no yo.

–Lo que tú digas –repuso él sonriendo–. Pero continúa, por favor.

–Sí. Te iba a contar que pasé un verano trabajando en una granja –le dijo Jennie–. Bueno, la verdad es que no tenía nada de granja. Es mejor que no sepas lo que tuve que ver. Fue horrible.

Nunca se había parado a pensar en cómo vivirían las gallinas, pero ya no se le iba a olvidar.

–Me lo puedo imaginar… –repuso mientras sacudía la cabeza.

Llegó la camarera con la comida que había pedido Jennie. La observó mientras tomaba una de las fresas que acompañaban al yogur. Se la llevó a los labios y le dio un buen mordisco. Vio cómo corría una gota de zumo por su barbilla y Jennie se limpió con la servilleta.

No pudo evitar pensar en cuánto le habría gustado poder limpiarle él la barbilla con la lengua.

Pero sabía que era mejor no pensar en esas cosas. No cuando estaban en un lugar público.

–Entonces… –comenzó él para tratar de distraerse pensando en otra cosa–. ¿Por eso eres tan madrugadora?

Jennie lo miró con el ceño fruncido. No le extrañó. Sabía que sus palabras tenían poco sentido.

–Como trabajaste en una granja, pensé que te acostumbraste entonces a levantarte con el sol.

–¡Ah! –repuso ella sonriendo–. No, no tiene nada que ver con los pollos. Es que tengo tres clases a primera hora cada semana. Soy profesora ayudante en la universidad. Doy una asignatura de un curso de posgrado, se llama «Psicología de las Relaciones Hombre-Mujer».

Travis asintió con la cabeza al oírlo. Relaciones entre hombres y mujeres. De repente, sintió que se le iba el apetito.

–Suena muy…

–Muy aburrido –lo interrumpió Jennie riendo–. No debería decirlo yo, pero es verdad. ¿Y tú?

–¿Yo qué?

–Acabo de darme cuenta de que no sé nada de ti –le dijo Jennie llevándose una cucharada de yogur a la boca.

–Lo sabes todo sobre mí –repuso él en voz baja sin poder dejar de mirarla–. Todo lo que importa.

Jennie aún no se había metido en la boca la cuchara y no podía dejar de observar sus labios.

–No. De verdad, dime qué…

–Cariño –lo interrumpió él con impaciencia–. Dame un respiro, por favor. Tómate el yogur de una vez para que pueda por fin concentrarme en la conversación.

Ella lo miró con el ceño fruncido. Pero, cuando entendió lo que le pasaba, se sonrojó de nuevo.

Era lo último que necesitaba Travis. Habían hecho el amor suficientes veces como para saber que su cuello y sus pechos también se teñían de ese mismo color rosa cuando alcanzaba un orgasmo y, en ese momento, no podía pensar en otra cosa.

Jennie dejó la cuchara de nuevo en el cuenco de yogur.

–Travis, no me mires así –le pidió ella.

–¿Cómo te estoy mirando?

–Ya sabes cómo… –repuso Jennie mordiéndose el labio–.Háblame… Háblame de ti.

–Quieres cambiar de tema, ¿no? –le preguntó él sonriendo–. Bueno, no hay mucho que contar.

Jennie puso los ojos en blanco.

–¿De verdad crees que me voy a creer que solo eres un vaquero que hace cosas de vaqueros?

No pudo evitar echarse a reír al ver que Jennie trataba de copiar el acento texano.

–¿Naciste aquí? ¿En Texas?

–Sí. Pero no en Dallas, sino en un pueblo que se llama Wilde’s Crossing.

–¿En una localidad que lleva tu apellido en su nombre? –preguntó Jennie sorprendida.

–Bueno, los Wilde llevamos muchas generaciones en Texas, cariño. Eso es al menos lo que nos ha contado siempre mi padre.

–Y, ¿sois una familia de ganaderos?

Le parecía increíble que conociera tan bien cada centímetro del voluptuoso cuerpo de esa mujer y no hubieran tenido esa conversación antes.

–Tenemos un rancho en Wilde’s Crossing, se llama El Sueño. Nací en Wilde’s Crossing y crecí en ese rancho. Siempre me gustó la vida allí, pero tuve fascinación por las matemáticas desde pequeño.

No entendía por qué le estaba hablando de su amor por las matemáticas. Las mujeres le habían dejado muy claro que las matemáticas no eran sexys. Había descubierto que conseguía mucho más si se limitaba a decirles que era un hombre que se dedicaba a las

finanzas como inversor.

–Matemáticas –repitió Jennie con admiración–. A mí no se me daban bien. De hecho, las habría suspendido si no hubiera sido por Mary Jane Baxter.

Travis trató de no sonreír. Le encantaba que fuera tan sincera con él.

–Era una compañera del instituto. Hice un trato con ella. Yo la ayudaba con Lengua y Literatura y ella me explicaba las Matemáticas.

–Parece que fue un buen trato.

–Sí, lo fue –le dijo Jennie–. Pero no te dedicas a enseñar Matemáticas. No tendrías el piso ni el coche que tienes si fueras profesor de Matemáticas.

–Has acertado –repuso él–. Durante un tiempo estuve en las Fuerzas Aéreas.

–¿En serio?

–Sí, pilotaba aviones de combate, cazas.

Le encantó ver cómo abría los ojos. Siempre le había gustado presumir de su paso por el Ejército, a las mujeres les encantaba. No sabía por qué se lo estaba contando a Jennie, por qué quería impresionarla.

–Y ¿tuviste que servir en algún conflicto armado?

Asintió con la cabeza y se puso serio de repente. Ya no quería presumir de nada.

–Sería muy duro. No quiero ni pensar en lo que habrás visto, lo que habrás tenido que hacer…

Sus ojos le decían que Jennie parecía entender que volar un avión de combate podía ser muy traumático y podía hacer que alguien tuviera que vivir el resto de su vida con dolorosos recuerdos.

–Es verdad, no fue fácil –reconoció él.

–Pero supongo que otras veces sería fantástico –le dijo Jennie con una dulce sonrisa–. ¿Cómo es? ¿Qué se siente al volar un avión y elevarse por encima del resto del mundo?

–Bueno...

Le contó lo que sentía cuando pilotaba. Le habló de la sensación de libertad y la alegría de poder hacerlo. Le dijo que era una maravilla poder ver la tierra desde ese punto de vista tan privilegiado y también le explicó cómo había sido su primera experiencia a los mandos.

–El primero no fue un avión de combate, sino una avioneta fumigadora. La verdad es que siempre me han encantado los aviones, incluso cuando era un niño. Un tipo que solía trabajar en El Sueño sabía cuánto me gustaba y me enseñó a volar. Después de aquello, trabajé como un loco durante todo el verano en otro rancho para poder ahorrar el dinero suficiente y pagarme unas clases de verdad –le contó–. Pero estoy hablando demasiado…

–¡Oh, no! Me encanta que me cuentes estas cosas de cuando eras pequeño. Casi puedo imaginarte con tus botas, tus vaqueros y un sombrero.

Se echó a reír al oírlo.

–Siempre estaba sucio, con heridas y moretones por todas partes. Ese era el aspecto que tenía la mayor parte del tiempo. Y mis hermanos eran iguales. Nuestra madre nos solía decir que las tiritas se habían inventado para nosotros, para los hermanos Wilde…

Se quedó en silencio. En diez minutos escasos, le había dicho a Jennie más sobre sí mismo de lo que nunca le había contado a nadie.

–Debe de ser genial tener hermanos.

–No les digas nunca que lo he dicho, pero sí –le confesó Travis–. Son buenos chicos.

–¿También ellos estuvieron en las Fuerzas Aéreas?

–No, Caleb trabajó para una agencia gubernamental de información tan secreta que, si te habla de ello, tendría después que matarte –le dijo con un guiño–. Y Jake estuvo en el Ejército, donde volaba helicópteros de combate –añadió con más seriedad–. Lo hirieron de gravedad y, durante un tiempo, perdió un poco el norte...

Hizo una pausa antes de seguir.

–Su… supongo que también yo perdí un poco el mío.

No podía creerse que acabara de admitir algo así. Era la primera vez que se lo decía a alguien. Ni siquiera había hablado de ello con Jake ni con Caleb. Pero, en cuanto lo dijo, supo que era la verdad. Siempre le había gustado el riesgo, sobre todo en los negocios, pero lo de la guerra le había afectado más de lo que había estado dispuesto a aceptar.

En cuanto había vuelto a casa, se había centrado por completo en sus finanzas, su reputación, su capacidad matemática… Creía que había sido una manera de recuperar el control de su vida.

Lo había arriesgado todo, para tratar de ganar mucho. Lo que no tenía tan claro era si valía la pena arriesgarse tanto.

–Travis.

Levantó la vista al oír la suave voz de Jennie.

De repente, sintió que el mayor riesgo lo estaba tomando en esos momentos, abriéndole su corazón como lo estaba haciendo.

–Bueno, ahora háblame de ti –le dijo para cambiar de tema.

Jennie respiró profundamente antes de hablar.

–No hay mucho que decir –mintió con suma facilidad ella–. Como ya te he dicho, soy de New Hampshire y no tengo hermanos.

–Yo tengo los dos de los que te he hablado y tres hermanas: Emma, Lissa y Jaimie. Bueno, en realidad son hermanastras, pero las quiero tanto como a mis hermanos –le aseguró Travis–. Mi madre murió cuando éramos bastante pequeños y mi padre se casó de nuevo.

–Es difícil perder a un ser querido –le dijo ella–. Mis padres murieron en un accidente de coche cuando yo tenía dieciocho años.

Travis envolvió las manos de Jennie al oírlo.

–¿Te quedaste sola?

–Sí –repuso Jennie carraspeando–. Pero háblame de tu padre.

Quería saber más de ella, pero vio que necesitaba cambiar de tema y le dejó que lo hiciera.

–Mi padre… –comenzó levantando las cejas–. Mi padre es un general muy condecorado.

–¡Vaya!

–Tú lo has dicho. No te imaginas lo difícil que es crecer bajo la atenta mirada de alguien que se cree perfecto.

–La verdad es que me lo imagino mejor de lo que piensas –repuso Jennie sonriendo–. Mis padres nunca presumían de ser perfectos, pero lo eran. También ellos eran profesores universitarios. Mi padre era experto en la época del Clasicismo y mi madre, en la Edad Media. Eran brillantes los dos. Me tuvieron cuando ya eran bastante mayores y fueron muy protectores conmigo, casi demasiado. Cuando les dije que quería estudiar Psicología y Sociología…

–Se lo tomarían casi tan bien como mi padre cuando le dije que dejaba las Fuerzas Aéreas para crear mi propia firma de inversiones.

–Supongo que fue algo parecido, sí. Fue como si les hubiera dicho que pensaba pasarme la vida haciendo castillos de arena en la playa.

–Pero eres feliz haciendo… Bueno, lo que sea que hagas –le dijo Travis sonriendo.

Jennie se echó a reír.

–Lo que hago es enseñar. Aún no soy profesora titular, pero…

De repente, vio que se desvanecía su bella y amplia sonrisa y una oscuridad llenó sus ojos.

–¿Cariño, estás bien?

–Sí, no es nada.

–¿Es tu cabeza? ¿Te vuelve a doler?

–No –repuso ella.

Pero vio que se le llenaban de lágrimas los ojos.

–Estoy bien. De verdad, estoy muy bien.

Le bastaba con ver su cara para saber que estaba sufriendo. Cuando las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas, sacó la cartera y dejó un montón de billetes sobre la mesa. Después, la ayudó a salir del restaurante, la llevó a su propio piso y la sostuvo entre sus brazos.

Más tarde, hicieron el amor una vez más. No se detuvo hasta conseguir que las lágrimas de dolor se transformaran en lágrimas de alegría.

Capítulo 9

TRAVIS quería que Jennie se quedara a pasar la noche con él, pero ella le dijo que no podía.

–Tengo que irme a casa –le dijo ella mientras yacía en sus brazos en una tumbona de la terraza.

–Es casi medianoche. Así que es casi el domingo y nadie tiene nada que hacer los domingos.

Jennie se echó a reír.

–Lo dices con tanta lógica…

–Es que es una cuestión de lógica. ¿Diría un matemático algo que no lo fuera?

–En realidad, no eres un matemático, sino un mago de las finanzas, alguien que juega en Bolsa. ¿Qué hay de lógica en ese mundo?

Travis se llevó la mano al corazón con dramatismo.

–Has conseguido herir mis sentimientos.

Jennie volvió a reírse.

–No, de verdad. Tengo que irme a casa.

–¿Por qué?

A él aún le sorprendía que de verdad quisiera tenerla allí tanto tiempo como pudiera.

–¿Tienes que darle de comer al gato?

–Ya me gustaría… –repuso Jennie con algo de nostalgia.

–¿Te gustan gatos?

–Me gustan todos los animales, pero nunca tuve mascotas. Mi madre no quería tenerlas por miedo al desorden y la suciedad que creaban y, cuando me fui a estudiar a la universidad, estaba prohibido tener animales en la residencia.

Travis recordó entonces el perro que se había encontrado abandonado en el campus durante su primer año de carrera. Lo había recogido y se lo había llevado a su residencia. El director le había dicho que no estaba permitido tener mascotas, pero él lo había metido en su habitación y lo había escondido allí durante unas cuantas semanas, hasta que pudo llevarlo a El Sueño.

Pero sabía que Jennie nunca habría hecho algo así. Era una buena chica, no se saltaba las normas. Excepto a la hora de entrar en un bar con la clara intención de conocer a un hombre y llevárselo después a su casa para perder la virginidad.

No entendía por qué había hecho algo así. No tenía nada que ver

con su personalidad. Ya la conocía mejor y le costaba imaginarla haciendo algo tan temerario.

Estaba seguro de que había tenido alguna razón para hacerlo. Algo le decía que Jennie mantenía parte de sí misma en secreto y le preocupaba.

–Travis –le dijo ella en voz baja–. Estás muy serio. ¿En qué estás pensando?

–Estoy tratando de encontrar la manera de convencerte para que te quedes.

Jennie quería quedarse a pasar la noche con él, lo deseaba más que nada en el mundo. Ya llevaba horas sin dolor de cabeza, pero podía volver en cualquier momento.

El médico le había aconsejado que llevara siempre los medicamentos encima, pero no quería tener que vivir atada a una caja llena de pastillas y cápsulas. Eso habría sido un recordatorio constante de lo que le estaba sucediendo y no estaba preparada para eso.

Aún no.

–Ahora eres tú la que se ha puesto seria –le dijo Travis dándole un beso en la nariz.

Jennie forzó una sonrisa.

–Estoy pensando.

–Un hábito muy peligroso –le dijo Travis sonriendo–. A no ser que estés pensando en cambiar de opinión y quedarte aquí conmigo.

Sintió una oleada de emoción naciendo en su interior al oír sus palabras. La verdad era que no quería irse de su lado. No quería irse nunca. Creía que nadie en su sano juicio dejaría a un hombre como Travis.

Y menos aún cuando comenzó a besarla y a acariciarla por debajo de la camiseta que le había dejado él. Contuvo la respiración cuando empezó a jugar con sus pezones.

–Travis…

–¿Qué? Solo pretendo ayudarte a pensar en alguna razón para quedarte.

No pudo evitar echarse a reír.

–Eres una muy mala influencia para mí –le dijo ella.

Pero no era verdad. Travis era todo lo contrario. Nunca había sido tan feliz ni se había sentido tan viva...

Se le llenaron de lágrimas los ojos. Trató de apartar la cara antes de que la viera, pero no fue lo suficientemente rápida.

–Cariño. ¿Qué te pasa?

–Nada, es la alergia –le dijo con una sonrisa–. Nada que deba preocuparte.

Y creía que eso era verdad, no había nada de lo que preocuparse, porque no había nada que hacer. No podía cambiar el destino ni podía

cambiar su vida.

Y tampoco podía cambiar lo que estaba pasando en su corazón.

–No te vayas –le pidió Travis una vez más.

«Haz lo que te dice el corazón», le susurró esa voz que tenía en la cabeza, su álter ego.

Y lo que le decía su corazón era que se quedara entre los brazos de Travis.

A la mañana siguiente, Travis fue al baño aún medio dormido, hizo lo que tenía que hacer y se lavó las manos. Tomó la toalla de lavabo para secarse, pero se encontró de repente con algo pequeño y sedoso que le hizo abrir los ojos de golpe.

Eran las braguitas de Jennie.

Supuso que las habría lavado la noche anterior y las había dejado allí para que se secaran.

No podía dejar de mirar la delicada prenda.

Era un detalle tan poco sofisticado… Representaba a la perfección cómo era Jennie.

Una extraña sensación se apoderó de él.

Pocas mujeres habían pasado la noche allí y, si habían olvidado algo, había sido un pintalabios o un estuche de maquillaje. Nunca había conocido a nadie como ella.

Le gustaba ver su ropa interior en el baño.

Y le encantaba verla a ella en su cama.

Sabía lo suficiente de la vida para darse cuenta de que eso era peligroso para la estabilidad y la cordura de un hombre.

Decidió que ya había llegado el momento de que Jennie se fuera.

Había pasado allí la noche y habían hecho el amor varias veces.

Pensaba preparar café para los dos y llevarla después a su casa. Después, dejaría que pasaran al menos un par de días antes de llamarla e invitarla a cenar o al cine.

Creía que era un buen plan, pero se vino abajo en cuanto entró en la habitación y la vio.

Acababa de despertarse. Tenía el pelo revuelto y lo miraba con gesto soñoliento y una sonrisa.

–Buenos días –le dijo Jennie en voz baja.

Travis sacudió la cabeza mientras iba hacia la cama.

–Aún no es un buen día. No lo es hasta que no realicemos el importante ritual de cada mañana.

Jennie lo miró con el ceño fruncido.

–¿A qué ritual te refieres?

–A este –le dijo mientras la abrazaba y besaba suavemente sus labios.

Y Jennie le devolvió el beso con tanta ternura que sintió que le crecía el corazón dentro del pecho.

Pasaron la mañana leyendo el periódico y comiendo las tortitas que había preparado Jennie.

Le había costado encontrar todos los ingredientes necesarios, Travis tenía la nevera casi vacía. Además de leche, huevos y queso, solo vio varios paquetes de comida preparada que llevaban demasiado tiempo olvidados allí.

–¿Qué quieres que te diga? –le dijo Travis mientras ella tiraba la comida en mal estado a la basura–. Lo de cocinar no es lo mío.

Pero, por lo que había visto, sí le gustaba mucho el café. Tenía un par de paquetes de café en grano en el congelador, un molinillo y la cafetera con más botones que había visto en su vida.

Aunque le parecía exagerado, le dijo a Travis que le gustaba saber que también él necesitaba café para empezar bien el día.

Se le acercó en ese momento por detrás, la abrazó y mordió suavemente su nuca.

–Pensé que lo que hicimos hace un rato era lo único que necesitábamos para empezar bien el día.

–¡Compórtate! –lo riñó ella.

Pero se relajó entre sus brazos y echó hacia atrás la cabeza para besarlo.

Después del desayuno, se ducharon de nuevo. El baño de Travis era lo bastante grande para que pudieran ducharse una docena de personas a la vez y eso fue lo que le dijo para burlarse de él. Travis la atrapó en sus brazos para hacerle pagar por su insolencia y le dijo que no era tan tonto como para compartir la ducha con tanta gente cuando ella era solo suya.

Lo había dicho en tono de broma, pero dejó de sonreír en cuanto las palabras escaparon de su boca. Y Jennie también se quedó muy seria.

–Solo mía –le dijo en voz baja mientras la miraba a los ojos.

Después, hicieron el amor contra la pared de la ducha y bajo una lluvia de agua caliente.

Travis quería salir con ella.

Bueno, lo que de verdad quería era volver a la cama con Jennie, pero también sabía que iba a disfrutar mucho caminando por las calles con ella a su lado.

Pensó en cosas que les habían gustado a otras mujeres con las que había estado y le hizo algunas sugerencias. Le preguntó si quería ir de compras y Jennie arrugó la nariz. Le dijo que podían ir a algún

mercadillo y ella hizo el mismo gesto. Tampoco le gustó la idea de dar un paseo por el parque.

–Hay algo… –comenzó ella con poco convencimiento.

–¿El qué?

–Nada, olvídalo. Es una tontería.

–No es una tontería si te hace feliz –le aseguró él mientras tomaba su mano y la besaba con ternura.

–Me encantaría ir al parque de atracciones –le dijo ella de pronto.

Se quedó perplejo.

–¿En serio?

Jennie asintió con la cabeza. Sonrió al ver que le brillaban los ojos.

–¿Podríamos ir? –le preguntó ella.

Travis sonrió, le pasó el brazo por los hombros y le dio un fuerte y sonoro beso en la mejilla.

–¡Eres la mujer perfecta!

Jennie no podía reprimir continuas exclamaciones de sorpresa y alegría mientras paseaban por el parque de atracciones de la mano. Todo lo que hacían y probaban parecía entusiasmarle. Y no podía dejar de mirar las atracciones.

–¿Podemos quedarnos a ver cómo funciona? –le preguntó más de una vez cuando veían una nueva noria o montaña rusa.

Le parecía imposible que todo aquello pudiera ser nuevo para ella.

Sonrió al ver cómo observaba con la boca abierta a la gente que reía y gritaba desde lo alto de una montaña rusa. No parecía ser consciente de que le estaba clavando las uñas en la mano.

–¿Nunca habías estado en un sitio como este?

Jennie negó con la cabeza, pero sin apartar los ojos de la atracción que estaban observando.

–No.

–¿No has estado ni siquiera en ferias? ¿No hay nada así en New…?

–A mis padres no les gustaban los parques de atracciones.

Frunció el ceño el ver que volvía a nombrar a unos padres que se habían disgustado cuando ella les dijo que no quería ser médico, abogada o contable.

–No les parecía buena idea que me montara en estas atracciones. Ya te dije que eran muy protectores.

Asintió con la cabeza mientras trataba de imaginar cómo habría sido crecer en un mundo tan cerrado y protegido.

–Sé que lo hacían por mi bien. Siempre trataban de evitar que hiciera cualquier cosa que pudiera ser peligrosa o arriesgada.

–Lo sé –le dijo Travis suavemente–, querían protegerte.

–Exacto. Pero…

–Pero la vida es corta.

Jennie lo miró de repente y vio que algo se oscurecía en sus ojos. Algo que no podía entender.

–Sí. Así es. Y cuando supe… Cuando me di cuenta de que era así, pensé que había aún tantas cosas que nunca había hecho, quería saber cómo era…

Entendió por fin por qué lo había hecho. Jennie había querido saber cómo era hacer el amor con alguien. No lo dijo ella, pero sí lo hizo él.

Jennie asintió con la cabeza.

–Quería saber cómo era acostarse con alguien –le confesó en voz baja–. Pero lo que he aprendido contigo tiene más que ver con hacer el amor que con el sexo. Y sé que no habría sido así si yo no te hubiera encontrado…

Se quedó callada un segundo.

–¡Dios mío! ¡Travis! No quería decir que… Sé que ha sonado como si quisiera… Pero…

La abrazó y le dio un beso en los labios.

La besó para contener sus palabras y no decirle lo que no podía imaginarse diciendo a una mujer a la que había conocido hacía solo una semana. De hecho, nunca se había imaginado diciéndoselo a ninguna mujer.

Su mente le decía que aquello no tenía sentido, pero cuando Jennie se derretía entre sus brazos como en esos momentos…

Todo había cambiado desde que la vio entrar en aquel bar y solo podía pensar en la alegría que sentía cuando estaba con ella.

Después de un tiempo, se dio cuenta de que a Jennie le bastaba con mirar las atracciones.

Le pareció lógico.

Para una mujer que no se había montado ni siquiera en una noria, las grandes atracciones del parque debían de parecerle enormes y muy peligrosas.

No le importó no montar en ninguna. Le bastaba con que estuvieran juntos para que el día fuera perfecto.

Sonrió al ver que Jennie se quedaba con la boca abierta cuando vio a alguien comiendo un enorme muslo de pavo como si fuera un hombre de las cavernas.

–¿Tienes hambre? –le preguntó–. Porque podrá elegir entre una variedad de deliciosos productos gourmet, señora. Por ejemplo, un muslo de pavo, un perrito caliente... Aunque, claro, no será como los que hacemos los hermanos Wilde.

Jennie se echó a reír. Le encantaba verla así. Había estado demasiado callada durante la última media hora.

–También puedes elegir pollo frito o hamburguesas. Casi todo lo que venden aquí es malo para tu salud, la verdad –prosiguió él.

–Quiero ir a la montaña rusa. A la de madera. ¿Sabes cuál? La que vimos hace un rato –le dijo ella con ilusión en los ojos–. ¿Nos subimos a ella?

–Pero, cariño. ¿Seguro que quieres comenzar con algo así? Hay atracciones más tranquilas…

Pero Jennie se puso a dar saltitos. Le recordó a su hermana Lissa, rogándole cuando solo tenía cuatro o cinco años que la dejara montar a caballo. No había podido decirle que no.

Y tampoco iba a poder decírselo a Jennie.

A Jennie le encantó la montaña rusa. No dejó de gritar y reír. Travis disfrutó mucho observándola. En esos momentos, no recordaba por qué había renunciado a seguir yendo al parque de atracciones cuando se hizo mayor. Era tan divertido como lo recordaba.

–¡Otra vez! –le pidió Jennie en cuanto se bajaron.

Y, por supuesto, volvieron a montarse.

Después de esa experiencia, Jennie quiso probar el resto de las atracciones. Y, si no se montaron en todas, les quedaron muy pocas.

–Bueno, ya basta, ¿no? –le dijo Travis mucho tiempo después mientras la tomaba de nuevo en sus brazos para besarla una vez más.

Le dijo que era hora de descansar un poco para comer y beber algo. No trataba de sobreprotegerla como habían hecho sus padres, pero en ese momento entendió cómo se habían sentido. Creía que alguien tan bueno y dulce como Jennie merecía ser protegido.

–Está bien –le concedió ella riendo–. Acabo de darme cuenta de que estoy muerta de hambre.

Comieron tacos, pollo frito y un muslo de pavo.

–Madre mía, no parece de pavo –le dijo Jennie probándolo–. Parece un muslo de brontosaurio.

Travis no podía dejar de sonreír.

Jennie vio un puesto de perritos calientes cerca de allí y recordó lo que le había contado Travis.

–¿Qué fue eso que me dijiste antes? ¿Los hermanos Wilde tenéis recetas propias?

–Sí, cuando éramos niños, nos encantaba preparar unos estupendos banquetes –le dijo riendo Travis–. Jake hacía sándwiches de queso fritos. Caleb era el que hacía los postres, nubes más quemadas que tostadas con chocolate y galletas. Y yo freía los perritos calientes. ¡Delicioso!

–Dios mío, has conseguido que no quiera comer nada más –le dijo ella con una mueca de asco.

–No me extraña que estés llena, has comido un montón –repuso Travis tendiéndole la mano mientras se levantaba–. Venga, vamos a comprar unas limonadas.

Encontraron un puesto donde pudieron comprar las bebidas y fueron a sentarse en el lugar más tranquilo que encontraron, en un banco que había bajo un árbol.

–Bueno, ¿cuál es su opinión profesional de los parques de atracciones, doctora Cooper?

Su sonrisa, que tanto había brillado durante las últimas horas, se apagó un poco.

–Aún no soy doctora –le dijo–. Tengo que terminar el doctorado.

–Pero lo harás –repuso él tomando con cariño su mano.

Jennie se encogió de hombros.

–Nunca se sabe.

–Bueno, es cierto. La vida es impredecible, pero…

–¡Hoy me lo he pasado de maravilla! –lo interrumpió Jennie–. Me han encantado todas esas atracciones. Ha sido tan emocionante… Uno pasa miedo a pesar de saber que son seguras.

–Así es. Has estado en todo momento a salvo. Son sitios seguros, así que puedes decirles a tus padres… –comenzó él antes de detenerse en seco–. ¡Oh, cariño! Lo siento, qué tonto. Se me olvidó que…

–No pasa nada –le dijo ella en voz baja–. Así es la vida. Uno nace, muere…

Jennie se quedó en silencio y le dio la impresión de que le temblaba un poco la mano.

–Bueno –anunció él con energía–. Vámonos de aquí. Hoy ya te ha dado mucho el sol y has tomado también bastantes riesgos para un solo día.

–No, no es así. Eso es lo que te estaba diciendo, que estas atracciones no son realmente peligrosas. Ha sido maravilloso –añadió Jennie–. Hoy me lo he pasado genial, pero no he hecho nada arriesgado. En cambio, tú sí lo has hecho, ¿verdad? ¿Alguna vez has hecho puenting?

–Sí, pero no es tan divertido.

–¿Y has esquiado, buceado, escalado una montaña, nadado con tiburones…?

–Jennie –la cortó él con más dureza de la necesaria–. ¿A qué viene todo eso?

–Quiero hacer algo arriesgado.

Apretó con impaciencia los labios.

–Bueno, ya lo hiciste cuando te vestiste como la otra noche y entraste en ese bar.

Jennie frunció el ceño y se levantó. Pero atrapó su mano antes de que se alejara.

–No lo decía como algo negativo –le susurró entonces–. Solo quería recordarte que podría haberte pasado cualquier cosa esa noche y no soporto la idea de que te pueda ocurrir algo malo –añadió mirándola a los ojos–. ¿Sabes que significas mucho para mí? ¿Tienes idea de lo importante que eres para mí? –le confesó con la voz cargada de emoción.

–Pero en realidad no me conoces, solo hemos estado juntos…

–Sé de sobra cuánto tiempo hemos estado juntos. Pero sé algo más también –le dijo sin dejar de mirarla–. Sé que lo que hay entre nosotros es mucho más que sexo.

Jennie sacudió la cabeza y trató de alejarse. Él no se lo permitió.

–Lo que quiero decir es que…

–Sé lo que quieres decir. Yo también… Yo también lo siento, Travis –le confesó Jennie con lágrimas que brillaban como estrellas en sus ojos–. No fue mi intención que esto sucediera, no pensé que pudiera encontrar a alguien como tú, alguien que me iba a dar tanta felicidad…

La besó suavemente. Solo sus labios se rozaron, era como si le diera miedo incluso respirar. No quería romper ese maravilloso y mágico momento.

Pero, mientras la besaba, le llegó el sabor salado de sus lágrimas.

Algo lo recorrió de arriba abajo, una emoción tan nueva e intensa que se sintió aturdido.

Le parecía imposible que su vida se hubiera trastocado tanto en solo una semana. Pero sentía de repente que sus prioridades habían cambiado por completo.

Le pasó el brazo por encima de los hombros y caminaron juntos hasta su coche.

Sabía que lo que estaba sintiendo era peligroso.

Pero había aprendido hacía años que era algo que pasaba con todo lo que de verdad valía la pena hacer o tener. Después de todo, la vida estaba llena de riesgos.

Lo que no había sabido hasta entonces era que un hombre podía llegar a ser tan afortunado como para encontrar en su camino un riesgo tan especial que tenía el poder de cambiar su vida para siempre.

Capítulo 10

HABÍA pasado ya casi un mes desde aquel día en el parque de atracciones y Travis seguía pensando en los riesgos que merecía la pena tomar en la vida.

Pero el riesgo al que se enfrentaba en ese momento no tenía nada que ver con aquellos a los que se había enfrentado de pequeño. Había sido un niño bastante salvaje, como sus hermanos. Pero ninguno de ellos había hecho nada cruel o estúpido y sus vidas se habían canalizado hacía actividades bastante positivas.

Jake había pilotado helicópteros de guerra y era en esos momentos el encargado de El Sueño y también tenía su propio rancho.

Caleb había trabajado en el servicio secreto para el gobierno, pero lo había dejado para ejercer como abogado en un importante bufete.

Y él había pasado de volar aviones a dedicarse a las inversiones y a las finanzas.

Los tres habían elegido actividades arriesgadas, pero era un riesgo controlado.

Al menos hasta ese momento de su vida, que había dejado de ser previsible.

Y creía que aceptar lo que sentía por Jennie, y lo que creía que ella sentía por él, suponía el mayor riesgo al que iba a enfrentarse.

Nunca había tenido a nadie tan importante en su vida. Había tenido otras historias, pero muchas habían sido mujeres que se habían dejado llevar por el glamour de estar con un piloto de cazas o con un financiero de éxito. Nunca había llegado a imaginar un futuro con ellas ni habían formado parte de su día a día, de su vida real.

Jennie, en cambio, ya era parte de su vida real. No era solo su amante, sino también su amiga. E incluso su compañera de piso. Tenía su cepillo de dientes junto al de él en el baño.

Aún no terminaba de creerse que estuvieran viviendo juntos. Durante las últimas tres semanas y media, no habían estado separados más de unas pocas horas cada día.

El que estaba asumiendo en esos momentos era un tipo de riesgo muy diferente. Se trataba de cambiar totalmente de vida. Ya no pensaba solo en él.

Miró por la ventana de su despacho. Era una mañana gris y lluviosa.

Estaba haciendo algo que nunca se habría imaginado que llegaría a hacer. Estaba viviendo con una mujer. Era algo que se le había pasado

por la cabeza en otras ocasiones, pero pocas veces, y nunca al inicio de una relación…

Porque, aunque le costara admitirlo, lo que tenía con Jennie era una relación.

Y le encantaba. Le gustaba verla en su casa cada noche y comenzar cada día con ella.

Se levantó, metió las manos en los bolsillos y comenzó a dar vueltas por su despacho.

Hasta ese momento, nunca había deseado vivir con una mujer. La pasión de los primeros encuentros se iba desvaneciendo y la situación terminaba por perder atractivo para él.

No había sido culpa de sus amantes, creía que no era culpa de nadie. Había estado convencido de que el hombre no estaba hecho para la monogamia.

Se detuvo frente al gran ventanal y contempló las vistas que tenía de todo Dallas.

Pero acababa de darse cuenta de que ese hombre, Travis Wilde, estaba hecho para Jennie.

Se quedaban dormidos abrazados y se despertaban la misma manera. Comían juntos, hablaban de cosas mundanas y de cosas trascendentales. Unas noches salían, otras se quedaban en casa escuchando música, haciendo el amor…

Le encantaba.

Le gustaba especialmente volver a casa y encontrarse con su bella sonrisa. Era todo lo que necesitaba para olvidarse del trabajo por muy duro que hubiera sido el día.

Jennie llevaba casi un mes viviendo con él y seguía siendo excitante y divertido.

Y había mucho más. Estar con ella había llenado su vida de alegría.

Todo había empezado de una manera espontánea, cuando regresaron a casa aquel domingo después de pasar el día en el parque de atracciones.

Antes se habían parado a cenar en un pequeño restaurante tailandés que conocía él y había descubierto entonces que Jennie nunca había probado ese tipo de comida.

Le había parecido imposible que hubiera pasado los años en la universidad sin cenar *pad thai* o *tom yum goong* a menudo. Pero recordó lo excesivamente protectores que habían sido sus padres. La habían educado para que fuera siempre cautelosa.

Travis le había preguntado entonces entre risas si tenía alguna petición más para él, si quería que le enseñara algo más. Jennie se puso seria y le dijo que, si se le ocurría algo, se lo diría.

Se comportaba casi como si tuviera una lista en la cabeza con todas las cosas que no había hecho nunca y quería hacer. Casi como si fuera

una octogenaria que quisiera probarlo todo antes de que fuera demasiado tarde.

Supuso que era simplemente una mujer que estaba aprendiendo a vivir la vida más plenamente.

Esa noche, él había pedido los platos para los dos y disfrutó mucho observándola mientras lo probaba todo por primera vez.

–¡Me encanta! Esta comida es maravillosa.

«Tú sí que eres maravillosa», había pensado él sin poder dejar de mirarla.

Habían tenido una cena muy agradable, compartiendo la comida, hablando de todo y de nada. Cuando salieron del restaurante, la acompañó hasta su pequeño apartamento.

–No quiero irme y dejarte aquí –le había confesado él cuando llegaron a su puerta.

–Yo tampoco lo quiero –le había contestado ella en voz baja–. ¿Por qué no entras y te quedas un rato?

–Tengo una idea mejor –había anunciado él sin pensárselo dos veces–. Mete en una bolsa lo que vayas a necesitar mañana y ven a casa conmigo.

Jennie se había quedado callada unos segundos. Lo suficiente para el corazón de Travis dejara de latir.

–No puedo –le había dicho finalmente ella.

–¿Cómo que no? Puedes hacer lo que quieras, todo lo que te haga feliz –le había contestado él en voz baja–. A no ser que estar conmigo no te haga feliz, claro.

Después de unos segundos más en silencio, Jennie se había puesto de puntillas para besarlo.

Entraron en su piso y ella metió la ropa que se iba a poner al día siguiente en una bolsa de viaje junto con algunos productos de aseo. Recogió también el maletín con su ordenador portátil, un par de libros y una carpeta con apuntes.

–Ya está –le había dicho ella.

Y él, otra vez sin planificarlo ni analizarlo, le sugirió que añadiera algunas cosas más por si luego decidía quedarse unos días.

–¿Acaso me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo? –le había preguntado Jennie después de quedarse unos momentos en silencio.

–Sí –le había contestado él con una franqueza que no solía tener con las mujeres.

Y Jennie no había vuelto a su apartamento desde aquella noche, excepto cuando la llevaba él de vez en cuando para que pudiera recoger más cosas.

Había tratado de llevarla de compras. A los grandes almacenes de Neiman Marcus, por supuesto, pero ella no le había dejado que lo hiciera. Era una mujer independiente y se negaba a que él le comprara

nada, así que se limitaba a hacerle regalos sorpresa.

Como había hecho la noche anterior, cuando le entregó una caja de joyería mientras cenaban en el restaurante tailandés. Ese sitio se había convertido rápidamente en uno de sus favoritos.

Jennie había abierto la caja y se había quedado sin aliento al ver la pulsera de oro y brillantes.

–¡Travis! No puedo…

–Sí puedes. Además, no la puedo devolver –se había apresurado a decirle él–. En la joyería donde la compré no aceptan devoluciones. Lo siento.

Jennie le había dedicado una dulce sonrisa.

–Eres un mentiroso, pero me encanta –le había dicho–. Gracias.

–De nada.

Y en ese momento, sin saber por qué, se había imaginado a Jennie abriendo una cajita de joyería más pequeña y descubriendo que contenía un anillo de compromiso.

Su comida había llegado en ese momento y pasaron el resto de la cena conversando. En realidad, él había hablado más que ella. Le había contado cómo era Wilde's Crossing y el rancho de su familia. Le dijo también que había un terreno a la venta y que estaba pensando en comprarlo.

–Me encanta lo que hago –le había dicho–. Y creo que seguiré haciéndolo, pero llevo la ganadería en la sangre.

–Debe de ser por tu ADN vikingo –le había contestado ella con seriedad.

Su comentario le hizo sonreír. Sabía que estaba burlándose de él, pero no le importaba.

Sin pensárselo dos veces, fue preguntándole sin que pareciera intencionado si le gustaban el campo, los caballos, los perros y los niños. Esos eran más o menos los elementos básicos de la vida en un rancho texano.

No pudo evitar contener la respiración mientras esperaba a que le respondiera.

–Crecí viendo viejas películas de John Wayne –le había dicho ella–. Mi padre las tenía todas. Recuerdo que entonces trataba de imaginar lo maravilloso que debía de ser salir a montar a caballo y cabalgar durante largo rato sin alcanzar nunca los límites de tus propios terrenos. Y poder después volver a una casa llena de amor y risas, a los brazos del hombre de tu vida…

Su voz había temblado en ese instante y había visto una nube negra en sus ojos.

Había estado a punto de decirle que podía tener todo eso si se casaba con él, pero un restaurante lleno de gente no era que el mejor sitio para decirle por primera vez a una mujer que la amaba.

Además, le había preocupado la expresión de su rostro. Sabía que le pasaba algo, que tenía un secreto y que no era nada bueno.

Era algo que ya había sentido antes, pero nunca la había presionado para que se lo contara. Había creído entonces que ella tenía derecho a su independencia y que no debía meterse en su vida. Pero las cosas habían cambiado.

Sabía que Jennie guardaba un secreto que la hacía infeliz y había llegado el momento de saber lo que era para poder ayudarla. Quería dejarle claro a Jennie que, fuera lo que fuera, podía confiar en él.

Porque la amaba. Con todo su corazón.

Y sabía que ella también lo amaba.

Podía verlo en su sonrisa, notarlo en la forma en la que se acurrucaba entre sus brazos por la noche y en cómo lo besaba por la mañana.

Creía que había llegado el momento de decirle con palabras lo que sentía.

Pensaba hacerlo esa noche, iba a decirle que la amaba.

Y cuando ella le dijera que sentía lo mismo por él, le pediría que le contara de una vez lo que le estaba causando tanta angustia.

Sus dolores de cabeza, aunque fueran muy fuertes, no llenaban de tristeza sus ojos como lo hacía ese secreto que guardaba. Pero había notado que sus migrañas eran cada vez más frecuentes. Y, la noche anterior, un sonido ahogado lo había despertado.

Había notado entonces que estaba solo en la cama y había ido deprisa al cuarto de baño.

Se le había encogido el corazón al verla sentada allí, muy pálida y sin poder dejar de temblar.

–Cariño, ¿qué te pasa? ¿Es la cabeza?

–Sí –había susurrado Jennie.

Le preguntó si se había tomado ya las pastillas y ella asintió con la cabeza.

–¡Voy a llamar a mi médico! –le había anunciado él con decisión.

–¡No! ¡No necesito un médico! –había contestado Jennie agarrando su brazo para detenerlo.

No había querido disgustarla, así que se había limitado a llevarla en brazos a la cama. Le había puesto en la frente una toalla con agua fría y la había abrazado hasta que se había dormido.

Si Jennie no quería ver a su médico, no podía obligarla a hacerlo, pero su médico era además uno de sus mejores amigos. Había ido al instituto con Ben y después, habían estado en la misma universidad, donde su amigo había hecho Medicina y él, Ingeniería Aeroespacial.

Decidió ir a verlo para hablarle de Jennie y comentarle los medicamentos que estaba tomando. Esperaba que pudiera aconsejarlo y hubiera algo mejor y más eficaz para sus migrañas.

No podía dejar que la mujer a la que amaba siguiera sufriendo de esa manera...

La mujer a la que amaba.

Era increíble ser consciente de lo que sentía por ella. Estaba deseando decírselo…

Su teléfono móvil sonó en ese momento y contestó sin mirar la pantalla.

–¿Cariño?

–¿Cariño? –lo imitó su hermano Jake–. ¿Tanto me quieres?

Travis frunció el ceño y se sentó de nuevo a la mesa.

–Jake, ¿qué pasa?

–Bueno, bueno. Con lo bien que había empezado la conversación. Me vas a romper el corazón.

No pudo evitar echarse a reír.

–Muy bien, empecemos de nuevo. Hola, Jake. Me alegra que me hayas llamado. ¿Cómo va todo?

–Muy bien. Es viernes y se me ha ocurrido que estaría bien que quedáramos los tres en ese sitio cerca de la oficina de Caleb.

–Sí, lo sé. Lo siento, pero…

–Travis, fuiste tú quien nos acusó de no tomarnos la noche de los viernes en serio. Pero Caleb y yo nos vimos la semana pasada y también la anterior. Tú fuiste el que faltó en esas dos ocasiones.

–Lo sé, pero esta noche tengo algo que hacer...

–¿Tiene algo que ver con «cariño»?

Travis respiró hondo. Supuso que ya había llegado el momento de hablarles de ella.

–De acuerdo, allí nos vemos –le dijo–. Pero no puedo quedarme mucho tiempo. Tengo que volver pronto a casa... Donde me espera Jennie.

–¿Quién?

–Se llama Jennie y supongo que ha llegado la hora de que os cuente quién es.

Jake se quedó unos segundos en silencio.

–Me encantará escucharlo.

Se despidieron y a Jake le faltó tiempo para llamar a Caleb.

–No te lo vas a creer, pero parece que Travis está enamorado.

–¿Qué?

–Sí, me ha dicho que se pasará esta noche para vernos, pero que no se va a quedar mucho tiempo porque tiene una mujer que lo espera. En casa.

Después de un momento de silencio, Caleb Wilde se echó a reír.

–No me lo puedo creer.

Jake sonrió.

–Lo mismo me pasó a mí.

Unas horas más tarde, Travis no podía dejar de dar vueltas por el salón de su ático.

Había vuelto a casa antes de lo normal y Jennie aún no estaba allí. Los viernes salía más tarde y aún iba a tardar media hora en llegar, lo que le daba a él tiempo más que suficiente para volverse loco pensando en lo que iba a hacer esa noche.

Lamentaba haberle prometido a Jake que iba a salir con ellos.

Su plan había sido contarle a Jennie esa misma noche que la amaba y no quería dejarla en casa sola después de confesarle sus sentimientos.

Se le ocurrió entonces llevarla con él y presentarle a sus hermanos, pero...

Tampoco esa idea le gustaba.

Lo que quería era decirle lo que sentía y rogarle que le confesara por fin ese secreto que conseguía robarle la alegría tan a menudo.

Desesperado, se pasó las manos por el pelo.

Oyó de repente el ascensor. Pocos segundos después, las puertas se abrieron y apareció Jennie.

–Cariño –comenzó él.

Pero se detuvo al ver la expresión de dolor en su cara. Olvidó en ese instante sus problemas, corrió hacia ella y la abrazó.

–Jennie, ¿qué te pasa?

–Nada.

Pero sabía que estaba mintiendo. Podía verlo y podía sentirlo. Estaba temblando. La ayudó a sentarse en uno de sus grandes sofás de cuero. Se sentó a su lado y la abrazó con fuerza.

–Cariño, no te cierres así, sé que hay algo que te impide…

–Te quiero –le dijo entonces Jennie–. Sé que no debería decirte algo así, pero…

Sintió que su corazón daba saltos de alegría en ese instante.

–Jennie, mi querida Jennie. Yo también te quiero.

–He estudiado la dinámica de las relaciones y…

De repente, se quedó callada.

–Un momento, ¿qué has dicho?

–Que te quiero. Te amo con todo mi corazón y quiero casarme contigo, Jennie. Quiero que tengamos niños, que criemos caballos y nos hagamos viejos juntos...

De repente, un sollozo escapó de su garganta.

–¡No! No puedo –susurró Jennie mientras se levantaba del sofá–. No puedo casarme contigo.

–Claro que puedes.

Ella negó con la cabeza.

–No, no lo entiendes. Hay algo que… Algo que no te he dicho. Debería haberlo hecho, sé que debería haberlo hecho, pero…

Travis se levantó y la abrazó con ternura.

–Sea lo que sea –le dijo–, haremos frente juntos al problema.

–No podemos, Travis.

–Claro que sí. Puedo hacerlo, Jennie. Si es un problema legal, nos ayudará Caleb. Si es algo de tu pasado… Sea lo que sea…

–Estoy enferma, Travis.

–Lo sé, tienes migrañas. Nos ocuparemos también de ellas. Mi médico…

–Travis –comenzó Jennie respirando hondo–. Tengo… tengo...

Cerró los ojos un instante y los abrió de nuevo para mirar a Travis.

–Tengo un tumor –le susurró Jennie–. Está en mi cerebro.

Travis se quedó mirándola mientras trataba de procesar sus palabras.

–¿Un tumor? Pero…

–Está en mi cerebro –repitió Jennie–. Llevo meses con él y ha ido aumentando de tamaño. Los síntomas…

–¿Los dolores de cabeza? –preguntó él con voz ronca.

Jennie asintió.

–Travis, cariño. Me estoy… Me estoy muriendo.

Sintió que todo empezaba a dar vueltas a su alrededor. Temió desmayarse. Pero no podía, tenía que ser fuerte por Jennie.

Además, creía que no podía ser cierto y se lo dijo. Pensaba que su médico se había equivocado con el diagnóstico.

Pero Jennie fue a buscar su maletín y le enseñó la carpeta en la que guardaba todos los informes médicos, los resultados de los análisis...

Le dijo entonces que no se podía confiar en unas pruebas hechas solo en un hospital.

Jennie extendió todos los informes que tenía sobre la gran mesa del comedor. Habían repetido las pruebas en tres centros médicos diferentes. Y los tres eran hospitales de mucho prestigio.

Travis se quedó mirando los papeles. Sintió una especie de mano helada apretando su corazón.

–¿Por qué no me lo dijiste? –le preguntó unos minutos después.

–Debería haberlo hecho, lo sé. Tenías derecho a saber la verdad antes de involucrarte…

La abrazó con fuerza y la hizo callar con un beso lleno de amor, pero también de miedo y desesperación.

–Te amo –le dijo mirándola a los ojos–. ¡Te amo! ¿Crees que saber esto me habría impedido enamorarme de ti?

Jennie se echó a llorar y le entraron ganas de llorar con ella, pero su mente no descansaba. Necesitaba un plan y no tardó más de unos minutos en diseñar uno.

–Conozco a gente en Alemania. También en el Reino Unido… De hecho, tengo contactos en todo el mundo. Volaremos a Europa y…

–Travis, mi amado Travis –lo interrumpió ella con voz temblorosa–. Se acabó, cariño. Acabo de hablar con mi médico y dice que…

Travis dio un puñetazo en la mesa.

–¡Me importa un comino lo que diga tu médico! No voy a dejar que ocurra. Me niego a dejar que suceda. Te quiero… Te quiero, amor mío.

Jennie se puso de puntillas y lo besó. Lo besó una y otra vez, hasta que él respondió.

–Hazme el amor –le suplicó Jennie–. Ahora.

Lo hicieron allí mismo, en el salón. Y Travis le dio toda su pasión, su ternura… la amó con todo su ser.

Jennie hizo lo mismo.

Cuando terminaron, ella se quedó dormida en sus brazos. La abrazó con fuerza contra su torso, podía sentir los latidos de su corazón y el calor de su aliento.

–No voy a dejar que te mueras –le dijo en voz baja y con decisión–. No dejaré que suceda.

Unos minutos después, agotado, se quedó dormido...

Y soñó.

Travis soñó que Jennie estaba de pie junto a él y se inclinaba para hablarle. Estaba llorando.

–Adiós, amor mío –le susurró ella mientras besaba su frente–. Adiós.

Se movió con inquietud y se despertó poco después.

Estaba solo.

–¿Jennie?

Fue de habitación en habitación. No había rastro de ella.

Sintió una oleada de pánico recorriendo su ser.

La llamó a su teléfono móvil, pero no contestó.

Bajó corriendo al garaje y condujo hasta su apartamento, pero tampoco estaba allí. Fue después a su despacho en la universidad y obtuvo el mismo resultado. Nada.

Cada vez estaba más asustado, no sabía dónde podría haberse metido.

Volvió a su ático conduciendo como un loco y miró de nuevo en todas las habitaciones, aunque ya lo había hecho antes.

Trató de calmarse un poco para poder usar la cabeza. Recordó la mujer con la que la había visto en el restaurante aquella noche.

«¿Cómo se llamaba? ¿Edna? ¿Barbara? No, ¡Brenda! Pero, ¿cómo voy a encontrar a una mujer llamada Brenda en una ciudad del tamaño de Dallas?», se dijo con desesperación.

Tenía que haber alguien que supiera dónde estaba Jennie.

Pensó entonces en su médico. Creía que él lo sabría, pero no sabía quién era ni en qué clínica trabajaba. Lamentó en ese instante tener tan poca información.

Pensó que quizás Jennie tuviera una agenda o calendario donde apuntara esas cosas. Miró entre sus cosas, pero no encontró nada.

Se acordó entonces de los medicamentos que tomaba, en esos botes podría encontrar una etiqueta con el nombre del médico. Siempre llevaba pastillas en una pequeña cajita que metía en el bolso, pero el resto estaba en el botiquín del baño.

No tardó en encontrarlos, pero las etiquetas solo especificaban la dirección y el número de teléfono de la farmacia donde las había comprado. Llamó y habló con varios empleados hasta que le pusieron con la encargada, pero se negó a darle el nombre del médico. Entendía que protegieran la privacidad del paciente, pero estaba desesperado.

Sabía que tenía que haber una manera de dar con esa información...

Se acordó entonces de su amigo, Ben Steinberg. Creía que él sí conseguiría que la farmacia le diera el nombre del médico al que iba Jennie.

Sacó su móvil para llamarlo, pero cambió de opinión y fue directamente a su clínica para hablar con él en persona. Se encontró a Ben saliendo del edificio.

–¡Ben, cuánto me alegro de verte! Te necesito.

–¿Travis? ¿Estás enfermo?

–No. No soy yo. Tengo una amiga que está enferma. Mi amiga... –le explicó casi tartamudeando–. En realidad no es solo mi amiga, es la mujer a la que amo. Tiene terribles dolores de cabeza...

–¡Ah! –exclamó Ben sonriendo–. Bueno, dile que llame a la clínica para pedir hora y…

–No, no lo entiendes.

Ben lo miró entonces con más atención.

–Tienes mala cara… –le dijo en voz baja–. Venga, vamos a mi despacho y me cuentas.

Travis le explicó a su amigo lo que le pasaba a Jennie y por qué estaba tan preocupado. Cuando terminó, Ben lo miró con el ceño fruncido.

–¿Te dijo qué tipo de tumor cerebral tiene?

Travis negó con la cabeza.

–Lo único que me dijo es que… Que se está…

Ben asintió.

–Sí, lo sé. Y entiendo que tengas que encontrarla, pero no sé cómo puedo ayudarte.

–Tengo que encontrar a su médico. Tal vez él pueda decirme dónde se ha metido –repuso Travis mientras sacaba del bolsillo un frasco de pastillas y se lo entregaba–. Llama a su farmacia, a mí no quieren darme el nombre del médico, pero a ti sí te lo dirán.

Ben asintió de nuevo. Le estaba pidiendo algo que no era demasiado ético y que ponía en peligro el derecho a la confidencialidad del paciente. Esa mujer, Jennifer Cooper, parecía tener muy claro que no quería que el hombre que la amaba estuviera a su lado cuando muriera.

Pero, al final, cuando llegó el momento de tomar una decisión, se dejó llevar por el miedo y la desesperación que vio en los ojos de un viejo amigo.

Después, sacó su teléfono para hacer una llamada.

Capítulo 11

AL final, tampoco el médico de Jennie le ayudó a dar con ella. Peter Kipling no sabía dónde podría haberse metido.

–Si lo supiera, no te diría dónde está. No puedo romper el derecho a la confidencialidad del paciente, pero al menos te diría si está a salvo –le dijo el médico.

Pero Travis estaba convencido de que Jennie no estaba a salvo. Sabía que su Jennie estaba desesperada y sola. Además de sufrir fuertes dolores de cabeza y tener que sobrellevar el peso de vivir con una sentencia de muerte.

Horas más tarde, llegó agotado al bar donde había quedado con sus hermanos.

Lo vieron entrar por la puerta y le hicieron un gesto con la mano. Pero se quedaron muy serios al ver la cara que tenía. Era como si hubiera envejecido de repente una docena de años.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó Jake–. ¿Estás enfermo?

–No, no estoy enfermo. Es mi Jennie la que está enferma.

Sus hermanos se miraron entre ellos, les había sorprendido mucho que se refiriera de esa forma a esa mujer a la que aún no conocían.

–Y no está en ninguna parte –les dijo Travis dejándose caer en una de las sillas–. La he estado buscando durante horas, pero no puedo encontrarla.

Caleb y Jake volvieron a intercambiar otra mirada. No sabían si se trataba de una pelea sin importancia o de algo más serio.

–Mira, si no te quiere ver ahora mismo… –comenzó Jake.

–Se ha ido, Jake. Ha desaparecido –repuso Travis.

–¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?

–Ha desaparecido –repitió Travis con cansancio mientras se pasaba la mano por los ojos–. No puedo encontrarla por ningún sitio.

–Aún tengo contactos –le dijo Caleb–. En la policía. Y también conozco a detectives en los que confío plenamente…

–No, no lo entendéis –lo interrumpió Travis.

–No –repuso Jake con amabilidad–. No lo entendemos. ¿Por qué no nos lo explicas?

Travis agarró la botella de cerveza que Jake tenía frente a él y tomó un buen trago. Después, miró las caras de preocupación de sus hermanos y les contó lo que le pasaba.

Cuando terminó, se quedaron los tres en silencio. Ni Jake ni Caleb

parecían saber qué decir.

–No sabes cuánto lo siento, Travis –le dijo Caleb después de un rato.

Jake asintió con la cabeza.

–Pero ahora tenemos que centrarnos en hacer algo para ayudar a… A tu chica.

–Jennie –repuso Travis–. Se llama Jennie.

–Sí, Jennie. Por supuesto –dijo Caleb–. Necesito que me digas su nombre completo, su número de móvil, su dirección, el nombre de su departamento en la universidad...

Travis negó con la cabeza.

–Ya os he dicho que tiene el teléfono apagado. No está en su apartamento ni en su despacho. Se ha ido.

–Lo sé, lo entiendo –insistió Caleb–. Aun así, dame la información. Dime todo lo que sabes de ella, los sitios que le gustan, la gente a la que conoce, de dónde es...

–Está bien –respondió Travis con una triste sonrisa–. Al menos así sentiré que estoy haciendo algo.

–Dame también el nombre de su médico y su teléfono –le dijo Caleb sacando una pequeña libreta y un bolígrafo del bolsillo–. Y también el de Ben, hace años que no hablo con él.

Travis asintió mientras anotaba en la libreta todo lo que Caleb le había pedido.

–Travis, cuando estuve hospitalizado en Washington hice algunos amigos entre los otros pacientes. Uno de ellos era un soldado que tenía un tumor cerebral –comenzó Jake.

–El de Jennie es inoperable. Los resultados…

–Sí. También lo era el de él, pero su familia encontró un neurocirujano que lo vio. A la semana siguiente, se lo llevaron del hospital. No sé a dónde lo llevaron, pero nos visitó un par de meses más tarde y parecía un hombre nuevo.

–Jake. ¿Qué tiene eso que ver con…?

–Puede que nada. Pero puede que sea la solución. Aún tengo el teléfono del soldado, voy a llamarlo para que me hable de ese cirujano.

–Ben me ha dicho que el neurólogo que trata a Jennie es el mejor de Dallas –le dijo Travis.

–Aun así, voy a llamar a mi amigo, ¿de acuerdo?

Travis asintió, pero había desaliento en sus ojos.

Se quedaron de nuevo en silencio.

Después, Caleb dio un golpe en la mesa y se puso de pie.

–¡Bueno! Pongámonos en marcha.

Jake también se levantó y lo mismo hizo Travis. Miró a uno de sus hermanos y después al otro.

–Me siento tan inútil... –les dijo con la voz quebrada–. Tiene que

haber algo que pueda hacer.

–No –le dijo Jake–. Vete a casa, come algo, duerme un poco. Necesitas mantenerte fuerte, Travis. Hazlo por Jennie. Y quédate allí por si ella decidiera volver.

–¡Dios mío, es verdad! No se me ocurrió… –susurró Travis–. Llamadme los dos, ¿de acuerdo? Aunque sea para decirme que no habéis averiguado nada. Llamadme.

Caleb y Jake le dieron un fuerte abrazo.

–No pierdas la esperanza –le dijo Caleb en voz baja.

–Eso es –añadió Jake–. No vamos a dejar que le pase nada.

Travis asintió con la cabeza, pero todos sabían la verdad.

Gracias a sus contactos, Caleb consiguió encontrar a Jennie en menos de dos horas y llamó a Jake con la noticia mientras conducía hacia el ático de Travis.

–Está ahora mismo en un vuelo a Boston, donde tomará otro avión para ir a Manchester, en New Hampshire –le dijo a su hermano en cuanto descolgó.

–Excelente –respondió Jake–. Va a estar muy cerca del hospital Memorial de Boston.

–¿Qué pasa en ese hospital?

–Hablé con mi amigo, el soldado que conocí cuando estaba recuperándome en el hospital y me ha dicho que el neurocirujano que lo trató, el más prominente del mundo, está llevando a cabo allí un tratamiento experimental. Se trata de un programa secreto.

–¿Por qué me asustan tanto esas palabras? ¿Secreto? ¿Experimental? –repitió Caleb mientras conducía por las calles de Dallas a más de la velocidad permitida–. Incluso esa frase, «el más prominente del mundo»… ¿El más prominente según quién?

–Según mi amigo –le dijo Jake con energía–. Y confío plenamente en él, Caleb.

–De acuerdo. Pero si es tan secreto y experimental, ¿cómo vamos que conseguir que acepten a Jennie en el programa? No hay tiempo que perder, Jake. Eso es algo que todos sabemos.

–Ya está admitida –le contestó Jake–. Mi amigo llamó al neurocirujano de Boston y le envió por fax el expediente médico de Jennie. Me llamó después el médico. Acabo de descubrir que a veces vale la pena que te hieran en combate y te entreguen una medalla por ello.

Caleb sabía que su hermano odiaba hablar de lo que le había sucedido durante la guerra y que tampoco mencionaba la medalla que le habían dado. El hecho de que hubiera usado esa información con un desconocido para conseguir ayudar a Jennie decía mucho de él.

–Buen trabajo, Jake –le dijo en voz baja.
–Claro. Después de todo, se trata de Travis. Aunque no hay garantías de que… Antes de aceptar operarla, el cirujano tiene que examinar a Jennie. E incluso después…
–Lo sé –repuso Caleb–. Tendremos que decírselo a Travis.
–Y lo haremos, pero sé que querrá hacerlo. Es todo lo que tenemos.
–Eso ya lo sé. Pero, ¿querrá ella pasar por todo eso? –le preguntó Caleb.
–Buena pregunta –le dijo Jake–. Pero solo hay una forma de averiguarlo.
–Voy ahora mismo de camino hacia el piso de Travis –repuso Caleb.
–Yo también. Nos vemos allí en diez minutos.
–En cinco –lo corrigió Caleb pisando un poco más acelerador.
Le pareció que Jake reía, pero no era una risa alegre.
Pensaba que podrían ayudar a Jennie y a Travis, pero nadie podía saber a ciencia cierta lo que iba a pasar.

Caleb y Jake llegaron al piso de Travis con menos de un minuto de diferencia.
Le habían aconsejado a su hermano que se duchara, comiera y descansara un poco, pero solo parecía haberles hecho caso con lo de la ducha. Tenía el pelo húmedo y se había cambiado de ropa. Pero seguía con el rostro desencajado.
–No puedo seguir así, aquí solo, sin poder hacer nada… –les dijo en cuanto abrió la puerta.
–Cálmate.
–¿Que me calme? –repitió mirando a Jake fuera de sí–. ¿La mujer a la que amo está sola en alguna parte mientras ese monstruo destruye su cerebro y solo se te ocurre decirme que…?
–Tengo uno de nuestros aviones listo y esperándonos –lo interrumpió Caleb.
–¿La has encontrado? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Está bien? ¿Le habéis preguntado por qué se fue?
–Las preguntas de una en una, Travis. Hice algunas llamadas, pedí algún favor y sé que está bien, ahora mismo en un vuelo rumbo a Boston. Y no le hemos preguntado nada porque no sabe que hemos dado con ella –le explicó Caleb.
–Boston –repitió Travis–. Vuelve a casa, a Nueva Inglaterra. ¿No sabe que quiero estar con ella?
Jake y Caleb se miraron a los ojos. Ninguno de los dos respondió su pregunta.
–Está bien. Tenemos que ir a buscarla. Es de New Hampshire. ¿Cómo va a llegar hasta allí? ¿Sabes si ha alquilado un coche? –

preguntó Travis a Caleb con renovada energía.

–No, quiere tomar otro vuelo en Boston.

–Así que tenemos tiempo de llegar a Boston antes de que aterrice su avión –les dijo Travis tomando las riendas de la situación.

A Jake y a Caleb les gustó volver a verlo así, su voz sonaba más fuerte.

–La quiero con todo mi corazón –les confesó–. No voy a dejar que se enfrente a esto sola.

–Tenemos algo más que decirte –le dijo entonces Caleb–. Son buenas noticias.

–Es una historia muy larga –intervino Jake–. Pero nos hemos enterado de la existencia de un programa experimental. Se trata de una cirugía específica para tratar meningiomas inoperables.

–¿Qué dices? –replicó Travis frunció el ceño–. Si es inoperable, no puede haber una cirugía que consiga curarla.

–Yo no soy médico, ¿de acuerdo? Puede que me esté explicando mal, pero conocí a un soldado en el hospital Walter Reed que... Bueno, como te he dicho antes, es un poco largo de contar. El caso es que hay un neurocirujano con un gran equipo que hace esas operaciones.

Vieron de repente tanta esperanza en los ojos de Travis que sus hermanos sintieron ganas de abrazarlo, pero no lo hicieron. Necesitaban que estuviera concentrado y se mantuviera fuerte.

–Para empezar, tienen que aceptar el caso de Jennie y, si deciden operarla, no siempre funciona –le aseguró Jake con brutal franqueza–. Algunos pacientes mueren durante la operación, otros no despiertan de la anestesia y se quedan en coma, otros sobreviven pero con daños...

Travis se rio con amargura.

–¿No me dijisteis que eran buenas noticias?

–Lo que digo es que no siempre funciona, pero cuando lo hace... –le dijo Jake tomando aire–. Cuando lo hace, los pacientes reanudan una vida normal.

–¡Dios mío! –susurró Travis con esperanza–. Dios mío, Jennie...

–Pero no os hagáis demasiadas ilusiones –les recordó Caleb sin rodeos–. Es un enorme riesgo el que tendrá que aceptar Jennie.

–No la conoces. Mi Jennie es muy valiente y no va a dejar de hacer algo por arriesgado que sea –les dijo mirando su reloj–. ¿Por qué seguimos aquí parados? Estamos perdiendo el tiempo.

Jake y Caleb asintieron. Les encantaba oír el coraje y la energía en la voz de su hermano.

–Por supuesto –repuso Jake–. Prepara tu equipaje mientras llamo al piloto.

Travis asintió y fue a su dormitorio. Jake y Caleb decidieron que ya comprarían lo que necesitaran cuando llegaran a Boston. Llamaron

rápidamente a sus esposas y les explicaron lo que pasaba.
–Dale un abrazo enorme a Travis de mi parte –dijo la esposa de Jake.
–Dile a Travis que todos estamos con él –le pidió Sage a Caleb.
Dos minutos más tarde, los hermanos Wilde iban camino al aeropuerto.

Llegaron a Boston una hora antes que el avión de Jennie y fueron directos a la puerta por donde iba a salir. Travis sentía que el tiempo iba más lento que nunca.
Le daba la impresión de que, cada vez que miraba el reloj, seguía siendo la misma hora.
–¿Te apetece un café? –le preguntó Jake para distraerlo.
–¿Qué te parece un sándwich? –le sugirió Caleb.
Travis negó con la cabeza. Todo lo que quería, todo lo que necesitaba, era ver a Jennie.
Esperaron y esperaron.
Por fin, una voz anunció la llegada del vuelo de Jennie por megafonía.
Unos minutos después, se abrió la puerta y aparecieron los primeros pasajeros.
Siguió esperando, pero no salía.
Tenía el corazón a mil por hora. Temió que no estuviera allí, que la información que le habían dado a Caleb no fuera la correcta.
Pero entonces se quedó sin aliento. Allí estaba ella.
Caminaba lentamente y estaba muy pálida. Sabía que le dolía mucho la cabeza.
Quería correr hacia ella y abrazarla…
Jennie lo vio y se quedó inmóvil. No había querido pensar en ese momento, en cómo iba a reaccionar al verlo. Después de todo, ella lo había abandonado.
–Jennie –la llamó mientras abría los brazos.
Ella dijo su nombre entre sollozos y voló hacia él.
La abrazó con fuerza, apretándola contra su corazón. Jennie levantó la cara y él la besó.
La besó una y otra vez.
Ella estaba llorando y él, también.
Detrás de ellos, Jake y Caleb se miraron con los ojos brillantes y se alejaron para darles un poco de privacidad.
Estaba siendo un día lleno de emociones.

Jake había reservado una suite en Boston y Caleb se había

encargado de alquilar una limusina que los llevó del aeropuerto al hotel.

–Cariño, estos son mis hermanos, Jake y Caleb –le dijo Travis para hacer las presentaciones.

Los tres se saludaron.

Después, Jennie le preguntó a Travis por qué estaban allí con él. También quería saber cómo la había encontrado y a dónde iban. Él ya había decidido lo que iba a decirle y cómo se lo iba a explicar, pero no quería tener que hacerlo allí.

Se limitó a abrazarla de nuevo y a darle un tierno beso en la sien.

–¿Confías en mí, cariño? –le preguntó.

Jennie sabía que solo había una respuesta posible, la que le dio.

–Sí.

Sabía que no podía decirle otra cosa, era la verdad. Confiaba tanto en ese hombre como para entregarle su corazón.

La suite era amplia. Había un salón y tres dormitorios, cada uno con su cuarto de baño.

Caleb y Jake se metieron en sus respectivas habitaciones nada más llegar y Travis llevó a Jennie al dormitorio que quedaba libre.

No se le había pasado por alto que tenía los ojos llenos de lágrimas y que le costaba andar. Sabía que estaba sufriendo mucho por culpa del dolor.

La acompañó hasta la cama y la ayudó a sentarse en ella. Después, se arrodilló y le quitó los zapatos.

–¿Quieres dormir un rato, cariño? –le preguntó en voz baja.

Ella sacudió la cabeza y su boca se torció en una mueca de dolor al hacerlo.

–No. Quiero que me digas qué está pasando. ¿Por qué están aquí tus hermanos? ¿Por qué os estáis comportando como si tuvierais un gran secreto?

Se sentó junto a ella y le agarró la mano.

–Me niego a dejarte morir –le susurró mirándola a los ojos.

–Travis. Sé que te niegas a aceptar la verdad. A mí también me pasó al principio, pero…

La hizo callar con un tierno beso.

–Escúchame, solo por un minuto. ¿De acuerdo?

Jennie suspiró.

–Está bien, pero…

–Traté de encontrarte y, como no pude, le pedí ayuda a mis hermanos. Caleb fue el que dio contigo –le dijo con una sonrisa–. A veces, viene bien tener un antiguo espía en la familia. Y Jake… Jake hizo otras cosas.

–¿Qué otras cosas?
–¿Recuerdas lo que te conté de él? ¿Que resultó herido en Afganistán? Estuvo en el hospital Walter Reed y allí conoció a otro soldado que tenía… Tenía un tumor. Inoperable, como el tuyo. Eso era al menos lo que le dijeron, que era inoperable.
Jennie apartó su mano y se puso de pie.
–No, no sigas. Ya he probado con una docena de tratamientos distintos. Nada ha funcionado –le dijo con angustia–. No puedo pasar por ello de nuevo, Travis. No puedo ilusionarme pensando que hay una posibilidad, una especie de milagro médico, para descubrir después que...
Travis se levantó y fue hacia ella.
–Al amigo de Jake lo aceptaron en un programa experimental. Fue aquí en el hospital Memorial.
Jennie le dio la espalda y se tapó los oídos con las manos.
–¡No quiero escucharlo!
–Cariño. Por favor, deja que te lo explique.
–He probado todo tipo de cosas. Distintas pruebas, inyecciones, medicamentos de todo tipo... He visto ya a demasiados médicos y todos me han dicho lo mismo –le dijo volviéndose para mirarlo–. Me estoy muriendo, Travis. Por eso hice todas esas… Todas esas locuras. Quería tener todo tipo de experiencias nuevas antes de que fuera demasiado tarde.
–Jennie…
–Fue durísimo aceptar lo que me pasa, pero después lo hice. Lo acepté –añadió ella–. Pero cuando me enamoré de ti… Dejarte fue lo más difícil que he hecho. Te quiero demasiado…
–Entonces, ¿por qué huyes de mí?
–¡Porque te quiero! Te quiero y no puedo soportar que te quedes a mi lado viendo cómo me voy apagando. No quiero que dentro de muchos años vuelvas la vista atrás y me recuerdes enferma y agotada…
Travis la tomó en sus brazos y la besó.
–¿Quién te da derecho a tomar esas decisiones por mí? –le preguntó–. ¡Te quiero, maldita sea! Te adoro. Quiero estar contigo pase lo que pase.
–¿Aunque tengas que verme morir?
–Así es –le dijo con voz temblorosa–. Pero no va pasar. Estoy tratando de decirte que esta operación…
–No.
–Jennie. No digas que no y escúchame.
–¿Por qué no me escuchas tú? He hecho todo lo que me dijeron que hiciera, pero nada ha funcionado y nada funcionará. No puedo pasar por eso otra vez: la esperanza y, después, la horrible decepción. Se

acabó. Me estoy muriendo y no hay manera de evitarlo. A no ser que creas en los milagros y…

Travis tomó su rostro entre las manos.

–Creo en ti. En tu fuerza, tu coraje, tu determinación. ¿Por qué no vamos a ver a este…?

–¡Es inútil, no va a servir de nada!

–¿Dónde está esa chica capaz de aceptar cualquier riesgo?

Las lágrimas corrían por la cara de Jennie.

–No me digas eso. No es justo, Travis.

–Ya lo sé. Estoy jugando sucio, pero es que quiero tenerte en mi vida para siempre.

–Eres arrogante –le dijo Jennie.

Pero sus ojos y su voz decían lo contrario.

–Ese soy yo. El arrogante Travis Wilde. Tan arrogante que no está dispuesto a renunciar al amor de su vida sin luchar –le dijo mientras le acariciaba la espalda–. Voy a estar a tu lado todo el tiempo, amor mío.

Jennie se mordió el labio.

–Imagina que digo que sí. ¿Sabes las pocas probabilidades que hay de que algo experimental consiga curarme?

–Ya se lo preguntaremos al cirujano cuando vayamos a verlo.

–Si no sobrevivo a la operación, Travis, no lo sabré nunca. Pero tú sí y sé que te pasarás el resto de tu vida lamentando haberme convencido para que lo hiciera.

–Pero, si no te convenzo, me pasaré el resto de mi vida lamentando no haberlo intentado –le dijo con seriedad–. Lucha, cariño. Voy a estar contigo. Los médicos harán su parte y nosotros, la nuestra. Y no puedes rendirte. Necesito que seas la chica que ama las montañas rusas, porque así eres tú, así es Jennie Cooper.

Jennie se quedó callada durante bastante tiempo. Después, apoyó la cabeza en su hombro.

–De acuerdo –le dijo en voz baja–. Iré a hablar con el cirujano. Pero no te prometo nada más.

–Muy bien. No pasa nada. Lo acepto. Iremos a hablar con él a ver qué nos dice.

–¿Vas a venir conmigo? –le preguntó sorprendida.

–Por supuesto, cariño. ¿Acaso no quieres que…?

Pero Jennie no dejó que terminara y lo besó con ternura.

–Llévame a la cama –le susurró.

–Cariño, estás tan pálida… Y sé que te duele la cabeza.

–Llévame a la cama y abrázame –le dijo con voz temblorosa–. Necesito sentir tu cuerpo caliente y fuerte contra el mío.

Hizo lo que le había pedido. La abrazó durante mucho tiempo. Se besaron y llegaron después las caricias. Hicieron el amor lentamente y

Jennie se quedó después dormida.

Travis se levantó, se vistió y salió a la salita. Allí lo esperaban sus hermanos.

–Llama al hospital –le dijo a Jake–. Vamos a ir a ver al médico.

–Ya lo he hecho. Mañana a las ocho de la mañana –repuso su hermano–. Es una mujer increíble. Muy valiente.

Travis estaba demasiado emocionado para hablar. Se limitó a asentir con la cabeza mientras estrechaba la mano de Jake y luego la de Caleb.

No podía estar más de acuerdo, su Jennie era una mujer increíble.

Travis no necesitaba comprobar lo increíble y valiente que era Jennie. Pero, de haber necesitado más pruebas, las habría tenido al día siguiente, cuando se reunieron con el cirujano.

Jennie respondió decenas de preguntas con claridad y con calma. Le hicieron mil pruebas, algunas muy dolorosas e interminables.

A mediodía, el cirujano se reunió de nuevo con ellos.

–Muy bien –comenzó con energía–. En lo que a nosotros respecta, estamos dispuestos a operarla.

Travis apretó la mano de Jennie con emoción.

–¿Qué probabilidades hay de que sobreviva a la operación? –le preguntó Jennie.

–Un cincuenta por ciento –contestó el cirujano.

Él hizo una mueca al oírlo, pero Jennie asintió.

–Gracias por ser sincero conmigo.

–No tendría sentido no serlo, señorita Cooper. Es importante que entre al quirófano con toda la información.

–Y ¿qué probabilidades hay de que sobreviva, pero me quede como un vegetal?

–Cariño… –comenzó Travis.

–Necesito saberlo –le dijo ella–. Creo que eso me da aún más miedo que morir.

–Hay una posibilidad muy remota–contestó el médico sonriendo.

Se quedaron en silencio. El rostro de Jennie no revelaba lo que estaba pensando.

Travis no podía siquiera respirar. La había empujado a ir a ver a ese cirujano y le había impactado mucho oír que tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de morir y cierta probabilidad de sobrevivir con un daño cerebral severo.

–¡No! –exclamó Travis de pronto–. No, cariño, no puedo dejar que…

Jennie le agarró la mano para callarlo.

–¿Cuándo me puede operar? Cuanto antes, mejor –le dijo–. Porque ahora que me he decidido a hacerlo, no quiero tener que esperar.

–La verdad es que no tenemos el lujo de poder esperar –le contestó el médico–. ¿Qué te parece mañana a las seis de la mañana, Jennie?

Travis se sentía como un hombre al borde de un abismo.

–Esperad, necesitamos hablar, investigar un poco…

Jennie lo miró.

–Quiero hacer esto –le dijo con calma–. Y necesito que seas fuerte por mí.

Se dio cuenta de que tenía razón. Los dos tenían que ser fuertes. Y, de repente, se le ocurrió de dónde iban a sacar esa fuerza.

–Cásate conmigo –le pidió.

–Si puedo… Cuando todo esto termine y… –comenzó ella con una sonrisa temblorosa.

–No, Jennie. Cásate conmigo hoy, esta tarde.

–No. ¡No! Y si…

–Te quiero –la interrumpió él mientras la abrazaba–. Siempre te querré y, cuando entres en ese quirófano mañana, lo harás como mi esposa.

Jennie se echó a llorar y rio al mismo tiempo. Después, besó al hombre al que amaba.

–Y ¿yo no tengo nada que decir? ¿No vas a esperar a que te dé un «sí» o un «no», señor Wilde?

–No, lo siento –repuso él con emoción–. Súbete a esta montaña rusa conmigo, cariño.

–De acuerdo –le contestó Jennie antes de besarlo.

Capítulo 12

A LAS ocho menos cinco de esa tarde, los hermanos Wilde esperaban en la capilla del hospital.

Era una sala con paredes de cristal y una pequeña fuente en el centro. El agua de la fuente corría sobre piedras negras y grises, creando un ambiente de paz y serenidad. Había muchas plantas alrededor adornando el espacio.

Caleb y Jake habían estado muy ocupados esa tarde.

Su hermano Caleb había conseguido localizar a un juez lo suficientemente importante como para que no necesitara los requisitos habituales para llevar a cabo una ceremonia como esa.

Y Jake había encontrado a una florista que había adornado en un tiempo récord la capilla con docenas de rosas blancas y orquídeas.

Travis quería darles las gracias por todo, pero estaba demasiado emocionado para hablar.

Además, se dio cuenta de que no tenía que decirles nada. Sus hermanos lo abrazaron y le dejaron muy claro que sabían cómo se sentía.

A las ocho en punto, se abrieron las puertas de la capilla y apareció Jennie del brazo de su cirujano. Llevaba un vestido corto de encaje blanco, cortesía de una de las enfermeras que iba a cuidar de ella. Era sencillo y bonito.

Pero no tan bonito como la propia novia.

Respiró profundamente y le dedicó una sonrisa que Jennie no tardó en devolverle.

En ese instante, se dio cuenta de que había estado esperando a esa mujer toda la vida.

Comenzó a sonar la música, una versión instrumental del *And I will always love you,* cortesía del iPod de Jake.

No pudo dejar de mirar a Jennie mientras iba hacia él. Se tambaleó casi al final y Travis la tomó en brazos.

–Te quiero –le susurró a la bella novia.

Jennie no podía dejar de sonreír y había lágrimas de felicidad en sus ojos.

La ceremonia fue breve. El juez habló del amor y del compromiso, de la alegría y de la tristeza, de cómo el amor era la única verdad constante en la vida.

Cuando llegó la hora de intercambiar anillos, Travis se dio cuenta

de que había olvidado comprarlos. Pero Jake y Caleb habían pensado en todo.

Jake le entregó un anillo de oro liso para Jennie y Caleb le entregó a Jennie una alianza a juego para poner en el dedo de Travis.

Había llegado el momento de los votos matrimoniales.

–Yo, Travis Wilde, te tomo a ti, Jennifer Cooper… –dijo con voz fuerte y segura.

–Yo, Jennifer Cooper, te tomo a ti, Travis Wilde… –prometió Jennie en voz más baja pero clara.

Cuando terminaron, el juez los miró con una gran sonrisa.

–Por el poder que me otorga el estado de Massachusetts, os declaro marido y mujer. Señor Wilde, Travis, puedes besar a la novia.

Travis tomó el rostro de su esposa entre las manos. Los dos sonreían. Y los dos tenían lágrimas en los ojos.

–Hola, señora Wilde –le dijo en voz baja a su mujer.

–Hola, señor Wilde –repuso ella riendo.

–Te quiero.

Jennie se abrazó a su cuello y se besaron. Mientras lo hacían, Travis se dio cuenta de que nunca iba a poder expresarle con palabras lo que significaba para él, cuánto la quería.

Travis pasó la noche al lado de su esposa. Le había dado dos regalos de boda.

Uno de ellos era su querido peluche, el perro con una sola oreja. Se había encargado de que se lo enviaran a Boston por mensajero. El segundo regalo era una tarjeta en la que le prometía un gatito en cuanto pudiera volver a casa.

Jennie lloró, lo besó y se abrazaron con fuerza.

A la mañana siguiente, eran casi las seis de la mañana cuando el cirujano entró en la habitación. Estrechó la mano de Travis y le dio a Jennie un rápido abrazo.

Momentos después, un celador la sacó de la habitación en una camilla.

Travis caminó a su lado, dándole la mano, sonriéndole y diciéndole lo mucho que la adoraba y asegurándole que iba a verla muy pronto. Le dijo que pensara en dónde quería pasar la luna de miel antes de que la anestesia hiciera efecto.

Jennie estaba un poco aturdida por la medicación y arrastraba las palabras, pero la entendió.

–Lo que quiero es volver a casa –le dijo ella–. A tu ático de Dallas. Siento que ese es mi hogar, lo ha sido desde que nos conocimos.

–Lo sé –repuso él tratando de controlar sus lágrimas.

La camilla se detuvo de repente frente a unas enormes puertas.

–Lo siento, señor Wilde –le dijo el celador–. Tienen que despedirse ya.

Se inclinó sobre la camilla, la rodeó con sus brazos y la sostuvo durante unos segundos.

–Piensa en mí –le susurró–. Piensa en nosotros, en todos los años que tenemos por delante…

–Te amo –repuso Jennie–. Te amo, te amo, te amo...

La camilla comenzó a moverse de nuevo. Las puertas se abrieron y después, se cerraron.

Travis se tambaleó hacia atrás hasta dar con la pared.

Unos minutos después, cuando por fin pudo moverse, fue andando lentamente hasta la sala de espera privada que el hospital había reservado para la familia Wilde. Allí estaban sus hermanos.

–Travis… –le dijeron mientras iban a su encuentro para abrazarlo.

El tiempo pasó, pero pasó muy lentamente. Pasó un minuto, dos, tres… Después, una hora, dos…

Y, mientras avanzaban las manecillas del reloj de la pared, cosas increíbles comenzaron a suceder. Se abrió la puerta y entraron en la sala Emma y Jaimie.

Travis alzó la vista, las vio y se puso de pie. Sus hermanas corrieron a abrazarlo.

Llegaron poco después sus cuñadas.

–Sage, Addison… –las saludó con la con voz cargada de emoción.

Lo saludaron con cariño mientras le susurraban palabras de aliento. Se sintió muy afortunado en esos momentos.

Poco después, apareció Lissa. Debía de haber volado desde California en uno de esos vuelos nocturnos. Supuso que no habría dormido nada, pero se alegró tanto de ver su sonrisa y sentir su fuerte abrazo… Era todo lo que un hermano podía desear.

Un par de horas más tarde, la puerta se abrió de nuevo y Travis se levantó lentamente.

–¿Papá?

El general Wilde se dirigió directamente a su hijo.

–Travis –lo saludó con formalidad mientras le tendía la mano.

Se la estrechó, pero después su padre se aclaró la garganta, soltó su mano y envolvió a Travis en un fuerte abrazo.

–He venido en cuanto he podido –le dijo su padre.

Travis asintió con la cabeza, no sabía qué decir.

–He oído que tu Jennie es una mujer increíble.

Trató de decirle que sí, que lo era, pero no le salían las palabras.

Pasó la mañana, llegó la tarde y la tarde se hizo noche. Todas las luces estaban encendidas en la sala de espera, pero la ciudad estaba a oscuras.

Unos Wilde daban vueltas por la sala como leones encerrados, otros hablaban en voz baja.

Y todos miraban continuamente el reloj.

Lissa, Sage y Emma salieron un rato y volvieron con un montón de periódicos y revistas que nadie tocó.

Algún tiempo después se fueron Jaimie y Addison. Volvieron con sándwiches, pasteles y bocadillos. Pero tampoco esa comida tuvo éxito.

Jake desapareció y regresó poco después con una pizza, Caleb compró donuts.

–Tienes que comer –le decían todos a Travis.

Pero no probó ni un bocado. Tampoco lo hicieron ellos.

El café, sin embargo, fue un gran éxito. Todos perdieron la cuenta de cuántas tazas se bebían.

Después de un tiempo, dejaron de controlar el tiempo. Se habían dado cuenta de que no tenía sentido hacerlo.

La operación estaba siendo muy larga, pero no sabían si era buena o mala señal, así que decidieron no pensar en las horas que pasaban.

De vez en cuando, aparecía alguien con uniforme. La primera vez, todos se pusieron de pie para oírlo, pero no tardaron en darse cuenta de que el equipo de quirófano enviaba periódicamente a alguien para hablar con la familia y decirle que la cirugía progresaba.

El personal no sabía o no quería contestar sus preguntas. No le dijeron cuánto tiempo faltaba ni cómo estaba su esposa. Solo le decían que la cirugía progresaba y que el cirujano bajaría para hablar con ellos cuando terminara.

Después de las catorce horas más largas de su vida, entró el neurocirujano en la sala.

Parecía agotado y era imposible interpretar la expresión de su rostro.

Todos los Wilde, que estaba casi tan demacrados como él, se pusieron de pie y fueron a rodear a Travis como si necesitara protección.

Abrió la boca para preguntarle por su mujer, pero después la cerró. Estaba muerto de miedo. Se sentía bloqueado. Al final, fue el general el que habló.

–¿Cómo está mi nuera?

El cirujano asintió con la cabeza.

–Ha superado la operación –le dijo mirando a Travis a los ojos.

Sintió que se le doblaban las rodillas. Caleb y Jake, de pie a su lado, lo agarraron por los codos.

–¿Y? –susurró Travis.
–Hemos quitado el tumor. Todo.
Travis asintió.
–¿Y ella está...? ¿Ella está bien? ¿Ha habido algún…? ¿Se sabe si tiene algún…?
–Está estable y sus signos vitales son buenos. Pero...
Ese «pero» hizo que todos los Wilde dejaran de respirar.
–Pero no estará fuera de peligro hasta que recupere la consciencia –concluyó el médico.
Travis asintió de nuevo. Sentía que no era capaz de hacer nada más.
–Te refieres a la anestesia, ¿no? A cuando despierte de la anestesia...
–No, Travis. Jennie está inconsciente, no es la anestesia. Es la manera en la que reacciona su cerebro ante el trauma de la cirugía. Ahora solo podemos esperar. Me gustaría poder ser más útil, pero no puedo decirte nada más.
Asintió una vez más.
–Lo entiendo –le dijo Travis.
En realidad, no lo entendía, pero creía que no tenía sentido admitirlo. Tenían que esperar. Tenían que seguir esperando...
–Quiero verla. Quiero estar con ella.
–Travis –le dijo el médico con amabilidad–. Lo mejor que puedes hacer es volver al hotel, comer y dormir un poco. Llamaremos en cuanto tu mujer…
–No, quiero estar con ella –insistió Travis en un tono que no admitía ninguna discusión.
El médico suspiró.
–Ahora mismo está en la sala de recuperación. Te avisaremos en cuanto la lleven a la habitación. Podrás verla entonces.

Pasaron dos horas más. Travis les dijo a todos que se fueran al hotel.
–Os llamaré –les dijo–. Os lo prometo.
–No, no me quiero ir aún –contestó Jaimie en voz baja.
Y los demás dijeron lo mismo.
Por fin, apareció una enfermera y les dijo que la señora Wilde estaba en su habitación.
Travis se levantó lentamente y sus hermanos lo abrazaron. Su padre le dio unas afectuosas palmaditas en la espalda. Sus hermanas y cuñadas lo besaron con cariño.
–Os llamaré –les prometió de nuevo.
Después, siguió a la enfermera.

Jennie estaba durmiendo. Era algo que casi podía creer al ver la expresión tan pacífica que tenía, pero había tubos por todas partes. Tenía la cabeza envuelta en vendas y estaba conectada a varias máquinas.

–Cariño… –le dijo Travis acercándose a ella.

–No puede oírle, señor Wilde –le comentó la enfermera.

Pero Travis no le hizo caso.

Acercó una silla para poder sentarse y sujetar la mano de su esposa.

–Cariño, soy yo. Estoy aquí y te quiero.

El cirujano entró en la habitación algunas horas después. Comprobó las máquinas y los tubos. Levantó suavemente los párpados de Jennie e iluminó sus ojos con una pequeña linterna.

–¿Y bien? –le preguntó Travis.

–No ha cambiado nada. Y eso es bueno. Está aguantando bien.

Travis asintió, pero a él no le parecía que las noticias fueran tan buenas. Lo que quería era saber que su esposa iba recuperar pronto la consciencia, que iba a volver a ser ella misma.

–Puedes dormir un poco si quieres –le sugirió el cirujano–. Hay una habitación aquí al lado donde puedes acostarte. Alguien te avisará…

–No, me quedo aquí, con mi esposa.

El médico sonrió.

–Por supuesto.

Travis sintió la luz contra sus párpados y oyó una sirena de la policía. Se despertó de golpe. Se había quedado dormido con la cabeza sobre la cama.

Vio que ya era de día, por eso había notado tanta luz en la habitación. Y aún podía oír una sirena alejándose de allí.

Pero Jennie no se había movido.

Sintió que vibraba su teléfono móvil y lo ignoró. Pocos minutos después, vibró de nuevo.

Frunció el ceño y se apartó con cuidado de la cama. Se acercó a la ventana mientras sacaba el teléfono del bolsillo.

–Soy yo, Travis –le dijo Jake cuando contestó–. ¿Alguna novedad?

Travis negó con la cabeza, como si su hermano pudiera verlo.

–No.

Oyó la voz de Caleb, debía de estar al lado de Jake.

–¿Qué te llevamos? ¿Cruasanes, magdalenas?

–No, nada. Quedaos en el hotel.

–Pero, Travis. No deberías estar solo...

–No lo estoy –repuso con brusquedad–. Estoy con mi esposa.

Pasó más tiempo.

Toda la familia Wilde se reunió en la sala de espera privada, como el día anterior.

Travis no ni tenía idea de que estaban allí.

Habían llegado a la conclusión de que tenían que estar allí. Si no por Travis, por ellos mismos. Pero sospechaban que, si él supiera que estaban allí, preocupados por él, se estresaría y no querían complicar aún más su vida esos días.

Hablaban en voz baja sobre nada en particular, sobre cualquier cosa... En realidad, solo tenían una cosa en la cabeza, la salud de Jennie Wilde y su recuperación.

Pero nadie quería hablar de ello.

Ya empezaba a anochecer y las farolas frente al hospital se fueron encendiendo.

Estaba lloviendo.

Dentro del hospital, se encendieron automáticamente las luces de los pasillos.

Jennie aún yacía inmóvil con su marido sentado a su lado, agarrándole la mano.

No dejaba de hablar con ella como lo había estado durante casi todo el tiempo. Le contaba cualquier cosa que se le ocurriera.

–Ya verás la próxima temporada de fútbol americano… –le comentó de repente–. Ni siquiera sé si te gusta. ¿Te he dicho alguna vez que jugué en un equipo? Era muy bueno. Mis hermanos y yo jugábamos todo el tiempo. Y aún lo hacemos de vez en cuando. También mis hermanas y mi cuñada Addison. Aunque ahora no debería hacerlo, está embarazada. Creo que no te lo había dicho. Voy a ser tío. ¡Y tú vas a ser tía...!

Se quedó sin voz. Jennie no se movía y él empezaba a desesperarse.

–Entonces, ¿eres una de esas mujeres a las que les gustan los deportes? –prosiguió para no volverse loco esperando–. ¿No? No me importa, cariño. Me encantará poder pelear contigo por el mando a distancia. Yo, intentando ver un partido de béisbol y tú, tratando de quitarme el mando para poner algún programa de tertulias políticas o algo así…

Sin previo aviso, un sollozo escapó de su garganta. No pudo controlar las lágrimas.

–Jennie. Háblame, por favor, cariño...

Besó su mano y la dejó suavemente sobre su pecho. Se puso de pie y se acercó a la ventana. No podía llorar delante de ella. Temía que

pudiera escucharlo o que supiera de alguna manera que…

–Pa… patinaje… Sobre hielo.

Travis se dio deprisa la vuelta.

–¿Cariño?

–Siempre he querido aprender a patinar sobre hielo –le dijo su Jennie con voz suave y ronca.

No podía creerlo. Estaba oyendo su voz.

Corrió a la cama y agarró su mano entre las de él.

–¿Jennie?

Poco a poco, lentamente, levantó las pestañas.

–¡Jennie! ¡Oh, Dios! ¡Jennie!

Giró la cabeza hacia él. Tenía los ojos muy abiertos y la mirada clara. Sus pupilas se centraron directamente en él.

–¿Travis? –susurró echándose a llorar–. ¿De verdad…? ¿De verdad eres tú?

Travis se sentó en el borde de la cama. Abrazó a su esposa con lágrimas corriendo por su cara.

–Sí, soy yo –le dijo–. Estoy aquí y tú también.

Vio que le temblaban los labios y que formaban después la sonrisa más maravillosa que había visto en su vida.

–Fue una boda preciosa, ¿verdad? –susurró ella.

Travis se echó a reír mientras ella lloraba.

–Fue perfecta –le dijo.

La besó y ella le devolvió el beso.

Afuera, la lluvia se detuvo de repente y vieron cómo se ponía el sol. No tardaría mucho ya en aparecer la luna.

Y la vida de Travis y Jennie Wilde podría empezar de nuevo.

Epílogo

LOS ciudadanos de Wilde's Crossing discutían por muchas cosas. Por temas de política, por la economía, por el futuro de los cultivos de soja… Se lo pasaban bien haciéndolo, pero no dejaban de ser discusiones.

Solo había una cosa en la que todos, absolutamente todos, estaban de acuerdo. Creían que la fiesta que el general John Hamilton Wilde organizó un año después en El Sueño era la mejor fiesta que había habido nunca en todo el estado de Texas.

Nadie podía recordar haber visto antes tantas parrillas juntas en un solo lugar, asando kilos y kilos de carne. Había varias mesas llenas de ensaladas, judías verdes, maíz y guisantes, pollo frito, salchichas, costillas... Y de postre, galletas, tartas y pastas. Además, había un gran surtido de bebidas.

Habían instalado una pista de baile en la parte de atrás de la casa. Allí había una banda que no dejaba de tocar canciones de música country. También habían contratado a unos mariachis mexicanos. Y dentro de la casa, en la gran biblioteca, un cuarteto de cuerda tocaba música clásica para los invitados más tranquilos.

–Hay algo para el gusto de cada persona –le dijo Travis en voz baja a su mujer mientras la sostenía en sus brazos detrás de un árbol del jardín.

Jennie sonrió.

Travis sentía tanta felicidad en su corazón... Creía que su esposa tenía la sonrisa más deslumbrante del mundo.

–Pero yo solo te necesito a ti –repuso Jennie.

–No podría estar más de acuerdo.

–Tienes una familia maravillosa… –le dijo Jennie con un suspiro.

–También es tu familia, cariño. Pero es verdad, son especiales. Sobre todo el general…

–Emma dice que ha cambiado bastante.

Travis se rio entre dientes.

–No ha cambiado bastante, ha cambiado de forma radical.

–Es que han pasado tantas cosas este año –le recordó Jennie–. Caleb y Sage han tenido un bebé, Jake y Addison están embarazados...

–Es verdad.

–Y nosotros también.

–Eso es…

Travis se quedó con la boca abierta y se echó hacia atrás para mirarla a los ojos.

–¿Qué has dicho?

Su mujer se echó a reír.

–Que vamos a tener un bebé.

Jennie contuvo el aliento al ver tantas emociones en los ojos de su marido. Primero, sorpresa. Después, alegría. Y, tal y como ya había esperado, también algo de miedo.

–Todo está bien –le dijo ella en voz baja.

–¿Has hablado con…?

–He hablado con mi médico esta mañana y todo sigue como nos dijo. No hay rastro del tumor, Travis. Estoy bien. Al cien por cien –le aseguró con una gran sonrisa–. Así que… Como te decía, estamos embarazados. Vas a ser papá.

Travis parpadeó. No terminaba de creérselo.

–Voy a ser padre…

Se echó a reír, lloró, abrazó de nuevo a su bella esposa y la besó hasta que se quedaron sin aliento.

–Te amo, Travis Wilde –le dijo ella contra sus labios.

–Y yo te amo a ti –repuso él–. Con todo mi corazón. Y siempre lo haré.

Cerca de allí, pero escondidas tras las ramas de un roble gigante, Emma, Lissa y Jaimie Wilde se quedaron sin palabras.

No había sido su intención espiar a su hermano y a su cuñada. De hecho, no habían sabido que Travis y Jennie estaban allí hasta que los oyeron. Su única intención había sido alejarse de la fiesta durante unos minutos. Estaban cansadas de tanta gente tratando de casarlas.

–Es agotador. Parece que todo Wilde's Crossing tiene ese objetivo en mente –se quejó Emma sin poder controlar un estremecimiento.

–Ahora que nuestros tres hermanos están casados, piensan que ha llegado nuestro momento –agregó Jaimie con una mueca.

–Sí y me alegro por ellos, pero yo no quiero casarme –les dijo Lissa.

–Al menos no tan pronto –repuso Emma.

–Yo puede que no me case nunca –les aseguró Jaimie.

Les había resultado bastante extraño verse atrapadas mientras su hermano y su cuñada tenían una conversación tan privada. Pero tenían que reconocer que también había sido un momento muy dulce.

–Que no se nos olvide fingir sorpresa cuando anuncien que van a tener un bebé –les recordó Emma a sus hermanas.

–Es verdad –murmuró Jaimie asintiendo con la cabeza–. Me alegra mucho que sean felices. Los tres, pero…

–Pero no es lo que quiero en mi vida –concluyó Lissa con

solemnidad.

–Yo tampoco.

–Y a mí me pasa igual.

Las tres hermanas estaban de acuerdo.

Emma sacó la botella de champán que había robado de la mesa de las bebidas antes de que se fueran las tres a dar un paseo por los alrededores de la casa.

Sus hermanas sonrieron al ver la botella y Emma sirvió tres copas.

Después, las levantaron al unísono.

–Por los hombres –brindó Emma.

–Para que podamos mantenerlos siempre en su sitio –agregó Lissa.

–¡En la cama! O a nuestro lado si tenemos que mover algo pesado –dijo Jaimie.

–Pero, sobre todo, ¡por nuestras vidas de mujeres solteras! –exclamó Emma con entusiasmo.

Las tres hermanas se echaron a reír, gritaron y se terminaron las copas de champán de un trago.

Y dieron las gracias a los dioses por poder seguir disfrutando de la libertad que tenían siendo mujeres y aún no esposas.